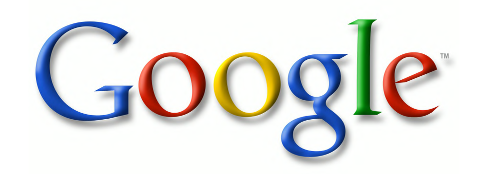
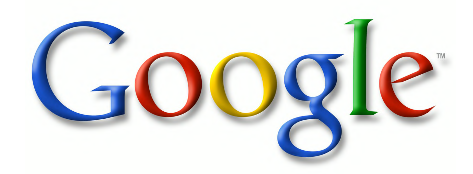
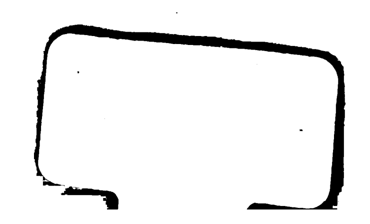
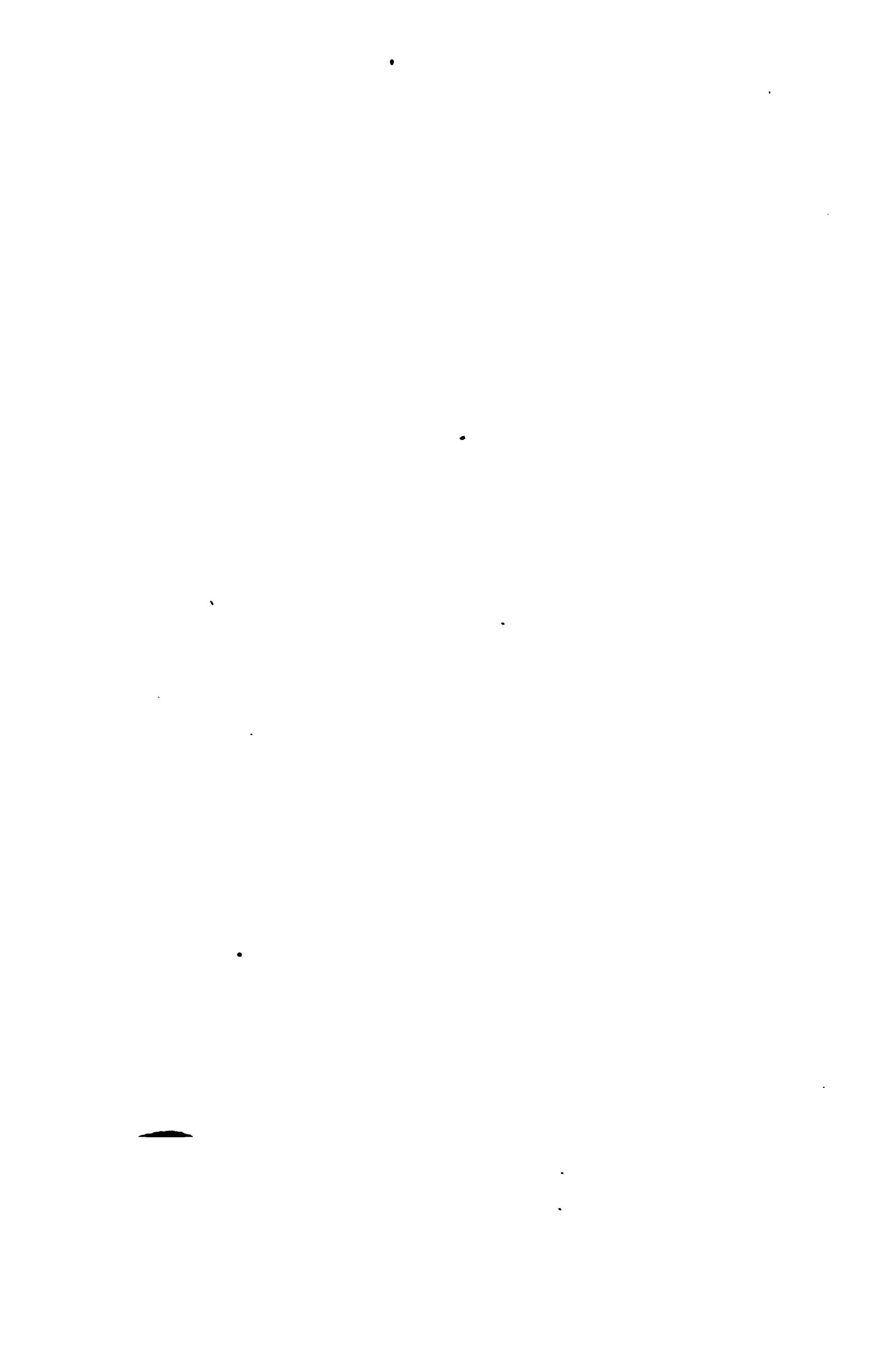








SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA.

MÉXICO.

RECUERDOS DE UN EMIGRADO,

CON PRÓLOGO

DE

DON EMILIO CASTELAR.



MADRID,
EST. TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,
impresores de la Real Casa,
Paseo de San Vicente, 20.

1883.

PRÓLOGO.

Los libros publicados en Europa respecto á la jóven América por americanos, unen al mérito intrínseco de sus calidades literarias y científicas, el extrínseco de su especial utilidad para quienes ignoran, tanto como los europeos, las cosas de Ultramar. Apénas podemos inscribir en nuestra memoria la lista de los errores cometidos por la casta de los políticos en el Viejo Mundo al resolver el problema de sus relaciones con el Nuevo. Se ha necesitado que pasáran múltiples sucesos y muchos años para imbuir á la reaccion europea el sentimiento de su impotencia en América.

Los que presidieron la Santa Alianza y encerraron aquella desbordada revolucion francesa en los angostos cauces de los tratados del quince, creian la cosa más fácil del mundo coger las jóvenes inquietas repúblicas de allende los mares, y asfixiarlas bajo la pneumática diplomacia monárquica. No habia segundon de rey, ya destronado, ya reinante, que no se creyera candidato de los pueblos jóvenes, impacientes por tener el brillo de una monarquía y el faústo de una córte. Apénas pueden contarse los pretendientes melancólicos y románticos resueltos á reedificar la realeza histórica en el continente americano, sin más mérito que haber presidido el patrimonio personal heredado de sus regios padres. Los bastardos, muy abundantes en los palacios Reales, invocaban el recuerdo de Enrique de Trastamara, ó Isabel de Inglaterra, ó Juan de Austria, para mostrar á los americanos cómo los príncipes habidos de ganancia por los reyes en sus devaneos, valen más aún que los legíti-

mos para combatir y reinar. Á la eficacia propia de tales supersticiones engendráronse los monstruosos proyectos de reaccion inter-continental. Un caudillo, más ó ménos indígena, presentó con solicitud á las reinas, más ó ménos santas, viveros de tronos para su numerosa prole régia en los bosques y selvas vírgenes. La horrible palabra reincorporacion de los territorios perdidos comenzaba públicamente á usarse por diplomáticos viejos en documentos oficiales. Todo un Gladstone creia que la gran República del Nuevo Mundo se dividiria en la guerra civil para dar ese plato de gusto á los supersticiosos realistas del imperio británico. Y las cancillerías de Francia é Inglaterra con las cancillerías de Austria y España, imaginaban que nada tan fácil como renovar contra cualquier presidente liberal de república mejicana las proezas de los primeros conquistadores contra el emperador histórico de los aztecas, y erigir sobre las bayonetas de los soldados extranjeros y las reliquias é hi-

sopos de los ultramontanos excomulgadores, un imperio de reaccion monárquica y religiosa, cuya sombra cubriese con las tinieblas de eternal noche los espléndidos horizontes de la democracia en el cielo brillantísimo de la libre América.

Todavía recuerdo la hora del desengaño y la cara que ponian los poderosos del Viejo Mundo al saber cómo se acababa de caer la fortaleza de sus ilusiones en el Nuevo. Paréceme ver aquella escena en la gran ceremonia del certámen celebrado para repartir los premios conseguidos en la última Exposicion universal por todos los expositores del mundo. La fugaz corona de Maximiliano, al rodar por los suelos, se llevaba consigo nada ménos que la corona de Napoleon. El grande tropezó en la vieja España para morir, despues de aquel crímen, bajo el sombrío suelo de Waterlóo; y el pequeño tropezó en la nueva España para morir, despues de aquel crímen, bajo el sombrío cielo de Sedan. La noticia nefasta llegó á la córte de las Tulle-

rías cuando se preparaban los Emperadores para las fiestas del trabajo. En aquella hora última de su poder, como que resplandecia con llamarada más viva el Imperio, por lo mismo que se hallaba más próximo á la muerte. Aun recuerdo, como si la viera hoy mismo, la célebre fiesta, enaltecida por la presencia de innumerables príncipes, entre los que relucia y descollaba el principal huésped entónces de Napoleon, el Sultan de Constantinopla, muerto despues tan desastrosamente. Se habian agotado los recursos del arte y de la industria sin dar más de sí que aumento de tristeza, pues parecia el palacio de la Exposicion, donde acababa de llegar la nueva del desastre de Maximiliano á los oidos de su protector, un gran teatro adornado con todos los esplendores del babilónico lujo imperial y henchido con todas las notas de armoniosa música para celebrar siniestros funerales: que aparecia el Emperador como un frio cadáver, y el Imperio como una fugaz sombra.

¡Cuán bello y extraordinario espectáculo aquél! La luz templada, cernida admirablemente; las ligeras oriflamas arriba y los voluminosos trofeos abajo; las guirnaldas de flores de mil matices formando un jardin vistoso y aromado en el suelo, y las grandes colgaduras de púrpura formando un inmenso salon de córte; por el paseo que entre las flores y los muros del salon se extendia, los representantes de todas las naciones, los ediles de Lóndres con sus túnicas rojas recamadas de pieles de armiño; los turcos, vestidos de levitas azules y gorros colorados; los húngaros, con sus botas de montar, sus mantos de terciopelo negro, su calzon corto bordado de oro, y sus retorcidos sables orientales; los egipcios, arrastrando sus blancos alquiceles, semejantes á evocaciones de un mundo destruido; los chinos, bocetos informes de la raza humana, envueltos en crujiente seda de un lustre inimitable que les da el aspecto de orientales ídolos animados y vivientes, y en la inmensa gra-

dería, quince mil espectadores, los hombres vestidos rigorosamente de negro, las señoras vestidas de sedas de todos los colores, envueltas en vaporosos encajes, ostentando en las cabezas ricas flores y abriendo y cerrando con voluptuosa coquetería sus ocho ó nueve mil abanicos de todos matices, los cuales renovaban el aire y parecian bandadas infinitas de mariposas dadas á discurrir con sus alas abiertas sobre aquellas flores vivientes, vasos de bendicion donde ha depositado Dios la miel de todas las inspiraciones, el secreto de todos los amores, con la doble mágia de la hermosura y del arte, y que por lo mismo son el adorno más sobresaliente de todos los grandes espectáculos.

Entraron los Emperadores con su séquito, y notamos todos que no estaban presentes ni el Conde ni la Condesa de Flándes. Los príncipes belgas no habian asistido á la ceremonia, en virtud de una carta del Emperador. Tambien se notó que al entrar en el salon de descanso,

ántes de comenzarse la fiesta, llamaba aparte Napoleon III al embajador de Austria y le decia algunas palabras al oido. El Embajador tomó del brazo á su esposa y ambos salieron del salon. Á las once de la mañana recibia Napoleon III la noticia de que su cliente el emperador Maximiliano habia sido fusilado por Juarez. En el hermoso rostro de la Emperatriz se notaban las señales de profundísima tristeza, y áun hay quien añade que las huellas de ardientes lágrimas. El emperador Maximiliano habia nacido el segundo de los herederos al trono de Austria, y se habia siempre imaginado, por la superioridad de talentos sobre su hermano, ser el primero. Esta conviccion le condujo á tener una política propia, cuando para dar pasto á su actividad le nombraron en Viena gobernador de Lombardía. Tanta independencia disgustó á su hermano, y cayó en desgracia. Entónces se retiró á Miramar, especie de destierro entre forzado y voluntario. En una de sus excursiones por Europa ha-

bitó algunos dias el palacio de Saint-Cloud, donde Napoleon III solia pasar los estíos, y desde cuyos balcones descúbrese á lo léjos, como un océano sin límites, la inmensa ciudad de París. Aquí nació la idea de colocarle allá en un alto trono. Los viajeros tienen á gala pasear por las mismas galerías donde los dos príncipes departian sobre todos estos proyectos, que al uno le han costado la cabeza y que al otro debian costarle gran parte de la autoridad necesaria para conservar el trono. Á las excitaciones del Emperador se unian razones de familia bastantes para aguijonear á Maximiliano. Era la una el desamor de su hermano, siempre de él receloso. Era la otra el deseo de reinar que aquejó á su esposa, mal contenta en su retiro, donde tenía por único recreo la vista de las altas montañas y de los profundos mares, no tan llenos de abismos, diria Bossuet, como las grandezas humanas. Maximiliano dudaba. El Emperador le escribia carta sobre carta, rogándole que aceptase el tro-

no, y la princesa Carlota le dirigia con el mismo fin instancia sobre instancia. Maximiliano tenía un confuso presentimiento de sus terribles desgracias. Decidida la aceptacion, fué la emperatriz Carlota cierta noche á despedirse de los hermanos de su madre, de los príncipes de Orleans, los cuales entónces arrastraban por el mundo las tristes penas del destierro. Todos la despidieron afectuosamente. El Duque de Nemours guardaba un profundo silencio.—«¿No me dices nada?, le preguntó la Emperatriz.—Nada. —¿ Por qué ?—Ya conseguiste lo que tanto has deseado. ¡Quiera el cielo que lo conserves mucho tiempo! No creo, sin embargo, que estos mis votos se cumplan, porque no es nuestra familia de las nacidas para conservar largos años una corona.»—Despues de algun tiempo, vistas las dificultades con que tropezaba el Imperio, vino la emperatriz Carlota á Europa, creida de que su presencia bastaria de suyo á decidir una larga próroga de la intervencion francesa. La próroga

era imposible, porque no la consentian los Estados-Unidos. La infeliz Princesa cayó en la demencia. Su estado era tal, que ni siquiera fué poderosa á sacarla por un momento de su estupor la noticia del terrible fin que tuvo el ausente esposo, el desdichado jóven que todo lo sacrificó á ceñir sus sienes con esa corona, por la cual ella perdió la razon y él la vida. ¡Horrible suerte la suerte de esta dinastía, que fundó en Austria un nieto de Isabel la Católica, un hermano de Cárlos V, un nieto de otro emperador caballeresco y pendenciero que se llamó Maximiliano. María Antonieta murió en un cadalso. La archiduquesa María Luisa huyó entre nieve y tempestades del tálamo y del trono que habia compartido con Napoleon I. El hijo de sus entrañas, el Rey de Roma, destinado al Imperio frances, murió prematura y misteriosamente. El último emperador Fernando abdicó para encerrarse en triste retiro de Bohemia. El Emperador actual ha sido despojado de Lombardía y de Venecia,

lanzado como un extranjero de Alemania, humillado en Hungría. La archiduquesa Matilde ha muerto abrasada. La prometida al hijo de Víctor Manuel prefiere un claustro á la corona de Italia. El emperador Maximiliano es fusilado en Méjico. La emperatriz Carlota pierde el juicio. Si un Esquilo existiera hoy escribiria una trilogia tan terrible como su *Orestiada*, tomando por siniestro argumento el destino que pesa con su mano de hierro sobre esa familia de reyes.

Don Salvador Quevedo y Zubieta ha consagrado en España un libro á esta histórica tragedia, bajo el epígrafe ó título de *Recuerdos de un Emigrado.* Tal frase contiene la significacion toda y explica la naturaleza é índole del interesante trabajo. Su autor cuenta la historia que ha presenciado él mismo; y al contarla despierta en los lectores vivísimo interes, como suelen cuantos narran las escenas en que han sido testigos, los hechos en que han tomado parte, ó que, por lo ménos, con sus propios ojos

han visto, conociéndolos de la profunda y vária manera que conocen su propio sér, vida é historia. Fáltales á estas narraciones las bellas perspectivas que da el tiempo á los horizontes lejanos y las ideas desprendidas de sucesos ungidos y consagrados por el recuerdo casi religioso de la memoria humana en su templo secular de la vieja historia. Mas si les falta esto, en cambio les sobran otras condiciones del arte, á saber, el movimiento y el interes dramático, los cuales con dificultad alcanzan cuantos historiando lo muy apartado de ellos por el tiempo, más bien evocan que narran, y más bien realizan una obra de imaginacion que una obra de ciencia. Parece que haya escrito el señor Quevedo las páginas de su historia en el combate sobre la silla de su caballo, y con los ojos todavía oscurecidos por el humo de la pólvora: tal vida y tal relieve tienen. Siéntense las congojas de la desesperacion mezcladas con los anhelos de la incertidumbre á cada instante, como si el autor escribiese los sucesos al mismo

tiempo que iban ocurrriendo, y pasase su alma por las mismas fases que atraviesan los hechos en el momento de suceder y cuando tienen la fluidez y la celeridad de su vertiginosa carrera.

El Sr. Quevedo es un verdadero autor de *Memorias*, aunque tengan las suyas, ademas de tal carácter, la sujecion al ideal demòcrático, y por consiguiente, como toda obra concordante con ideas superiores, un luminoso espíritu científico, vaciado en clara y correcta frase, por la cual circula con profusion la sávia del pensamiento, y en la cual con verdaderos latidos laten los grandes afectos engendrados por un amor cuasi religioso á la libertad y á la patria.

Pocos dramas antiguos tan trágicos y conmovedores como este drama contemporáneo. Aquel príncipe, descendiente de la más ilustre familia europea; por cuyas venas corre la sangre hispana de Isabel I, sobre cuya cabeza vibra el génio imperial de Cárlos V, y que ha pasado una parte de su vida en los palacios

regios, donde todas las ambiciones tienen su natural habitacion, y otra parte de su vida en el mar inmenso, donde parecen disueltas en olas, espumas y estelas seductoras idealidades de gloria, semejantes á sirenas surgidas para despertar las más increibles aspiraciones; descubridor en los pasados tiempos de América por sus progenitores, con quienes todos estos regios ambiciosos creen tan fácilmente identificarse aquí, en el seno de lo real, como se identifican allá, en el seno de lo fantástico, ¡ah! soñó con resucitar la dominacion europea en el Nuevo Mundo, á la sazon desgarrado por la guerra infame de los negreros, y con alzar la corona de los emperadores, como un sol nuevo, tras los eclipses de la República extinguida casi en los espacios de su mayor brillo; desafiando así la Providencia de Dios en su mismo cielo, que habia destinado el jóven continente de la libertad para la democracia, y rompiendo las corrientes del progreso que alejan á los pueblos cada vez más de las

antiguas monarquías: fantástico ensueño, á cuyo depertar halló su imperial persona entregada, como en los antiguos tiempos de la revolucion, á un tribunal implacable; su tierna mujer, demente, á las puertas del sordo y ciego Vaticano; la reaccion monárquica desvanecida para siempre por aquel lado del mar y rota en los Napoleones por este lado del mar; la diadema de los monarcas antiguos, que habia querido forjar de nuevo, aplastada por la magistratura sencilla de un humilde indio; restaurada la República en Méjico y emancipado el siervo en Washington: como para demostrar con tal severa leccion del espíritu moderno al espíritu reaccionario, que sólo es grande y duradero y vívido lo que se funda en el humano derecho. Esta historia, digámoslo de una vez, ha tenido en el Sr. Quevedo y Zubieta un digno historiador.

EMILIO CASTELAR.

EL EMIGRADO

AL

EDITOR DE ESTE LIBRO.

(Carta que puede ver el lector *.)

Madrid, Febrero 2 de 1883.

Sr. B. de O.—Presente.

Mi querido amigo : Ahí le envío á V. la coleccion de artículos á que V., con emprendedora bondad, ha decretado inmerecidos honores de libro.

Allá se las tenga con esos mis pobres hijos, y yo, entre tanto, me lavo las manos. Así nacen los hijos del destierro (voluntario, pero destierro al fin) : un poco incompletos, medio tuertos,

* Dirigida á tiempo que el primero remitió al segundo los recortes de los Recuerdos entresacados de los *Suplementos literarios* de *El Dia.*

medio cojos, con máculas más visibles que la del pecado de Adan, víctimas inocentes de otra culpa original que consiste en no tener bajo los ojos corpóreos el ejemplar que se trata de describir, los documentos auxiliares, tan escasos fuera del lugar donde se producen los hechos reseñados, y, sobre todo, ese testimonio vivo y palpitante de la realidad presente, que con nada se suple, ni con los libros, ni con los conceptos y las narraciones de testigos.

La memoria, ese ojo del alma que ve hácia el pasado, ha sido mi principal factor en la formacion de esas páginas, y la memoria, facultad débil en sí misma, está subordinada al sentimiento, á todo lo que en nosotros llora y sonrie..... Por estos dias hace un año que dejé á mi patria. Venía triste, porque acababa de pasar por ese primer período febril de la juventud, en que el hombre, luchando por abrirse paso á sí mismo y á un ideal cualquiera en medio de la sociedad en que vive, se ve detenido, primero por sus propios errores y malas pasiones, y luégo por las hostilidades y malas pasiones de los demas. Á causa de este estado de mi ánimo, cuando á mi venida naufragué cerca de la costa de Santo Domingo, sin ser valiente, hendí las olas con amor, comprendiendo que un gran baño en esas aguas de Dios que se llaman Océano

era lo que necesitaba despues de la amarga uncion de hiel que habia sentido entre los hombres.

Mi melancolía fué dulcificándose poco á poco, porque el mar es el Leteo donde se hunden muchas miserias recogidas en tierra por nuestras almas, y cuando pisé la playa europea, me sentí tranquilo para volver los ojos á la patria que dejaba hácia atras. Aprovecho esta coyuntura, mi querido editor, para declararle que esa mirada retrospectiva no me esculturó en sal como á la mujer de Loth, sino que, por el contrario, sentí removerse dentro de mí y dilatarse y palpitar eso que se llama el amor á la patria, y que no se comprende perfectamente, sino hasta que se pierde, á traves de la distancia, el objeto de esa expresion y de ese sentimiento. Si ántes hubiera escrito, quizá no hubiera podido evitar que mis recuerdos de la patria se acibarasen en la fuente de amargas impresiones recientes; pero escribí entónces, cuando llegado á esta España, que evoca tantas memorias de México cuantas del ausente hijo excita una madre, sentí gritar en mí la voz de la tierra llamándome á estudiar las virtudes y bellezas que en ella campean, evitando el observar sus vicios y fealdades, tan numerosos como aquéllas en un pueblo de formacion incipiente. Creo haber respondido á ese llamamiento, y si la mane-

ra no ha sido buena, culpa ha sido de mi insuficiencia, no de mi deseo. En mi afan de extraer de los lugares, de los caractéres y de la Historia lo que en ellos hubiese de poesía, respecto de los lugares, dejé las ciudades y me acogí á los campos, á los caminos, al *rancho*, á la hacienda ó bajo los haces de zacate de los xacales; respecto á caractéres, no he querido ver al *hombre de levita*, que con pocas diferencias es el mismo en todas partes, y me he dirigido al indio y al ranchero, y respecto de la Historia, he querido referir preferentemente mis recuerdos hácia aquellos hechos que significan santas y grandes luchas, y cuya repetida dilucidacion importa al honor nacional.

Como verá V., no he querido *volver mucho el estilo* sobre los adjuntos impresos. Dejo intacto el fondo. Corrijo algunos detalles, principalmente aquellos que pudieran herir palpitantes intereses ó susceptibilidades allende el Océano, porque creo que en tierra extranjera el *emigrado* no debe acordarse de su patria más que para una obra de paz, aunque quizá se reserve para el regreso algunos desechos á una obra de lucha; y dejo otros detalles en su incorreccion, pecados de forma, verdaderos deslizamientos de mi lengua nativa en medio de esta lengua de Cervantes y de Castelar que tan pura y

tersamente se habla en Castilla: son vocablos y modismos nacionales que, puede ser, desarrolle despues con más extension en otros artículos dirigidos estrictamente á las costumbres, porque prefiero explotar humildes elementos y formas, tan propios de la literatura de mi país, como lo son de su naturaleza los magueyes y los mezquites, á lanzarme á la heredad ajena en busca de los rastrojos que pueda hurtar, como lo hacen en la América latina muchos extraviados, que cifran todas sus faenas y glorias literarias en rapsodias é imitaciones de los periódicos y libros franceses.

Sólo temeria que esa nube de polvo de oro con que se envuelven las cosas ligadas á nuestro recuerdo con el mágico prestigio que les atribuye nuestra simpatía, hubiese turbado un tanto mis ojos y me hubiese hecho ver demasiado espléndida la naturaleza, demasiado bueno el indígena del país, demasiado brillante su historia..... pero, en fin, todo esto puede importarle á V. demasiado poco; mas si V. considerase que ésta puede servirle como un medio indirecto de presentar al lector ciertas ideas preliminares que son de estilo, le autorizo á V. para que la publique al frente de mis «Recuerdos».

Así como así, no hará V. con eso más que

añadir un motivo más á tantos como empeñan mi eterna gratitud hácia esta buena tierra española.

Soy de V., como siempre, su afectísimo amigo y S. S.

SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA.

MÉXICO.

RECUERDOS DE UN EMIGRADO.

Se habla en España de muchas cosas de fuera; se trabaja por estar al tanto de las efemérides del África y de Oriente; se procura entender algo sobre el estado de Egipto, la política rusa y las agitaciones de Hungría y de la Herzegowina, y hay especial empeño en disertar sobre lo que piensa el Jetife ó lo que piensa Gladstone y sueña Bismark; pero la atencion general y la ciencia de los hechos y de los hombres no se lleva con igual empeño á aquellas regiones de América, tan enlazadas con España por su idioma, su raza y sus tra-

diciones, y sobre las cuales la vida europea tiene que irse desbordando más y más en grandes oleadas de inmigracion.

Por eso parecerá extraño que haya quien ante el público lector de Madrid, se ponga á hablar de un país de Hispano-América. Pero, sea lo que fuere, amante del suelo en que vió la luz primera, y de donde acaba de llegar, impulsado en parte por el cansancio de agitaciones experimentadas en la prensa política, el que escribe estas líneas cree contribuir, en la pequeñísima esfera á que alcanzan sus fuerzas, á la popularizacion europea del nombre y de la vida de su patria, con la publicacion de algunas páginas de revista mexicana, escritas á la ligera, sin otro primer pensamiento que satisfacer antiguas y mal empleadas aficiones literarias.

No se esperen reseñas ordenadas bajo un plan metódico preconcebido y presididas por un espíritu de observacion científica. Mis trabajos son de descripcion y no de

ciencia; obra, no de *nociones*, sino de *recuerdos.*

Á favor de ellos he vuelto á ver las llanuras del Anáhuac, con sus volcanes emblanquecidos, sus laderas cubiertas de magueyes, y sus xacales, cabañas indianas, agrupadas en ranchos al borde del camino; más allá, he visto el valle donde se alza México, con sus líneas de blancas azoteas, sus canales donde bogan las chalupas atestadas de verdura, y sus pueblecillos frescos y frondosos, canastillos de *truenos* y eucaliptus donde canta el zentzontli, tendidos como un cinturon de follaje y de armonía en torno de la gran metrópoli de la América latina.

En ella he visto de nuevo pasar ante mis ojos, al lado de la india y del charro y del ayer pronunciado *cuerudo* y hoy galoneado general, todas aquellas gentes, frívolas en el bien como en el mal, naturalezas mixtas, en cuya composicion ha entrado la astuta doblez del indio y la franca

generosidad del castellano; y por último, allá, en el fondo de mis recuerdos lejanos, he creido divisar otra vez el redondo torreon de la *hacienda* paterna, asistir á los rodeos y herraderos desde el tablado del corral, y ver á lo léjos las torres amarillas y agudas de la ciudad natal, tendida sobre una llanura del Jalisco, blanca y arenosa como esas colinas de Castilla que contemplo ahora desde la ventana de mi quinto piso.

Allá, por entre aquellas cosas de un mundo que aquí no se conoce bien, ni siquiera en panorama, allá dejo vagar el corcel de mi memoria, *la brida sobre el cuello*, al capricho de la ocasion, sin imponerle un rumbo más fijo que el que llevan las manadas mesteñas en las grandes sabanas de mi patria.

FERRO-CARRILES.

I.

¿Quién no conoce el *Tren expreso* de Campoamor, magnífica miniatura en que el poeta ha desarrollado un doble poema, compuesta la una parte por el movimiento y la otra por el amor? El verso corre, vibra, trepida, imita las estaciones en sus grandes pausas, y en sus entonaciones y cadencias se cree á veces escuchar los ecos del silbido del vapor y del fragor de las ruedas dentro del túnel.....

Sólo deploro, sin embargo, ante esa obra maestra de onomatopeya, que el poeta, ántes de escribirla, no haya visitado el camino de hierro de Veracruz á México. ¡Cómo los rasgos hubieran de haber sido más fuertes y las imágenes más grandiosas! ¿Qué es esa vía á traves del plano de Francia y de las montañas horadadas de

Guipúzcoa, Álava y la Vieja Castilla, cuando se la compara con aquella en que el genio del hombre se ha desplegado en su obra con tanta más fuerza cuanto con más esplendor se ha ostentado Dios en la Naturaleza?

No es un trabajo de ingeniería clásica: el director del trayecto, desesperado de trazar una línea regular á traves de una cadena de precipicios y montañas, llegado á la mitad del camino, dejó de ser ingeniero y se hizo artista. El terreno se defendia palmo á palmo, y se dijera que la gran cordillera americana se animaba sobre sus bases de granito para librar una batalla contra aquella invasion de rieles y locomotoras. Se presentó primero, semejante á cuerpo de avanzada, la eminencia de Loma Alta, y ya salvado este primer obstáculo, se tropezó, á no larga distancia, con aquella complicada trama de cerros, cauces y profundidades del Chiquihuite, que, en su inaccesibilidad, ha sido escogida por

---

FERRO-CARRILES.

I.

¿Quién no conoce el *Tren expreso* de Campoamor, magnífica miniatura en que el poeta ha desarrollado un doble poema, compuesta la una parte por el movimiento y la otra por el amor? El verso corre, vibra, trepida, imita las estaciones en sus grandes pausas, y en sus entonaciones y cadencias se cree á veces escuchar los ecos del silbido del vapor y del fragor de las ruedas dentro del túnel.....

Sólo deploro, sin embargo, ante esa obra maestra de onomatopeya, que el poeta, ántes de escribirla, no haya visitado el camino de hierro de Veracruz á México. ¡Cómo los rasgos hubieran de haber sido más fuertes y las imágenes más grandiosas! ¿Qué es esa vía á traves del plano de Francia y de las montañas horadadas de

enfrente de un problema de aplicacion del *steeplechase* á los ferro-carriles, abordó de flanco el obstáculo, practicó la curva ondeante por las espaldas del coloso, recurrió á la locomotora del sistema Fairlie, dotada de una fuerte potencia de traccion para vencer las pendientes y de otra contraria de empuje para moderar los descensos; utilizó, para la marcha ascensional, hasta la fuerza suprema de la inercia, tan eficaz en una vía que, en cierta parte, parece una serie de *montañas rusas*, y de abismo en cumbre y de cumbre en abismo, pudo lanzar su locomotora victoriosa por las dilatadas llanuras de la Puebla y la Tlaxcala.

Así es como al viajero que recorre aquel laberinto de hondonadas y de montañas le parece todavía asistir, en un momento dado, á una refriega de fuerzas formidables y opuestas que se renueva todos los dias. No hay medio de sustraerse á tal impresion. Aunque, por ventura, os hayais

dormido al rumor del rodaje, sentiréis que os despierta de repente algo como fragores extraños y movimientos de sacudida. Mirais á una parte, y veis al alcance de vuestra mano la gran montaña tajada; mirais á la otra, y vuestros ojos se abisman en el despeñadero, á cuyos bordes os sentís suspendidos; asomais la cabeza por el ventanillo, y contemplais abierta á vuestros piés la garganta salvaje que os presenta empequeñecidos, como simples mogotes de hierba, los árboles gigantes que se alzan en su fondo; os volveis hácia atras, y veis en lo alto á la locomotora posterior que baja volteando, semejante al último anillo de una sierpe enroscada, y cuando fatigados de todos estos aspectos quereis saber á dónde vais á dar tras tantos vértigos, veis hácia delante que la locomotora anterior acaba de perderse á vuestra vista al flanquear la montaña, arrastrándoos sin remedio en una marcha misteriosa que, más que un ascenso ó un descenso de masas rodan-

tes, parece respectivamente la elevacion ó la caida de un aeróstato por los aires.

Todo esto, que pasa en un momento, se prolonga por muchos minutos, con variantes inagotables de posicion y de perspectiva: tan pronto el tren ha salido de un desfiladero, cuando pasa inclinándose por el puente tendido de un borde á otro del barranco; tan pronto se precipita con gran velocidad, como emprende una marcha lenta, detenido en la pendiente por esa doble fuerza que así sirve de traccion como de palanca de resistencia. Los émbolos de las máquinas juegan sin cesar en esta operacion de estira y afloja; el vapor que sale no ha dejado de silbar en todo el terrible trayecto; los ecos de la sierra, abierta en anfiteatro, repercuten aquel torrente de silbidos, semejantes á gritos de coraje y de aliento; el penacho de humo, abundantísimo, desplegándose en un circuito cerrado, toma el aspecto de borbotones de espuma, y cuando, al fin, el tren, crujiendo, trepi-

dando, entrechocando unas con otras sus falanges de hierro, sale del laberinto de montañas, la máquina, que ha arrojado tres ó cuatro grandes silbidos, se calla de repente, arréglase su descompuesta cauda de humo, ordénanse los wagones en línea recta, y al que entónces contempla el tren lanzándose con gran velocidad por la llanura espaciosa, le parece ver á la fiera jadeante que, habiéndose agitado furiosamente entre los hierros de la jaula, alcanza al fin la salida y acalla sus rugidos, compone su irritada melena, y, ébria de libertad, se entrega á todo el placer de su fuga.....

II.

Enlazada tan soberbiamente la capital de México con su primer puerto, sirvió de señal la conclusion de esa obra para dar principio á un movimiento de empresas ferro-carrileras, que constituye en estos momentos el fenómeno más importante de

la vida de aquel país. Dos poderosas compañías americanas, de esas que juegan con los millones como los chicos con las tabas, trabajan activamente por establecer dos vías principales que, partiendo de México, tocaran por el Occidente al Pacífico y por el Norte á puntos de la frontera donde se empalmaran con líneas de los Estados-Unidos. Al lado de esas dos concesiones existen otras muchas, ya de líneas nuevas hácia el Oriente y Sur de México, ya de ramales ó de líneas secundarias en los Estados de la Confederacion; de suerte que no hay poblacion de importancia, siquiera sea de segundo ó tercer órden, que no figure en el cuadro de las concesiones ferro-carrileras que produce sin descanso el ministerio de Fomento y que los norte-americanos saben utilizar, haciendo con ellas un gran tráfico de subrogaciones y traspasos.

Cinco mil millas de vía férrea representan las concesiones otorgadas en los últi-

mos cuatro ó cinco años por el gobierno mexicano á capitalistas norte-americanos, y si esas concesiones se realizan, importarán la suma de ciento veinticinco á ciento cincuenta millones de duros. Una medida hacendaria del gobierno de los Estados-Unidos ha determinado ese movimiento de capitales hácia México. Fué durante el período presidencial del finado Garfield cuando se decretó que los réditos de los capitales reconocidos por el Estado á algunos ciudadanos bajarian del 5 por 100, rédito anterior, al 3 por 100, y esta disposicion, provocando por parte de muchos acreedores del Estado la retirada de sus capitales, les hizo buscar en el vírgen suelo limítrofe de México nuevos cauces donde dar curso productivo á cerca de doscientos millones ociosos. La compra de terrenos para empresas agrícolas y la adquisicion de concesiones ferro-carrileras, ha sido el doble resultado de esa determinacion. Así es como los ferro-carriles han

llegado del Norte, coincidiendo, en esta parte, la suerte de México con la de su vieja madre España, donde el movimiento de ferro-carriles procedió de Francia, su septentrional vecina. Sin embargo, allí como aquí, el principio de la nacionalidad no se pierde ni se abdica, al aceptarse ese movimiento que llega de fuera, porque el Gobierno ejerce sobre las empresas su accion dominadora en el sentido de la proteccion, vigilancia y reglamentacion de las líneas y porque capitalistas mexicanos entran á constituir las compañías ferro-carrileras en sociedad con los empresarios del Norte.

Las pingües subvenciones con que el Gobierno de México dota á las empresas concesionarias, asignándoles de 6 á 8.000 pesos por kilómetro, despierta y atrae á nuevos emprendedores, y con ellos llegan del Norte nuevos inmigrantes, soldados del trabajo, que espantan en México á muchos espíritus dados á ver en ellos á los preparadores pacíficos del *destino manifies-*

to. Allí, por aquéllos caminos atravesados todavía por las *diligencias*, pobres vehículos que aventará el vapor hasta relegarlos á los museos de nuestros nietos, se pueden ver las cuadrillas híbridas de trabajadores á lo largo de los terraplenes. ¡*Yankées* montados á caballo, cubiertos con sombreros de anchas alas y llevando cada uno á su lado al intérprete, especie de Sancho, que no marcha en asno, sino á pié, dirigen, en union de jóvenes ingenieros mexicanos, á los jornaleros indígenas, operarios inconscientes de una trasformacion que cambiará, quién sabe hasta qué punto, la faz y las razas de aquella mi patria, pueblo que parece destinado á una historia de contínuas peripecias y agregaciones.

¡Cómo cobran encanto desde léjos, y á traves del recuerdo, aquellas escenas de la patria ausente, que ayer se contemplaron con indiferencia! ¡Con qué frescura renacen en mi alma las impresiones que apé-

nas me arrancaron una sonrisa desdeñosa cuando asistia á las inauguraciones de algunas vías férreas!..... Grupos de campesinos, entre los cuales resaltan las jóvenes indias de México, hermoso tipo, con sus caras de perfecto óvalo, sus negros cabellos y sus formas redondas, salen de sus xacales á ver, asombrados, el primer paso del tren; le ven desde léjos como resguardándose tras del vallado ó la cerca de piedra; ènmudecen los hombres, gritan las mujeres, santiguándose; ásense con fuerza los chiquillos á las faldas de sus madres, y cuando el tren se ha perdido á lo léjos, envuelto en su nube de humo, condensan todos sus sensaciones en esta exclamacion: *¡La máquina!*

Cuenta la historia de la conquista de México, que cuando llegó Cortés á las playas del Anáhuac, los habitantes, que nunca habian visto caballos, tomaban á éstos y á los conquistadores que los montaban como una sola y conjunta persona. El hom-

bre siempre es el hombre, lo mismo el semiculto de Europa que el inculto de América; lo mismo el de hoy que el de hace tres siglos. Ve algo nuevo que sale de la esfera de sus conocimientos, y sin consentir su ignorancia ni rendirse á la duda, se explica á su manera y segun sus nociones los fenómenos que percibe. Es esto, sin duda, lo que ha hecho exclamar cerca de mí á una descendiente de la Malintzi al ver por primera vez una locomotora, lo mismo que han exclamado los populachos de todas partes: *¡Los caballos van dentro!*

Pero, pasada la primera impresion, las indias del camino se familiarizan poco á poco con el prodigio, y lo estupendo del primer dia pasa á ser lo natural y ordinario de los que le suceden. Desde entónces no hay estacion de ferro-carril tan apetitosa y animada como la mexicana: rica con todo el arte de su cocina nacional y con todos los dones de su fecunda Pomona, sale la campesina á ofrecer al viajero las

chalupas hirviendo en el *comal*, los *tamales* envueltos en hojas de maíz y los frutos del trópico hinchendo hasta el asa los *chiquihuites*. Pasa la platanera, con su penca de amarillas bananas; llega la marchanta de piñas, ostentándolas divididas en discos trasparentes que destilan miel; acude el *pulquero* con sus *ollitas* de blanco licor espumoso, y las *enchiladas* sobrepuestas en la *batea* exhalan su acre aroma en aquella atmósfera digna de los festines de un Camacho americano.

En esas líneas, ya en explotacion, que conducen á las poblaciones de *tierra caliente*, los ricos frutos del trópico dejan de figurar como mercancías en las estaciones; el plátano y el manglar cuelgan sus racimos al alcance de todos en la rústica avenida; el naranjo tiende en el suelo sus doradas pomas á los piés del viajero, y la caña, no despojada todavía de su hoja, sirve para formar arcos de triunfo en cada una de sus etapas á la vía ferrea que avanza.

III.

¡Triste es que el arco de triunfo tenga á veces que trocarse en arco de duelo!..... Impútase, en México, á las ligerezas unidas de algunos empresarios y de un Gobierno mal advertido, la catástrofe de Escontzin, amargo episodio, en que á los últimos gritos de júbilo de una fiesta inaugural se unieron los lamentos de una horrible hecatombe. La empresa, ávida de ganar la *prima* decretada por el Gobierno, bajo condicion de que la vía de Morelos se pusiera en explotacion hasta Cuautla, dentro de cierto término, ordenó la inauguracion para el pasado Junio..... Así es que el hecho merece ser conmemorado, aunque no sea sino con motivo de primer aniversario (1). El terreno, fragosísimo y cortado por muchas barrancas, pedia obras de

(1) Acaeció el 23 de Junio de 1881, y este artículo se publicó en el mismo mes de 1882.

consideracion, que quedaron aplazadas. Se improvisaron puentes de viguería, que el ingeniero oficial aprobó con algunas restricciones, y en seguida no se pensó más que en hacer otra fiesta nueva en aquel país de las fiestas.

Trenes de lujo para 500 invitados, entre los cuales asistieron el Presidente, los ministros, otras muchas autoridades y casi todos los miembros de la prensa; rancheros con haces de cohetes apostados de trecho en trecho, á lo largo del camino, para saludar al tren con una música de truenos; la *Guardia rural*, ejército muy mexicano, de sombrero ancho y *zarape* rojo, escalonada desde México en vistosas partidas; arcos de *tzempaxochitl* y *santa-maría*; banquete en Cuautla, poblacioncita de mucha historia y de mucha naturaleza; todas las esquilas á vuelo; docenas de bombas explosivas (*cámaras*) estallando en los aires; discursos, bríndis y bailes..... Nada faltó para que la alegría fuese completa en aque-

lla romería, cuyo santo era el vapor, ese dios del siglo.

Se verificó el regreso á México en són de triunfo. No habian faltado alarmas y voces que acusáran la inconsistencia y peligro de los puentes de mampostería; pero para destruirlas, se arregló que el tren hiciera una estacion sobre el puente indicado como más peligroso, que era el de Escontzin, y con esto se creyó haber puesto su solidez á prueba de bomba.

Al dia siguiente, los personajes del Gobierno se reponian con satisfaccion de las emociones de aquella fiesta, en que se habia comido y bebido á salud del progreso, y luégo los empresarios llegaban, frotándose las manos, á reclamar los miles de duros de la *prima*. De repente empiezan á circular rumores de muerte, y, á pesar del insensato empeño de algunos interesados en sostener por algun tiempo á México en la incertidumbre del suceso, llega á la presidencia un parte breve, como el de las ba-

tallas perdidas: «Tren hundido en Escontzin. Doscientos muertos.»

Aquello habia sido una complicacion de horrores, y no parece sino que la soberbia naturaleza del Anáhuac se vengaba en un momento de haber sido domada y vencida por los trabajadores del siglo. Eran las cinco de una de esas tardes veraniegas de México en que el sol, semivelado por los nubarrones que ascienden del Occidente, parece complacerse en apresurar los encantos del crepúsculo. Un tren, compuesto de siete plataformas y dos locomotoras, anunciaba su salida de Cuautla convocando á los pasajeros, que acudian en tropel á su rústica estacion, abierta á los cuatro vientos y apénas entrecerrada al sol por un cobertizo de hojas. Dos compañías de soldados que habian ido á esa poblacion para hacer los honores militares en la fiesta inaugural, se instalaban en las espaciosas plataformas hasta llenar las seis primeras. Estaba la última ocupada por un cargamento

de aguardiente, y como quedaran muchos soldados que no habian alcanzado asiento en las primeras, trepaban á esta última, tendiéndose alegremente sobre los barriles sin prever que cada uno de ellos debia convertirse muy pronto en un lecho más terrible que el de Procusto. ¡Figuraos qué alegría la de aquella salida! Cerca de 300 camaradas de cuartel que volvian á su bella México, despues de una ausencia impuesta de una semana; algunas docenas de mujeres (*galletas*) con el apéndice de sus chicos de cría; vivanderos y reposteros del festin reciente; algun agricultor de las haciendas del tránsito, que aceptaba con júbilo un viaje de cualquier modo verificado que le habia de restituir esa misma noche á su hogar y á su familia, y alguna india del lugar que empezaba á utilizar la vía negociando á lo léjos con los frutos de *tierra caliente:* todos ellos estrechándose como en los apiñamientos de las romerías, gozando hasta con las incomodidades de aque-

lla traslacion en masa; los soldados charlando á grandes voces; las mujeres riendo, de pié, en el centro de las plataformas; los chicos gritando en sus brazos, y los curiosos de la estacion despidiéndose tiernamente de tantos huéspedes fugitivos: así empezó aquel viaje al aire libre por aquel camino que va sin cesar culebreando por entre unos campos siempre en flor.

De pronto se produjo el silencio: los soldados dejaron de charlar, las *galletas* no se rieron más y los chiquillos se estrecharon contra sus senos. Un gran trueno se habia hecho oir, precedido de la súbita iluminacion del relámpago, y luégo empezaron á caer esos goterones pausados, precursores de las fuertes tempestades. Pocos momentos despues la tempestad se habia declarado, y los 400 caminantes, calados por la lluvia, azotados por las ráfagas, envueltos por ese espíritu de las tormentas, contra el cual no hay defensa posible en una plataforma descubierta, se arrebujaban y

callaban como si en vez de ser 300 hubieran sido un solo hombre. Los presentimientos sombríos, como las fuertes pasiones, producen el efecto de identificar á las multitudes, y ese presentimiento surgió en aquel convoy de víctimas cuando se pensó que habia que pasar muy pronto por los puentes de madera. Se dice que en este momento un maquinista se negó á continuar el viaje; pero que, intimado y amenazado por un jefe de la tropa, tuvo que proseguir la marcha interrumpida: esto no está aclarado, porque vientos de calumnia han soplado en el fondo de ese turbio acontecimiento, velado por un proceso más turbio, que todavía no se acaba..... Habia cerrado la noche cuando el tren llegó á la llanura de Malpais, cortada por várias barrancas, y eran las nueve cuando llegó á una de ellas, atravesada por un puente de madera que de aquel lugar tomó el nombre de Esconce ó Escontzin.

La lluvia hacía correr por el fondo del

barranco una corriente que acabó por conmover los estribos del puente improvisado; así es que apénas tocó á él la locomotora delantera, cuando empezó á crujir vacilando. Se oyó un gran grito en medio de la noche tempestuosa: algunos, más animosos ó más advertidos del peligro, se salvaron arrojándose á tierra; los demas, destilando agua por todas partes, desde los piés hasta los cabellos, adheridos á las plataformas empapadas, ateridos de frio y de espanto, circundados por una densa oscuridad que les impedia medir con los ojos la grandeza del peligro, entraron en ese estado del ánimo en que el hombre se cree encadenado á la catástrofe sin poder evitarla y contra la cual sólo tiene una boca que grita y unos brazos que se tienden al cielo..... Ya habia tocado la primera locomotora al otro borde del barranco, cuando el puente, abriéndose por el centro, hizo caer á una plataforma, que arrastró á las otras hácia el fondo. Las dos locomotoras quedaron á

uno y otro borde del barranco, siendo impedidas de precipitarse en él porque las plataformas lo habian colmado.

Al verlos así inmóviles, inclinados sobre su ténder, haciendo resonar entre los gritos de agonía el rugido de sus calderas, se hubiera dicho que los dos mónstruos de hierro estaban allí para recrearse en la matanza..... ¡No hubo en ella piedad! Por eso no es una catástrofe comun esa del 23 de Junio, en que todo parece meditado, como las partes de una tragedia, para consumar el terror supremo. Primero funcionaron las bayonetas de los soldados, que atravesaban á los caidos; luégo se comunicó el fuego de las máquinas á los barriles de aguardiente, que estallaron; cada fusil se disparó entónces, simulando un tiroteo de batalla, cuyas balas abrieron muchos cráneos; y cuando los moribundos se removian con supremo esfuerzo, cuando los heridos se arrastraban por entre las llamas con ánsia de escapar á la muerte, las plataformas in-

cendiadas dejaron de suspender en los bordes del barranco á las locomotoras, que se precipitaron, y haciendo el oficio de dos enormes masas, aplastaron á muertos y heridos.

Una informe mezcla de huesos y de herraje quedó en el fondo del fúnebre barranco. Un sirviente llevaba á México una abundante bajilla de plata que habia servido para el festin de Cuautla: se la buscó, y allí estaba en efecto..... ¡fundida!

Cuando brilló la aurora sobre aquel hacinamiento de esqueletos chamuscados, un caminante *madrugador* que pasó por allí á caballo pudo ver algunos indios que, atraidos desde la noche por el fragor de la catástrofe, se habian sentado en *cuclillas* al borde del barranco, y con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, miraban espantados hácia el fondo...

—¿Y qué decian?—pregunté yo al caminante que me lo refirió.

—Nada..... Lo de siempre: *¡La máquina!*

EL INDIO DE MÉXICO

EN LA HISTORIA.

Pero no siempre anda el diablo en la máquina de las locomotoras; el dios (*deus ex machina*) reaparece en ella, apénas pasa el triste dia en que el rey del infierno le ha jugado á San Miguel una escapatoria. ¡ Feliz el indio de México que puede ver á ese dios descoger sobre su suelo su vaporosa clámide, estrechando al hombre con el hombre á traves de extensiones desiertas, y derramando en una zona el cuerno abundante, henchido con los frutos de otra ! Testigo asombrado de los triunfos y los desastres del progreso moderno, no lo sería si sus abuelos, en vez de haber visto la luz en Hispano-América, la hubiesen visto en la

América inglesa. La conquista española dejaba al conquistado una pequeña parte del derecho á la tierra, y todo el derecho á la vida, al paso que la conquista inglesa le privaba de todo el derecho á la tierra y todo el derecho á la vida. Fueren los que hubiesen sido los errores y abusos de la dominacion española en América, hijos de su tiempo y de su carácter, lo cierto es que al actual americano le es más simpático el conquistador que ha dejado vivas en el Centro y Sur á las razas autóctonas, que aquel otro que no ha dejado en el Norte más que las osamentas de un pueblo que apénas vive con la vida póstuma del recuerdo en el Chactas y la Atala de Chateaubriand.

Bien podemos nosotros, los americanos que llegamos al fin de este siglo con el alma libre de preocupaciones y el corazon desligado de ódios añejos, bien podemos llamar más querida la cruz que en las manos del sacerdote católico español sirvió

para iniciar al indígena en la civilizacion europea, que aquella otra cruz que en las manos del ministro puritano inglés no sirvió más que para señalar las fosas de los indios muertos.

No sólo ha subsistido en México, como en el Centro y Sur de América, la raza indígena, sino que ella forma por su número la base y el principal elemento de la nacionalidad mexicana. Indígena pura es algo más de la tercera parte de su poblacion, que con innumerables variantes de vida, de carácter y de idioma, se extiende desde Yucatan, bajo el nombre de *maya*, hasta los Estados de Chihuahua y Sonora, bajo el nombre de apaches, kikapoos, etc., etc.

Nada más complexo que ese pueblo, formado por agregaciones indefinidas que apénas se entreven en las sombras de la tradicion y de la Historia. Una y otra apuntan primero á los aborígenes toltecas, pueblo de artífices, que ha señalado su paso con la huella perdurable de los mo-

numentos; luégo hacen constar la llegada al Anáhuac de los chichimecas, indios montaraces, sin más arte que la caza y sin más techo que el ramaje del árbol que les deparaba el azar; despues nos hablan del sucesivo advenimiento de siete tribus, salidas de otras tantas cuevas, situadas muy á lo léjos, en un lugar misterioso llamado Hue-Hue-Tlapallan y Aztlan, y nos dicen, por último, que todas esas razas y tribus, sufriendo en el camino algunas segregaciones de hombres que se detenian sin proseguir la peregrinacion á la *tierra prometida* y encontrada en el valle del Anáhuac, poblaron toda la extension de lo que hoy se llama República mexicana.

Tejed sobre la trama de esa primera noticia étnica los hilos representativos del pasado de cada circunscripcion indígena, las cuales eran tantas, que los *tenuchcas* ó mexicanos, para establecerse en el valle tuvieron que disputar el terreno palmo á palmo á más de veinte agrupaciones ene-

migas; enlazad entre ellas los cuadros conmemorativos de tantas porciones diezmadas por la peste y por la guerra, de las cuales cada una tiene su lengua aparte, sus tradiciones especiales y su leyenda propia, desde Tezcuco á Chimalhuacan, desde Chimalhuacan hasta las tribus nómadas del Septentrion; entretejed todo eso, y tendréis la prodigiosa urdimbre histórica del México antiguo, urdimbre sobrecargada de figuras extrañas como una greca gótica, llena de dioses que hablan á solas y en las sombras con los sacerdotes para pedirles sangre, de sacrificadores que se cubren con la piel de las víctimas, de hechiceras que cabalgan por los aires para evocar el pasado y conjurar los agüeros; mescolanza informe de reyes buenos y justicieros en las gradas del estrado y bárbaramente crueles en los escalones ensangrentados del *teocalli;* desfile singular de guerreros valientes en el combate y antropófagos á la hora del botin; héroes más

sombríos que los de la *Iliada*, hechos para ser cantados por un Homero indiano que terminára sus rapsodias, no con el epifonema de salutacion al combatiente vencedor, ni con el himno de bendicion al Dios tutelar de la victoria, sino con el estribillo agudo y desgarrador que dejára caer sus notas gemidoras sobre el bravo *Tlacaelel*, que deja la arena de la lucha para asistir á la mesa del festin caníbal y prosternarse ante la piedra de los asesinatos religiosos.

Allí está todavía esa raza de sangrientas tradiciones épicas que duerme entre sus volcanes apagados, como duerme la helénica al pié de sus monumentos; pero que, como ésta, no parece inclinada á deponer sus viejos bríos ni á renunciar á sus luchas por el engrandecimiento. Los hombres de Europa, en lo general, no conocen ó no quieren conocer en México más que al indio indolente y abyecto, que no sabe más que ir del *xacal* á la *milpa* y de la *milpa* al *xacal*, si no es que se fingen, al oirle

nombrar, alguna figura aviesa y emplumada, que vive la vida salvaje en el seno de los bosques.

Ese indio que se alimenta con *atolli* y *tortillas*, que duerme sobre la estera (*petate*) tendida en el suelo, que en el valle de México vende flores y legumbres, en Michoacan fabrica tejidos y en Jalisco hace ánforas y muñecos de barro; ese indio que vive silencioso, pobre y casi inactivo sobre el terruño de su pueblo; que, como estado social, tiene la ignorancia y la miseria; como política, el retraimiento; como religion, la supersticion; como arte, la alfarería, la escultura y la música, en condiciones rudimentarias; ese indio es el miembro de una raza estancada, pero que se la ve correr arrolladora y ascendente en la edad antigua, y que en los tres siglos de la dominacion española, como tambien en el siglo actual, ha hecho flotar en la superficie de la humanidad sus grandes hechos, sus hombres de luz y de esfuerzo, como

un testimonio de que vive y de que puede levantarse de su estancamiento.

No sin razon, á la vista de las costas de Tabasco, gritaba Juan de Grijalba desde la popa de su navío : « ¡ hé ahí otra España ! », ni era pura ilusion del primer momento lo que hizo decir á Cortés en las playas de Ulúa, algo semejante á esto : « Regresemos, pues, á Cuba, ya que tenemos enfrente á un pueblo fuerte..... » Era que se revelaba bien á las miradas y al instinto de los conquistadores que no en vano habian trascurrido los siglos para la India del Occidente, y que no era un solo continente el que habia servido hasta allí para escenario del progreso humano.

Es ciertamente un pueblo-rey, como el latino, ese pueblo de la Tenuchtitlan, y no es posible prever los límites que hallaria á su tarea no interrumpida de asimilaciones y conquistas, si la aguja del gran cuadrante no hubiera marcado en el siglo XVI el minuto histórico de la fusion de los dos

mundos, verificada en provecho del plan divino de la unidad. El peñasco que cae formando en su torno ondas circulares más y más extendidas, no conmueve más las aguas de un estanque que lo que conmovieron á los pueblos del Anáhuac aquellos creyentes de Huitzilopochtli que, no teniendo al principio más tierra que la que pisaban en torno del nopal (tenuch) y bajo las alas del águila sagrada, llegaron al cabo de siglo y medio á extender su poderío por el Oriente y Sur hasta Oaxac, Xoconuchco y Tequantepec.

Reyes relumbrantes de los piés á la cabeza por sus joyeles de oro, llevando á la espalda el atambor guerrero (*teponaxtli*), con la jara en una mano y el chimal en la otra, marchan al frente de ejércitos que aman la bienaventurada muerte de la guerra: *xuchimiquistli* (literalmente, muerte rosada ó florida), como amarse puede el sueño tras del festin, y cuando regresan á la gran ciudad, gloriosos con otra victoria

más, y ricos con otro pueblo tributario, se les ve construir, legislar, organizar la paz como han organizado la guerra, no diferenciándose de los reyes de Roma, sino en que éstos iban á la lucha del circo y aquéllos al sacrificio del *teocalli.*

En la fiereza de su poder y de su relativa cultura, nada pedia ese pueblo al pueblo de Europa. Bárbaro, con la brillante barbarie de los grandes pueblos del Ásia y del África, tenía la ciencia de los astros y del tiempo como la Caldea, el arte de la construccion y de la escritura como el Egipto, y el esplendor teocrático como la Judea; así es que cuando el conquistador castellano llegó á tocar á sus puertas cerradas, con el pomo de la espada, el rey Moctezuma, agitándose en su palacio, entre sus agoreros, sus mancebas y sus juglares jorobados, le mandaba decir que regresára á Oriente, porque nada queria saber ni tener del rey Cárlos V.....

Pero tenía que abatirse la altivez del

azteca; los millares de víctimas que sus reyes sacrificaban año por año, formaban un cordon inmenso de calaveras insepultas á la entrada del templo, y la atmósfera, cargada del vapor exhalado por la sangre de tantos Abeles, pesaba abrumadora sobre la suerte de aquel pueblo, resbalado por la más triste pendiente de la decadencia.

Cayó, y cayó bien..... El mexicano de ahora, cuando lanza su espíritu á los dias de la conquista, es español y no indígena, y pone el sufragio de su alma y las simpatías de su corazon del lado donde batallaba Cortés y predicaba el padre Olmedo.

Pero el caido se remueve: atraviesa la noche de sus tres siglos medios, haciendo brillar aquí y allí las lenguas de fuego del saber y del genio sobre frentes de indígenas tan puros como Abad, Fernando Ixtlixochitl y Martin Durán, y cuando llega redimido y señor de su patria á la mitad del siglo XIX, en el momento en que la Europa coaligada impone á México la so-

beranía de un príncipe austriaco, en el momento en que la libertad desfallecia en aquel suelo, combatida exteriormente por el invasor é interiormente por la traicion, y en que la Francia del segundo imperio creia operar el encadenamiento de la América como habia querido operar el del África bajo Cárlos X; en ese momento, un hombre que se habia ido replegando hácia el Norte, sin más arma que una bandera y sin más ejército que un grupo de leales, vuelve de allí terrible y vengador, al paso de su caballo de peregrinacion, envuelto en el polvo de los arenales de Chihuahua y Durango, y se le ve aparecer en lo alto de una de las cimas de Querétaro, rompiendo con sus manos el cetro europeo y arrojando tan á lo léjos sus pedazos, que jamas podrán ser encontrados cuando se les quiera soldar para imponerlo otra vez al Nuevo Mundo.

Y ese hombre era un mexicano, no blanco, ni mestizo, sino indio puro, de la

serranía de Oaxaca : era en su infancia ni más ni ménos que uno de esos hombres á quienes la ignorancia ilustrada de muchos europeos, respecto de América, supone vagando por los bosques, cubiertos de plumas, y pertenecia por su orígen, por su sangre, por sus facciones y por su piel, á esa raza juzgada en el Viejo Mundo por los publicistas del siglo XIX, cómplices indirectos de la invasion, como incapaz de gobernarse á sí misma, y calificada por muchos teólogos del siglo XVI como inhábil por escasez de razon para recibir el bautismo..... Ese hombre se llamaba Benito Juarez, y pláceme observar que ese nombre, en lo que conozco de Europa, se ha llegado á confundir con el de su patria. No es conjetura ni el resultado de una deduccion; es un hecho testimoniado al que esto escribe por incidentes sencillos, pero bastante significativos para que merezcan mencionarse. Dos ó tres veces ocurrióme en Francia que,

al sacar mi cartera de viaje, se fijase algun circunstante en el nombre « México » grabado en el cordoban de la cubierta, y no pasaba esto sin que le oyera prorumpir en esta exclamacion: *¡México!*..... ¡Ah! *¡Juarez!* (*galinizado*, por supuesto, el nombre, haciéndole agudo y pronunciado á la francesa la *j* y la *u*). Y hé aquí cómo el instinto popular, independientemente del fallo de la Historia, atribuye su alta significacion patriótica á ciertos nombres..... Estados-Unidos es ¡Washington; la América del Sur es Bolívar; México antiguo es Guatimotzin (malamente Moctezuma) y México moderno es Juarez.

Muchos hombres habian brillado en México ántes de este último; pero ni Hidalgo ni Itúrbide alcanzaron ese grado de *pronominacion* que, en cierto modo, identifica al suelo y al héroe. Y, aparte de que ninguno habia, como él, afirmado su nacionalidad en hora tan solemne por el peligro, es que ninguno, tampoco, habia salido á acaudi-

llar el movimiento patriótico desde el fondo de la casta más puramente nacional, desde el seno de esa capa humana, la más antigua y la más profunda, que en las verdaderas nacionalidades americanas forma la base del pueblo con tanta verdad, como en el planeta las rocas de orígen ígneo que sustentan inmediatamente las capas primordiales forman la base de la naturaleza; casta que cae á principios del siglo XVI con Guatimoc, que duerme despues durante tres siglos con multitudes oscuras y sin nombre, y que se levanta en el presente con Benito Juarez.

Por eso, más que una individualidad, parécenos Juarez una gran entidad colectiva: es el pueblo indiano del Occidente, es la raza azteca que hace su entrada triunfal en el derecho y en la gloria.

EL INDIO DEL NAYARIT Y EL TLATOANI

MANUEL LOZADA.

I.

Hay allá, muy en el interior de la República Mexicana, al extremo occidental del Estado de Jalisco, una extensa comarca, sobre cuya faz y cuya historia han impreso un profundo sello de originalidad las lozanías y excrescencias de una naturaleza agreste y volcánica, y las terribles resistencias indígenas operadas primero contra la civilizacion española, y despues contra el progreso liberal. Esa region se llama Nayarit y tambien Alica, nombres que toma de las montañas que erizan su seno, y de la mesa que le forma, con sus bosques de árboles frutales, una corona de eterno follaje y verdura. La Sierra-Madre, que

en el interior de México se divide en tres partes, extiende por aquella region su rama más occidental, cerca de la cual corre el Rio Grande, que toma tambien los nombres de Tololotlan y de Santiago, y parece que el gran rio y la gran cordillera, que han ido aproximándose más y más en su curso al Occidente, han elegido aquél como un punto de cita, el uno para desplegar más ancha su corriente, y la otra para erguir sus cimas más multiplicadas y gigantescas. Al pié de la sierra corre el rio, tan bronco éste para el nadador audaz, como ruda aquélla para la planta del viajero..... Se diria un castillo de rocas bordeado por un puente de siempre alzado rastrillo. Se necesita todo el arte práctico de los indios de aquel rumbo para pasar el rio á caballo, obligando al animal, por medio de palmadas en la boca y en el cuello (operacion que se llama *cacheteo*), á avanzar en línea oblícua, sin dejarse arrastrar por la corriente impetuosa;

y en cuanto á la sierra, cuéntase que comisionados por Cortés algunos misioneros, hombres de ciencia, para levantar el plano topográfico, desesperado uno de ellos de poder trazar en un cróquis las líneas de aquel apretado océano de cumbres, se presentó al conquistador, y tomando un papel que estrujó entre sus manos, lo arrojó á sus piés, diciéndole: « Ahí teneis el plano de la sierra del Nayarit. »

Con tales condiciones naturales, aquella tierra se ofreció á las razas indígenas vencidas en el Anáhuac como un postrer reducto contra la conquista que avanzaba. Indios de casi todos los nombres y todas las lenguas indígenas de México: *huicholes*, *coras*, *tarahumaras*, *tarascos* y *aztecas*, viven esparcidos en aquellas montañas, atestiguando en su colectividad un antiguo movimiento de agregacion, verificado desde casi todos los rumbos del país hácia aquellos lugares, erigidos en asilo inexpugnable para los indios más in-

quietos y los más rebeldes al yugo del hispano.

El Alica era, pues, una especie de Vandée indiana, tanto más terrible que la de los *chouanes*, cuanto más áspero es aquel riñon de la sierra que las colinas y espesuras de la Bretaña. Guerreros avezados á las batallas contra los indios, y acostumbrados á batirlos sin consultar al número, y á deshacerlos con la satisfaccion de la impunidad, engreidos con una vía de triunfos á traves del país, desde las costas del Golfo hasta las del Pacífico, se estrellaban ante los indios montañeses del Nayarit, que nunca pudieron ser reducidos por la fuerza de las armas. Prácticos en la estrategia de las montañas, tenian su organizacion militar y sus caudillos, y áun se recuerda allí, á la luz del prestigio atribuido á los héroes muertos, al guerrero indio *Tenamaxtli*, nombre que con su significacion de *piedra hecha al fuego*, está expresando el esfuerzo y la bravura de

aquel á quien lo aplicó la lengua *nahualt*, llena toda ella de síntesis gráficas de igual energía.

No eran ciertamente puros arcabuceros españoles los que caian en esa lucha. Cayó sin vida Diego Perez de la Torre, gobernador de la Nueva Galicia, y Pedro de Alvarado, aquel bizarro capitan que se inmortalizó al lado de Cortés con su memorable *salto* dado de un borde á otro de un canal en el sitio de México, cayó tambien sin vida en otro salto ménos feliz, dado en compañía de su caballo hasta el fondo de un despeñadero, en el cerro de San Cristóbal. ¡Malogrados esploradores de un Mundo Nuevo, que soñando en descubrir la region fabulosa de la Quivira, ó queriendo encontrar el paso para la China y para la India, seducidos por la idea colombiana de buscar el Oriente por el Occidente, sólo encontraban la muerte en las piedras de los indios y en los escarpes de las montañas!

Preciso fué que se dejase á la religion una obra que costaba á la guerra la sangre de tantos bravos caudillos. Frailes franciscanos, sin más escudos que sus hábitos, jironados entre las breñas y los nopales, y sin más armas que el crucifijo y la palabra evangélica, penetraron á pié, y triunfando sobre los indios rebeldes, en la region del Alica y del Nayarit, donde no habian penetrado los *hijos del Sol*, centauros de dos cabezas, armados con bocas de hierro que vomitaban el rayo, arma robada al cielo y á los dioses. Con ellos penetró en aquel suelo la cultura cristiana: la iglesia de adobes blanqueados se alzó junto á los xacales tendidos en el fondo de las cañadas ó suspendidos en las cumbres donde anidan el *huaco* y el *tecolotl;* la mesa del Nayarit se coronó de pueblecillos con nombres de santos (Santa Teresa, Dolores, Jesus María), y todos ellos, desde los de la mesa hasta los del valle, constituidos á la manera española, con su cura y

con su alcalde, vivieron en paz hasta mediados del siglo, adormidos los ímpetus bélicos de sus habitantes, en el seno de aquella tierra, que así produce el oro, la plata y el cobre, como los frutos de todas las zonas, y detenidos dentro del retraimiento y de la vida somnolente de las comunidades agrícolas, por las leyes del gobierno colonial.

La revolucion de 1810 y la consumacion de la independencia mexicana que á ella sucedió, no alteró esa situacion de tranquilidad; pero no bien habia concluido la primera mitad del presente siglo, cuando las tierras del Nayarit empezaron á experimentar un sacudimiento más desastroso que el que les produce la explosion de sus volcanes: el drama sangriento se hizo allí donde sólo reinaba la bucólica de un pueblo sencillo dado á las faenas del campo, se vió al indio laborioso trocar la esteva de su arado por el arma de la rapiña y de la matanza, y se vió al indómito

montañés de los tiempos de la conquista convertir aquellos sus antiguos baluartes de la Sierra-Madre en sacrificaderos inmensos, donde sirviendo á la invasion y al poder reaccionario, hicieron morir á más de cincuenta mil mexicanos, soldados todos ellos de la libertad y de la independencia de su patria.

El europeo que se desvela á caza de guerras turcas y convulsiones africanas, no conoce esa historia, escondida en un repliegue de la cordillera americana, historia extraordinaria cuanto triste, rica en luchas, en heroismos silenciosos, en levantamientos de nuevos combatientes sobre la sangre de mil vencidos; leyenda muy nueva, pero de colores antiguos, con algo de la guerra de Yughurta y de los movimientos asoladores de Gengis-Khan, en la cual el fogonazo de la fusilería, la luminaria del campamento al borde de la cañada, y el resplandor de las cabañas y los trigales incendiados proyectan su luz

sobre una figura de terror reclamada mucho tiempo y ganada al fin por el patíbulo, y en que los gritos del soldado republicano, los alaridos del indio rebelde y los ayes de un pueblo consumido por una guerra de veinte años, resuenan á porfía como para formar las sílabas de un nombre temido: *Lozada.*

II.

Vivia allí, por los años de 185..... en uno de los pueblos que se agrupan en torno de Tepic, ciudad principal del Nayarit, un hombrecillo medio indio, medio europeo, medio mulato, porque de todo habia en su faz de color cobrizo, de frente deprimida y pómulos salientes, acentuada por una áspera barba que acusaba en él el predominio de una raza distinta de la indígena. Procedia, segun es fama, de español y de mulata; pero nacido en un centro de indios, adquirió de ellos los hábitos,

las inclinaciones y el carácter. Se llamaba Manuel Lozada: vestido como un pobrecillo, sin otras prendas que el calzon y la camisa de burdo lienzo, el sombrero de palma y los *guarachis* con que guarnecia en los dias solemnes sus piés, de ordinario descalzos, pasó los primeros años de su mocedad trabajando en las labores de labranza como cualquier *gañan* de hacienda, hasta que el incidente de unos amores con una muchacha india á quien arrebató de la casa de sus padres, por negarse éstos á dársela en matrimonio, le precipitó á otro género de vida.

Nada más comun en México, entre la gente del campo, que esos raptos verificados por Manriques enamorados en Leonores que no oponen grandes resistencias para huir con ellos á los montes. En algunos pueblos y rancherías, el rapto, con ciertos caractéres de ficcion, se practica como una especie de ceremonia indispensable para proceder al matrimonio. El de-

coro de los padres consiste en rechazar las solicitudes presentadas para obtener la mano de su hija, aunque el pretendiente sea de su agrado y ardan en deseos de deshacerse de ella. Como resultado de esto se disponen tres *pedidas*, que desempeñan generalmente, en nombre del novio, el cura ó el sacristan del lugar, el *mayordomo* ó el *llavero* en las *haciendas*, emisarios que, á pesar de su valimiento, reciben de los padres una áspera negativa á la primera *pedida.*

Igual resultado, aunque con ménos ruda repulsa, se obtiene en la segunda; y si los escrúpulos de decoro paterno se prolongan hasta la tercera, entónces el novio se entiende con su futura para que salga á la puerta del corral que circunda á su casa, y de allí, con dulces excitaciones y amorosas violencias se la va atrayendo hasta hacerla salir fuera de las *trancas* del *corral* ó la *garita* del pueblo. Agítanse con grandes extremos á la noticia del rapto los padres,

los hermanos y demas parientes de la robada; ármanse de *machetes* y *puntas* de sable los mancebos más animosos de entre ellos, y se dirigen hácia las afueras, en persecucion de la pareja fugitiva. No se tiene que correr mucho para encontrarla. Allí, á la vuelta del ventorrillo, en la falda del cerrito contiguo, cerca de la sementera de maíz, y bajo las ramas de un copudo *mezquite*, se han detenido *i duo sposi*, ingenuos y sencillos como los de Manzoni..... Ella, entre alegre y espantada, la faz medio oculta con el *rebozo*, está sentada en el suelo, en tanto que él, de pié, y á una distancia respetuosa, se ocupa en despojar de su verde envoltura una caña de *milpa*, sin duda con el objeto de ofrecer á su amada la miel de su jugo, tan dulce y refrigerante en medio de los ardores del sol..... Lo platónico del cuadro tranquiliza á los perseguidores que llegan increpando á la muchacha y maltratando al mozo, conduciéndoles en seguida ante

los padres airados que, considerando haber hecho bastante en favor del propio decoro, por *haberse hecho mucho del rogar* (frase mexicana), y como cediendo á la fuerza de lo irremediable, consienten en el tan pedido enlace, y se disponen á presidir la boda y su *jolgorio*.....

No tan inocente ni de tan puro valor entendido debió ser el rapto amoroso verificado por Manuel Lozada. La crónica no le hace seguir de ninguna boda ni avenimiento. Perseguido por la ley y por la familia ofendida, el raptor abandona la vida del trabajo, se retira á las asperezas de la sierra, y hace allí lo que en aquel tiempo de agitaciones revolucionarias hacian en México todos los hombres rudos que se sentian con alguna audacia y algunos malos instintos : *meterse de bandido.*

Se decia *meterse de bandido*, como se puede decir ahora en España meterse de torero. Era una profesion engalanada en cierto modo, á los ojos del vulgo, con los

colores poéticos de la vida aventurera, sostenida á fuerza de contínuos combates y orillada siempre al borde del peligro.

Lo recordaríamos con vergüenza, si aquel período de latrocinio y bandidaje representase en la historia de los pueblos un mal exclusivo del pueblo mexicano, y procediese de condiciones particulares y no de causas generales, que reconocen su asiento en la naturaleza humana y en leyes fatales á cuyo régimen no se escapan las nacionalidades más nobles ni las mejor dispuestas para la grandeza. Período de bandidaje tuvo la antigua Grecia en los albores de su historia, y lo tuvo tambien la Italia, no sólo la antigua Italia de los Remos, sino la moderna Italia, tan infestada de bravos en la época de los duques y los *condottieri;* y si extendiéramos este análisis retrospectivo, si lleváramos la sonda de la observacion al fondo de todos los países y todas las historias, quizá pudiéramos afirmar, en tésis general, que esas épocas de desór-

den que arrojan sobre la superficie social la espuma sanguinolenta del robo y del asalto, que esa plaga del bandolerismo, que respecto á México sirvió, en parte, de pretexto justificativo á la invasion napoleónica, se ha realizado con diferencia de tiempos, y con mayor ó menor intensidad, en todas las agrupaciones humanas que ha sustentado el planeta.

Una guerra civil de cincuenta años tenía que dar en México á ese mal proporciones extraordinarias : la escasez de trabajo en todos los centros de actividad paralizados por la revolucion, y el estado de tumulto y de exaltacion creado por una lucha de todos los dias y todas las horas entre dos partidos que se combatian á muerte, lucha palpitante en las relaciones de batallas, de sitios y de represalias sangrientas que se escuchaban sin cesar, todo eso obraba como una atmósfera encendida en el ánimo de la juventud mexicana. Artesanos sin taller, comerciantes sin tienda, estudianti-

llos casi niños, escapados de las aulas, todos ellos fogueados en el entusiasmo por Degollado vencedor y por Miramon derrotado, ó vice-versa, se lanzaban á las filas sin preocuparse más con la idea de ser muertos al primer encuentro, que con la de ser generales al dia siguiente.

Eso pasaba en las ciudades; en los campos, hombres sometidos á la misma temperatura febril, pero sin ideas sobre política ni afecciones sobre partidos, privados de trabajo ó miserablemente retribuidos por él en las fincas rústicas abandonadas, tomaban el recurso de *echarse al camino real*, frase que en el lenguaje de México significa salirse del lugar donde se tiene el hogar y la familia, enfrenar el caballo con el propósito quijotesco de no apartarse de él de dia ni de noche, colgar el *machete* y el *mosquete* á uno y otro lado de la silla, y corriendo por montes y veredas, llegar al borde del gran camino, ponerse en acecho tras de la cerca ó en el fondo de la

zanja, y en el momento oportuno salir á desbalijar al caminante, envuelta la faz hasta los ojos con los pliegues de la bufanda.

Ese es el ladron clásico, un poco caballeresco, como esos bandidos italianos que andan esparcidos por las novelas; ladron que se bate, que hace del robo un lance de valor y de fortuna, y que fia el éxito á su victoria sobre el caminante, á la habilidad en el uso de su arma y á su destreza en manejar el caballo. Al lado de él, pero en rango muy inferior, está el *ladron de á pié*, salido generalmente de la hez de la clase indígena y que, por usar del garrote como arma favorita, es conocido con el nombre de *garrotero*, mal tipo, que no procede al asalto sin la conciencia de una gran ventaja, y que añade frecuentemente la crueldad al robo, maltratando á su víctima. Por último, entre esos dos espécimen de aquella mexicana *córte de los milagros*, se encuentra el ladron *cuatrero*, que

es el que practica el abigeato robando de preferencia bueyes y vacas.

La mujer de Lozada, huida con él á la sierra, érase hija de un *ricacho* de cierto punto de aquella region, llamado Mojarras..... Preciso era solemnizar aquel matrimonio con algo más que frutos silvestres y tórtolas del campo..... Un dia dijo ella á su amante: «Baja al valle y tráete contigo un buey de mi padre, que llevarémos al mercado.» Lozada trajo un buey y lo vendió en el mercado. Vió que aquello era bueno, y siguió tomando dos, tres ó cuatro bueyes á cada descenso de la montaña; poco despues ya no se limitó á los del padre de su amada, sino que, perfeccionado Mercurio, declaró la guerra á los ganados de todos los reyes Admetos del contorno.....

Por lo visto, se hizo *cuatrero*, y en tan humildes orígenes le dejamos por ahora, para desarrollar en los artículos siguientes los progresos de su historia, que es, no sólo

la historia de un hombre, sino la de una de las épocas más notables y uno de los territorios más importantes de la vida y del suelo mexicanos.

III.

Raptor y abigeo, Manuel Lozada tuvo que suscitar en su contra una doble persecucion. Un procedimiento especial se empleaba (y áun se emplea todavía) en algunas rancherías y pueblos de México contra los dos amantes cuando el rapto no era propiamente tal, pues se habia verificado con el consentimiento, más ó ménos tácito, de la mujer. Aprehendidos uno y otro culpable, se ponia al hombre en el *cepo*, artículo de primera necesidad en las alcaldías ó Casas Consistoriales de los pueblos y en los *corredores* de las haciendas. Allí, sujeto entre sus barrotes por la cabeza, por el pié, por pié y mano, ó por pié, mano y cabeza juntamente (posiciones de

que pueden hablar más largo los negros de Cuba sujetos al *patronato*), allí permanecia el raptor miéntras la causa respectiva se sustanciaba; y entre tanto, se depositaba á la mujer en alguna *casa principal* del lugar. Este *depósito*, medio español y medio indígena, parecia imitado del que Hernando Cortés impuso al emperador Moctezuma, pues así como á éste se le aplicaron en los piés aquellos históricos grilletes y cadena que le sujetaba á su banquillo de rey prisionero, así tambien á la amante fugitiva y vuelta al sitio del hogar por la accion de la justicia, se la ponia al pié una cadena, por la cual quedaba sujeta á un grueso leño de suficiente peso para impedirle trasladarse libremente.

Ese leño, de dos metros de longitud, por lo regular, era conocido, y áun se le conoce, con el nombre de *trozo*. *Ponerle á una mujer el trozo* significa, por lo tanto, en el lenguaje popular de México, lo mismo que significa en el lenguaje jurídico

someterla á depósito en virtud de una causa de rapto pendiente. El trozo es inseparable de la mujer durante todo ese tiempo: con él, puesto á su lado ó conducido tras de ella por ajenas manos, come, se mueve, plancha y lava su ropa; con él, colocado al pié de su lecho, se pasa las noches de claro en claro, y cuando, á la hora del alba, el amo de la casa en que está depositada la hace levantarse para cumplir su diaria tarea de *móler* y *amasar* en el *metate* cierto número de *tortillas*, allí está siempre el *trozo* á su lado, silencioso reprochador de sus errores del corazon y mudo testigo de sus suspiros de amor y sus lágrimas de arrepentimiento.

El cepo y el trozo á que se vieron condenados nuestros dos amantes fueron para Lozada la primera gota de hiel caida en su alma para oscurecerla y enconarla. Cuando logra escapar á los barrotes del cepo y desligar á su amada de la cadena que la detiene junto al trozo, se le ve volver á las

montañas para practicar con más aliento, y acompañado de otros indios serranos, sus correrías vandálicas. La debilidad de las justicias de las poblaciones cortas para reprimir el bandidaje influia para que los *hacendados* (propietarios de *hacienda*), destituidos de fuerte apoyo para combatir el robo, transigiesen con él, lisonjeando y haciendo donativos á los bandoleros, jefes de cuadrilla, para que no les robasen demasiado. Animales, pasturas, armas y dinero, frutos de la munificencia aparentemente voluntaria de los propietarios, todo lo tenía el bandido que habia logrado imponerse á ellos por medio de sus hazañas de encrucijada: así fué que, cuando la autoridad de un pueblo del Nayarit acudió á todos los vecinos acaudalados en solicitud de armas, caballos y otros elementos para perseguir al cuatrero Lozada, éstos, sin rehusarse completamente á obsequiar la solicitud, al mismo tiempo que con una mano ofrecian á la autoridad una lanza

enmohecida, un caballo *renco* y algun viejo fuste de *silla vaquera*, extendian la otra para ofrecer secretamente al bandido una docena de rifles americanos y una récua de caballos provistos de buenas monturas y arreos.

No obstante, la persecucion se hacía contra Lozada, ganando en crueldad todo lo que no podia obtener en eficacia. Se ponia á precio su cabeza y se le castigaba en sus más próximos parientes. Un dia el jefe de una pequeña fuerza salió en su busca á un punto donde se decia haberse albergado; llegado allí, sabe que Lozada acaba de retirarse á la sierra, y sólo encuentra á la madre de él, á quien se pretende obligar á que declare el rumbo hácia dónde se ha dirigido su hijo; y como ella se niega con obstinacion á satisfacer la pesquisa, el jefe manda azotarla públicamente, hasta que la sangre mancha el moreno pálido de su piel de mulata.

Aquella sangre vertida como para cas-

tigar vínculos sagrados de maternidad, hizo arder con el fuego de la indignacion la sangre del bandido. El hombre malo, nunca es más malo que cuando reconoce en sus instintos de despojo y de matanza un fondo, aunque sea pequeño, de sentimientos justos y buenos. Los Hernanis, los Cartouche y los Vampa de todos tiempos y países, nunca han sido más temibles que cuando invocan contra la sociedad con que luchan el recuerdo de un padre, de un hijo ó de un hermano, injustamente ofendidos. Heridles en un derecho que no se pierde con la más truhanesca de las vidas, en un sentimiento que no se marchita ni se abdica con la práctica de los mayores crímenes, y haréis que en la punta de sus cuchillas de bandoleros miren brillar de pronto la llama sagrada que remataba la espada del profeta: el mal ya no será para ellos algo de que deban avergonzarse: el remordimiento será sustituido por el placer y la vanagloria de la ven-

ganza, y practicarán el robo y el asesinato como una represalia contra una humanidad nivelada ante su espíritu con ellos mismos.

Tal fué, sin duda, lo que se verificó en Lozada cuando sintió en el corazon los azotes aplicados al cuerpo de su madre. Desde entónces empezó á ejercer el bandidaje con cierta especie de rabia, é infundió en su cuadrilla un espíritu de crueldad que se revelaba en cada jornada. El que en sus principios no era más que un humilde ladron cuatrero, se trasformó en un *capitan* que cazaba hombres con el mismo empeño que habia puesto en atrapar bueyes. Un dia sorprende al jefe que habia mandado azotar á su madre, y sujetándole á él y á los hombres de la pequeña fuerza que le acompañaban, se divierte en saborear su venganza, sometiendo á todos ellos á un lento martirio: primero les hace cortar las plantas de los piés, y obligándoles despues á seguirle á traves de un camino

de muchas leguas, que marcaban á cada paso con una huella sangrienta, los introduce en las espesuras de la sierra, donde, atando á cada uno de ellos al tronco de un árbol, hace que sirvan de *blanco* á su cuadrilla, que ensaya en sus cuerpos desnudos las jaras de sus flechas y las balas de sus rifles, hasta hacerles exhalar el último aliento. Otro dia decide el saqueo de un pueblo, cuyos moradores indígenas habian provocado su descontento negándole el tributo de su obediencia y la parte alícuota de sus bienes: todos los varones hacen, al anuncio del saqueo, una especie de retirada de Moscow, pero sin poder llevarse consigo á sus mujeres, que permanecen en sus casas desmanteladas. Lozada no se desconcierta por esto como el ejército de Napoleon, sino que toma alegremente lo que le dejan: reune á todas las mujeres que se han quedado en el pueblo, las ata por las manos á unas con otras, formando con ellas una cadena de cautivas, y llevándo-

las consigo á la sierra, las destina para odaliscas de su harem salvaje. Sabedores de tamaño desman los indios, sus padres, hermanos, hijos ó maridos, se congregan y arman, ocurren en solicitud de auxilio á los indios de otras poblaciones y logran organizarse en un grande ejército destinado á la recuperacion de las indias violadas y al castigo del bandido y de su horda. La muchedumbre vengadora penetra por las gargantas de la sierra: allí, sobre una cumbre levantada al borde de un despeñadero y entre los árboles de un bosquecillo, tienen los bandidos su campamento, y allí están todas las mujeres cautivas, que al divisar á la multitud que llega á salvarlas, levantan las manos al cielo sonriendo á la esperanza de la libertad. Un grito de júbilo y aliento resuena entre los perseguidores, que, engreidos con la ventaja del número, juzgan fácil y seguro su triunfo. Á ese grito sigue una granizada de balas, despedida desde la hondonada hasta la cum-

bre donde están los bandidos; éstos no contestan á ese primer saludo de fuego y plomo, ni á los que se les siguen enviando, sino resguardándose en silencio al amparo de los troncos del bosque. La órden militar de Lozada se reduce á lo siguiente: «Dejadles que consuman su parque, que no debe ser muy abundante.» El plan es sencillo y certero como el de los grandes capitanes. Á las dos horas de tiroteo, el enemigo ha gastado casi toda su pólvora en salvas, y en el momento en que los perseguidores piensan replegarse á sus pueblos en busca de cartuchos, los bandidos descienden de la cumbre haciendo en ellos una gran carnicería con las balas de sus armas bien provistas. Empero, cuando despues de aquel triunfo sobre aquella muchedumbre trocada bien pronto de perseguidora en perseguida, vuelven Lozada y sus bandoleros á los lugares donde habian dejado su campamento, no encuentran allí ni una sola de sus cautivas, pues todas

han escapado, aprovechándose del tumulto de la refriega. La persecucion se hace entónces contra ellas, pobre bandada de palomas fugitivas, que, á pesar de que corrian á gran prisa por entre riscos y despeñaderos, vuelven todas á las garras de sus milanos que las detienen y aprehenden, verificándose en seguida uno de los episodios más tristes, de tantos como resaltan en esta historia de matanzas. Primero habian sufrido la lujuria del sultan; despues gastó en ellas Lozada toda su lujuria de tigre carnicero. Se les mutilaron los pechos; se las asaeteó desde los piés hasta la cabeza, y cuando en las ánsias de la agonía pedian la muerte como un beneficio, se les concedió haciéndolas rodar por despeñaderos, en cuyo fondo fueron á ofrecer sus carnes despedazadas á los *zopilotl* y á los *coyotl*, animales ménos salvajes que los bandidos del Nayarit.

IV.

No era necesario tanto para que el terror se esparciera en torno del nombre y de la persona de aquel que, empezando por no ser más que un corredor de aventurillas vandálicas, se habia trasformado en muy poco tiempo en soberano de la sierra. Desde aquel momento pudo decir, abarcando con la mirada desde las últimas crestas azuladas hasta las llanuras que descienden rápidamente hácia el Sur, desvaneciéndose entre las nieblas del grande Océano: « todo es mio. ». Se apoderó con poder profundo del indio del Nayarit, que se le entregó en cuerpo y alma, no sólo por el terror de su bárbara energía, sino por la interesada adhesion que nació en él hácia un hombre que se declaró el protector de los derechos tradicionales de su raza, decidiendo á su favor en las cuestiones de límites de terrenos que tenía frecuentemente

con los hacendados de aquella region. Porque el bandido de la sierra se habia convertido en autoridad, de una mañana á otra: los débiles gobiernos de México tenian que emplear y complacer á los bandidos temibles, y el de Tepic no faltó á este sistema de complacencias, empezando por conferir á Lozada algunas comisiones militares de importancia que él desempeñaba al frente de su cuadrilla bandolera. Dado este primer paso en el camino de los cargos oficiales, le fué fácil apoderarse de la jefatura política de aquella ciudad, dominar desde allí á los jueces, abrogarse el manejo de las rentas públicas, asumir el mando de las tropas, y apropiarse, en fin, la direccion exclusiva y personalísima de los diversos ramos de un gobierno. El estado de revolucion general en que se encontraba el país favorecia ese engrandecimiento de un hombre en el interior de un castillo de montañas, engrandecimiento semejante al que experimentan ciertos ena-

nos de las consejas, que van creciendo y creciendo hasta trasformarse en gigantes. Mal podian los gobiernos mexicanos, que se continuaban unos á otros en sucesion vertiginosa, oponerse á la vida de aquel poder creciente de un bandido, cuando no estaban seguros de su vida propia. Los dos partidos de reaccionarios y liberales luchaban, caian y se levantaban, como si fueran unas figuras de ajedrez sometidas á la accion de dos jugadores impacientes. De una parte se gritaba *religion* y de la otra *libertad;* palabras que llegaron á los oidos de Lozada bajo la forma de un problema binómico que demandaba una solucion en su turbio espíritu.

La eleccion no era dudosa. La religion, que es sobre la tierra lo que hay de más bueno, se alía en la conciencia humana á la ignorancia y al crímen, que es sobre la tierra lo que hay de más malo; como si la naturaleza próbida, enemiga de las absolutas corrupciones, así como deja gérme-

nes de flores en los estercoleros, hubiese querido dejar el perfume del pensamiento religioso en las almas más abyectas.

El bandido de México, como el de casi todos los países, es profundamente devoto: reza una oracion ántes de cada una de sus expediciones, encomienda á la *Vírgen* el éxito de sus asaltos, y sin que le ocurra ninguna objecion, establece dentro de su alma una gran fe en la complicidad de lo sobrenatural y divino con sus propias maldades. Y es que en su religion prevalece el sentimiento idolátrico que atribuye el poder superior á una divinidad material incapaz de discernir el bien y el mal ni de distinguir la moralidad ó inmoralidad para conceder ó retirar su proteccion á la obra humana. Por eso no busca á su Dios detras de las nubes, ni encuentra su imágen en el éter impalpable, ni asciende á las colinas para enviarle su oracion, sino que lo busca, lo radica y lo invoca en el *escapulario*, en el *santo* de madera y en la *guadalupana*,

erigidos en emblemas por el Cristianismo y trasformados por él en amuletos y fetiches. La interjeccion de rábia y el juramento infernal resuenan siempre en sus labios entre un «Válgame Cristo» y un «Ave María Purísima»: su pecho está siempre cuajado de *cruces benditas, rosarios* y *escapularios*, que lleva pendientes del cuello, y áun recuerdo, no sin sonreirme, que en la época de mi niñez, los asaltantes de las diligencias robaban á los pasajeros hasta dejarlos desnudos; pero si entre ellos habia algun sacerdote (*padrecito*), se cuidaban bien de no tocarle ni un pelo de la ropa; y habia uno, entre los más famosos bandidos de la region donde pasára mis primeros años, que llevaba su devocion hasta el grado de hacer expediciones exclusivamente para robar las iglesias de los ranchos y pueblos con el objeto de llevarse á los *santos* é *imágenes* á su madriguera de ladron, donde les hacía *funciones*, obligando á algun clérigo, por él secuestrado, á

que, en una improvisada capilla, hecha con postes y ramajes, celebrára en honor de ellos el sacrificio de la misa, que se verificaba en medio de la ordinaria pompa de las fiestas religiosas de México, cuya parte de música y de ruido está encomendada á las sonatas de las *chirimías*, los redobles de los tamboriles y los estallidos de las cámaras y cohetes.

No era Lozada una excepcion á esa clase de bandidos rezadores que oraban de rodillas junto al altar y robaban y mataban en el vestíbulo del templo; así fué que se declaró con sus fuerzas y poder en favor del partido militante que proclamaba la Religion, palabra sagrada como la de libertad; pero que la una como la otra han prestado sus ocho letras para bautizar más de cien malvadas empresas. Se entendió directamente y habló de igual á igual con los principales jefes conservadores, que lo aceptaron con placer como el primer campeon del partido reaccionario en el Occi-

dente del país. Se le vió entónces imponer su autoridad en el Nayarit en nombre de títulos amplísimos emanados de los gobiernos conservadores; quitó y puso empleados oficiales, desde la primera autoridad de Tepic hasta la del último pueblo del canton, y organizó militarmente toda su gran poblacion indígena. Cuando la hubo contado como el pastor puede contar las ovejas de su rebaño, vió que podia disponer de cerca de treinta mil varones, todos fuertes y belicosos por naturaleza; alistó sus nombres en su registro particular, y á cada uno le dió una escopeta, una carabina ó un rifle, armas de que se proveyó abundantemente en el comercio yankee de Mazatlan. Así trasformó á cada indio en un soldado, que él se encargó de tener siempre dispuesto á la marcha y á la lucha. Nombró para cada pueblo un capataz ó *juez de acordada*, cuyos deberes y atribuciones consistian en amaestrar á los indios de su localidad en los ejercicios militares y en llamarlos al

servicio ó mantenerlos en la reserva, segun lo pidiesen las circunstancias particulares del indio, ó lo exigiesen las necesidades generales de aquel cacicazgo.

La órden suprema determinando á cada pueblo su contingente de sangre, partia de los aduares de Lozada ó la casa del capataz en una forma bien breve: «Mándame diez, veinte ó treinta hombres.» El capataz hacía su eleccion inmediatamente, y luégo los elegidos recibian un aviso como éste: «Mañana, al *amanezca* (1), junto al *zapote* de abajo (2), con tu arma.» En aquel lugar y á aquella hora, el capataz encuentra á sus hombres con el *morral* de tortillas á la cintura y la carabina al hombro. Si nota la falta de álguien, destaca á uno de los presentes que, á una seña suya, regresa al pueblo, volviendo, despues de un breve

(1) Palabra que usa el vulgo de México en vez de la de *amanecer.*

(2) Palabra que marca el rumbo, porque las gentes del campo en México no tienen en su *rosa de vientos* más que dos puntos cardinales: *paallá arriba, paallá abajo.*

tiempo á incorporarse á la partida. No trae más que una de estas dos respuestas: «no estaba en su casa» ó «estaba en ella»; si lo primero, ha dejado una órden para que se busque y mate al faltista; si lo segundo, aunque le haya encontrado en su cama, enfermo y rodeado de su familia, le ha matado allí mismo por su propia mano. Sólo despues de cumplida esta ejecucion, podia aquel grupo de indios armados emprender su marcha hácia el lugar donde tenía Lozada su cuartel general.

V.

El rigor draconiano por parte del jefe y la abdicacion completa, hecha en su favor, de la libertad, de la vida y de la honra por parte de los súbditos indígenas, eran la base y la contextura del pequeño imperio del Nayarit. Es un hecho de ayer, terminado á la entrada del último tercio del presente siglo, pero ese hecho, escondido en

un retazo fragoso del Anáhuac, no tiene ejemplo en ninguna de las actuales autocracias.

Se necesita irle á buscar semejante, allá, en el gran imperio azteca de los Ahuitzotl y de los Moctezuma, respecto de los cuales es preciso considerarle como un pequeño renuevo brotado casi en la misma tierra despues de un período de cuatro siglos. La personalidad humana absorbida y silenciosa, sin un derecho, sin un reproche, sin una queja, se arrastra con pasos de mastin al pié de esos tronos indios del Occidente. El soudra oriental, á quien las teogonías de la vieja India hacen salir de un pié de Brahma para servirle de escudero y esclavo, es casi un personaje privilegiado cuando se le compara con esos *macehuales* (plebeyos) del Anáhuac, que sienten que su tierra, su hogar, su familia y su persona, desde sus manos callosas hasta los pelos de su cabeza, todo pertenece y lo deben á sus *tlatoanis* (señores).

Lozada era un tlatoani del siglo XVI, reaparecido milagrosamente en el XIX. El indio de Alica le paga exactamente mes por mes el tributo impuesto á su propiedad y á su trabajo. Un dia le manda llamar y le dice: «No es bastante: necesito que vayas á la guerra á matar ó hacerte morir:»—«¿por qué? ¿pór quién?»—«no te importa.....»—Y el indio toma su rifle y se va al matadero de la guerra, de la cual vuelve raras veces. Cuando está descansando en su *xacal* de la pasada refriega, Lozada le hace llamar otra vez: «no es bastante, le dice: sé que tienes una hija doncella y no fea..... tráemela;»—«pero es que está próxima á casarse.....»—«no importa: primero la necesito para mi lecho.» Y el indio va y le trae á su hija, trémula y llorosa, despues de lo cual cree haber hecho por su señor todo lo que es factible. Pero á los pocos dias vuelve el emisario de Lozada intimándole que se presente de nuevo ante él.....—«Puedes llevarte á tu hija que me

ha servido bien, le dice; pero no es bastante todavía. Tienes un hijo, ¿no es verdad?»—«sí, señor, mi único hijo varon, de veinte años.»—«Y bien, tengo noticia de que ha hablado mal de mí: es preciso que lo mates.»—«Pero mirad que puede no ser cierto..... que la calumnia.....»—«No puede ser: yo lo sé bien..... mátalo.» Y el indio va y mata á su hijo con una resignacion más admirable que la de Abraham.

Se diria que aquel hombre que, en su rudeza, no sabía deletrear nuestro alfabeto, habia, sí, sabido descifrar en los jeroglíficos aztecas la terrible majestad de los reyes del Anáhuac, á quienes tan fielmente imitaba, y se diria tambien que aquella raza infeliz volvia á sentirse abrumada por su antigua atmósfera de servidumbre. Hay ciertamente un aliento de esclavitud, tan poderoso y fatal como lo es, aunque con distintos efectos, el aliento de la libertad, y no conozco á ningun pueblo que con tan

violenta antítesis haya sido sometido á la accion de esos dos alientos contrarios, como el pueblo indígena de México. Sopla el viento de libertad, y Axayactl cierra denodadamente el paso á Cortés á la cabeza de sus hordas tlaxcaltecas, que se revuelven y mueren, combatiendo entre las patas de los caballos del conquistador, bajo el fuego de sus cañones y al pié de sus fortines coronados de arcabuces contra cuyo fuego no tienen más que sus impotentes armas indianas; el pueblo de la Tenoxtitlan apedrea y mata á Moctezuma y arremete contra los *hijos del sol* hasta formar en su torno una tan triste noche que hace verter lágrimas de dolor y desesperacion al Aquíles castellano; agoniza Guatimoc sobre las rojas ascuas desafiando al tormento; los honderos insurgentes hacen vacilar el poder vireinal desde las cimas de las Cruces, y dentro de los muros de Cuautla; rechaza Zaragoza, desde las cumbres de Orizaba, con sus reclutas serranos de Puebla, á los

veteranos franceses, y destruye Juarez para siempre la omnipotencia europea en América. Pero sopla el viento de servidumbre, y entónces el indio encoge su alma y pliega su cuerpo: es un sér que apénas se mueve y apénas se presenta de pié; sólo se encuentra bien sentado en *cuclillas* descansando la cara entre las manos, y en esa posicion de ensimismamiento y de atonía sólo espera que se le diga quién es su amo..... «Se llama Itzcoatl, Ahuitzotl, Moctezuma, Lozada», dice una voz á su oido, y el indio se levanta lentamente y se dirige con andar de máquina á la morada de su señor: le barre y friega el suelo que pisa, le agita junto á la faz el gran abanico de plumas, le sostiene sobre las andas, le da su hacienda, sus hijos, su sangre, y se queda á sus piés preguntando si debe darle algo más todavía. Itzcoatl le dice: «Échate á la hoguera de ese muerto á quien quiero honrar»; Moctezuma: «No te es permitido ni mirarme, y si alzares los ojos á mí, serás

muerto en el mismo punto»; Ahuitzotl lo lleva al *teocalli*, entre sus 80.000 prisioneros (1); todos ellos están al pié del templo alineados en grandes filas tendidas á su alrededor. Se da la señal para comenzar el sacrificio, y un indio sube por las gradas hasta llegar á la plataforma: allí le espera el *topiltzin*, con la faz cubierta por un mascaron monstruoso, dejando entrever su sonrisa feroz por entre sus abiertas mandíbulas de paquidermo..... La operacion es breve, como que se trata de víctimas vulgares: armado con su cuchillo de obsidiana avanza el *topiltzin* sobre el indio tendido en la piedra; le hace una incision circular en el pecho con mano rápida y ejercitada;

(1) No están conformes los historiodores en que los prisioneros sacrificados por Ahuitzotl, en la fiesta de la consagracion del templo mayor, fuesen 80.000. Alguno hace bajar ese número hasta 20.000; pero áun admitiendo esa disminucion, no bien comprobada todavía, me parece suficiente el recuerdo de ese número de hombres que aceptan estóicamente la muerte para conservar su fuerza al tema desarrollado en esta parte, con objeto de pintar friamente el carácter étnico del indio mexicano, en sus fatales momentos de postracion y vasallaje.

luégo, profundizando más y más la incision, retira de su pecho aquel trozo circular de carne como quien extrae el corcho de una botella; en seguida mete la mano por el espacio que le deja aquel orificio, revuelve el puño por entre los intestinos hasta encontrar el corazon, y extrayéndolo por medio de una violenta sacudida, levanta la mano para mostrar al inmenso concurso aquella víscera todavía palpitante, que gotea sangre y despide el último vaho de la vida en la forma de una ligera columnita de humo.

En el breve trascurso de todas estas operaciones, la víctima no ha dejado de moverse ni de gritar..... Hay en el *Codex Mexicanus* de Velletri, cuyas copias pueden verse en el álbum de *Los Viajes* de Humboldt, la representacion de un sacrificio azteca, y en ella se ve que, á la par que el sacrificador tiene muy separadas las mandíbulas de su mascaron de mónstruo, el sacrificado tiene tambien la boca grande-

mente abierta como para exhalar un fuerte grito de dolor, y hé aquí cómo ese documento de torpísimo dibujo, pero de elocuente expresion, viene á declararnos, á traves de los siglos, que la resignacion de la víctima azteca no le impedia abandonarse á las manifestaciones del sufrimiento. ¡Y bien! El indio sacrificado que deja escapar un sordo grito, y no puede reprimir un movimiento convulsivo al sentir la primera impresion de la aguzada hoja de *itztli*, se sacude como un epiléptico y arroja un grito horrible cuando la hoja penetra profundamente en sus carnes, y esos estremecimientos y gritos de dolor no se disipan como ténues vibraciones, ni se apagan como un vano murmullo en la plataforma del teocalli, sino que van á manifestarse y á resonar allá, hácia abajo, en los ojos y en los oidos de las víctimas que esperan su momento de sacrificio.

¡Y mirad lo que es para los pueblos eso que yo he llamado el *aliento de la servidum-*

bre! Colocad á cualquiera multitud que no esté viciada en su vida y en sus fuerzas por una atmósfera social, por unos hábitos y por una educacion emanadas de una larga tiranía; poned en sus filas á hombres que hayan visto esta luz, que hayan respirado este ambiente, que se hayan nutrido en este maná comun de emancipacion, de libertad, de derechos, que llueve del cielo sobre cualquiera pueblo actual, medianamente civilizado; colocadla allí, digo, ante aquel sangriento teocalli, destinada á morir en un suplicio atroz, cuyos detalles de horror se le presentan de antemano, y la veréis ondear, agitarse, forcejear en su impotencia contra sus verdugos, disputándoles palmo á palmo, fibra á fibra, su derecho á la vida..... Los indios de Ahuitzotl no hacen un puñado, sino un gran ejército de millares de hombres; no están flacos ni enfermos, sino que, al contrario, se les ha cuidado y nutrido abundantemente ántes del sacrificio; no tienen las manos atadas

ni los piés sujetos, sino que están libres de piés y manos: bastaria que aquellos hombres diesen un paso, levantasen los brazos, gritasen, opusiesen el más insignificante ademan de resistencia, para que el tumulto se hiciera y con él la libertad, el campo abierto, la vida, ó si se quiere, la muerte del combate, mucho ménos dolorosa que la del sacrificio.

Pero no..... Las millaradas de indios suben, uno á uno, las gradas del teocalli: los *teopiltzin*, á pesar de multiplicarse y renovarse unos á otros por frecuentes turnos, cuelgan los brazos fatigados de su tarea de carniceros; pasa un dia, dos, tres y hasta cuatro, y las víctimas no han podido ser acabadas: mozos del templo, semejantes á pinches de cocina, reciben la carne y la sangre en anchas bandejas, distribuyendo aquélla entre la inmensa turba de *convidados* y paseando la sangre por toda la ciudad para teñir con ella el interior de los templos y embadurnar las fachadas de

las casas..... ¡Tocó á la gran peste que, producida por los vapores de esa hecatombe, desoló al Anáhuac en el siglo XV, castigar y vengar, en nombre de la naturaleza ultrajada, aquel inmenso asesinato!

Pero lo que nos importa explicar, tras esta digresion, es cómo ha sido, hace muy pocos años, que el viento de libertad haya podido barrer ese retrasado engendro de la antigua servidumbre y tiranía aztecas brotadas en el interior del Anáhuac con la raza indígena del Nayarit y la dominacion del bandido Manuel Lozada.

VI.

Un nombre surge bajo mi pluma, al llegar al desenlace de esta reseña, que no siendo en sus principios más que una monografía histórica, tiene que dejar de serlo en su final, para dar paso á la gran figura de la revolucion liberal de México, que repuesta y fortalecida con el alma de Juarez

y el corazon de otros caudillos, prepara y consuma la catástrofe de la reaccion conservadora y de la tiranía intrusa del tercer Bonaparte, arrastrando en pos de ellas el sólio dorado de Maximiliano, la espuela mariscala de Bazaine y la tiara temporal de Labastida, sobre los cuales va á estrellarse, al fin, con un ruido de huesos quebrantados, el *tlatoichpalli* (1) de Manuel Lozada, que baja rodando desde una de las cumbres del Nayarit.

Ese nombre es Ramon Corona, y la circunstancia de que el que lo lleva se encuentra en esta ciudad ocupando un puesto elevado, no puede ménos de embarazar mi narracion, con temor de que al asignarle su importante intervencion en la campaña libertadora del Alica, se me atribuyan móviles de lisonja, ó siquiera el obedecer á consideraciones de paisanaje y de amistad. Pero, afortunadamente, no soy yo, es la

(1) En idioma mexicano, *trono*, ó literalmente, *silla de rey*.

Historia la que habla, y mi pobre rapsodia no hará más que presentar, empequeñecidas y someramente descritas, las figuras y hazañas de la epopeya de la libertad en México.....

Hombre del pueblo, nacido en una pequeña villa de las orillas del Chapala, empleado en un trabajo casi mecánico en un mineral del Nayarit, apénas salido de la adolescencia, sin dinero, sin ciencia, sin armas, Ramon Corona llama á su lado á algunos de sus compañeros de trabajo, y á los gritos de «¡Muera Lozada!» y «¡Viva la libertad!», sale del Real de Motaje (nombre del mineral) hácia cualquier parte donde pueda encontrar una partida de tropa lozadeña que le proporcione el bautismo de sangre. Más que rebelion militar parecia aquello una travesura de calaveras, dirigida por un audaz muchacho de veinte años.

En México se realiza como en ningun otro pueblo de América el 'proselitismo de

la audacia, y cuando el audaz responde con su empresa á una aspiracion nacional largo tiempo reprimida, entónces el movimiento de agregacion que se opera en torno de él sólo es comparable con esas inmensas y fervientes adhesiones de fanáticos que han suscitado los profetas de Oriente. Pero explotado en favor de la independencia mexicana por Hidalgo y los primeros libertadores, ese ardor de proselitismo llega casi apagado y dividido en mil pequeñas chispas á la mitad del presente siglo, en que la multiplicacion de los *planes* y *pronunciamientos* hizo que el pueblo, sintiéndose solicitado tan incesantemente y de tantos puntos distintos, acudiese en reducidas fracciones, y cada vez con menor entusiasmo, á los reclamos en nombre de la patria.

Por eso, más admirables y más héroes que los Césares y Napoleones que batallan al frente de ejércitos ya hechos y organizados, me parecen esos oscuros guerreros de

mi patria, que á la par que combaten, tienen que ir formando su ejército, arma por arma y hombre por hombre. Es así como Ramon Corona inicia los trabajos de Hércules de la campaña del Occidente. Atrayendo aquí un hombre, adquiriendo allá un caballo y más acá un viejo mosquete, engruesa un poco más su pequeña guerrilla, se presenta con ella á la entrada de Acaponeta, que sitia y toma por asalto, y reincorporándose á su fuerza los prisioneros de la guarnicion rendida, sigue de encuentro en encuentro y de asalto en retirada á traves del Nayarit, por en medio de una raza y una naturaleza hostiles, hasta que, derrotado, fugitivo, batido en su fuga por fuerzas superiores, con su guerrilla en dispersion, sin más compañía que unos cuatro ó cinco adictos, llega en salvo milagrosamente al limítrofe Estado de Sinaloa, donde se incorpora, con los restos de su deshecha guerrilla, á las tropas liberales que sitian á Mazatlan. Desde allí, con

mayores elementos de guerra, é investido oficialmente con el carácter de jefe de una fuerte columna expedicionaria, vuelve sobre el Nayarit, y comienza luégo la lucha salvaje, en que de una parte está un jóven cuya potencia consiste en el empuje irreflexivo, y de la otra está un tiranuelo poderoso y ducho, que cifra su fuerza en la resistencia enorme y perfectamente calculada que le ofrecen el suelo montañoso que pisa y la raza bélica que subyuga.

Al anuncio de la expedicion que viene á combatirlo, Lozada convoca á sus indios guerreros, y despues de muchas batallas indecisas, se interna con ellos en lo más fragoso de la sierra. Sucede con las tempestades humanas lo que con las tempestades de la Naturaleza, y es que son tanto más terribles cuanto más erizado y desigual es el terreno sobre el cual se desarrollan. El habitante del llano no conoce sino de oidas al «Dios de las tormentas.» Allá, en las cimas de los Andes y de la Sierra-

Madre, y no en la falda de los montículos de Europa, es donde ese Dios de terrible sobrecejo ha elegido y fijado su asiento. Allí el agua es alud y el viento es racha que muge encañonada entre los muros de pórfido; la nube y la cumbre se entienden, y brota el rayo, pero no es ese rayo de las llanuras que no tiene más que una pobre detonacion unísona y seca y que se hunde luégo en la tierra con una rápida caida de bólido, sino ese rayo de nuestras cordilleras, rico en zig-zags y en deslumbramientos, que propaga sus detonaciones repercutidas á traves de los espacios cerrados, y que no se pierde en el suelo sino despues de haber quebrantado las rocas, desgajado los pinos que caen, y dejado su huella de fuego en el dorso de la montaña.

Esa es, en imágen, la guerra de la sierra; ésa ha sido tambien la de Corona y Lozada en el Nayarit. Nada de evoluciones regulares, y muy poco de movimientos en combinacion y de ejércitos desplegados en

alas y cuerpos; la táctica es el resultado del terreno, y como el terreno está lleno de accidentes, cada regimiento, cada compañía, cada fila, cada soldado, se crea su táctica propia y recoge su consigna de combate en la inspiracion súbita de la Naturaleza, en el arroyo que hay que saltar, en el peñasco que se opone á la marcha, en el matorral donde conviene agazaparse para disparar sobre el enemigo sin ser visto. El resultado es una lucha en tumulto, en que los combatientes de un mismo bando no se ven unos á otros, y se sienten repentinamente aislados en un recodo de la hondonada y sorprendidos por el enemigo que los mata sin defensa. Y todo esto ¿para qué? Para obtener despues de mucha sangre un pequeño triunfo, sin importancia y sin eficacia para dirimir ó alentar la contienda.

Está el ejército de Lozada posesionado de una cumbre, y á la vista de él, separados por una profunda cañada, está la tropa

liberal de Corona. En esta mútua posicion los indios provocan é insultan á los soldados liberales, que, hostigados por sus gritos de mofa y de injuria, se levantan con ánimo de lanzar á los indios de su orgullosa posicion. Los cañones estorban para esa empresa; los fusiles no sirven más que de garrotes cuando se trata de subir hácia un enemigo resguardado contra las balas por su misma posicion; y en tanto que se avanza arrastrándose por los escarpes, el enemigo esgrime desde la altura una arma de titanes: los peñascos. La piedra ciclópea, la enorme masa de granito es desencajada, por medio de palancas, de su secular alveólo, y en el momento oportuno, por donde ménos se la espera, salta impulsada por ocultas manos: el proyectil-mole comienza por bajar pausadamente, con aspecto inofensivo; pero apénas ha dado cuatro tumbos, cuando vertiginoso y rugiente se precipita, derribando caballos y hombres, yendo á detenerse hasta más allá del pié de la mon-

taña, donde vuelve á su inmovilidad, mostrando cuajarones de sangre y pedazos de sesos disueltos, en vez del musgo y el líquen que ostentara allá en la cumbre, á donde Dios la subió y de donde la bajan los hombres.

Por entre ese tropel de mónstruos desencadenados, ascienden los soldados liberales por todos los flancos de la montaña, y cuando, al fin, mermados en número y en fuerzas, llegan á la deseada cúspide, se entabla allí un combate cuerpo á cuerpo, con el cual, despues de haberse perdido centenares de hombres, muertos por las piedras rodantes, no se ha ganado para la libertad de México más que un sitio elevado y un pequeñísimo número de indios muertos ó prisioneros, porque todos los demas, prácticos en los vericuetos de la montaña, han sabido alejarse á tiempo, yendo á reunirse en otra cima cercana, desde donde con más brío y encarnizamiento amenazan y provocan á las fuerzas republicanas. El hambre,

complicada fatalmente con la guerra, se declara entre sus filas extenuadas y deshechas. Sitiadas, como dentro de una plaza, en aquella tierra laberíntica, las provisiones se consumen sin poder renovarlas, y entónces la *troncha* del jefe y la del soldado raso se compone igualmente de frutos silvestres (*tunas*, *guayabas*, *jícamas*), y de trozos de carne de mula y de caballo. Pasan los dias y las semanas, y aquel alimento se hace repugnante; y sin embargo, el soldado que no come, tiene que batirse todos los dias, á los rayos de un sol abrasador, con el enemigo indígena que lo acosa dia y noche, con el cuerpo bien sano y nutrido, porque ni el calor le daña, ni le faltan *tortillas* y *tasajos* en el fondo de su morral. En vano el jóven jefe Corona, montado sobre uno de los pocos caballos que han podido escapar á la carnicería, hace oir su voz de aliento en medio de sus tropas. El soldado, devorado por el hambre, la sed y la fiebre, se levanta tembloroso, empuña su

cer notar entre sus primeros actos de gobierno la presentacion de sus altas consideraciones y respetos á *Su Excelencia* Manuel Lozada, y uniendo la dádiva al mensaje, le manda una riquísima espada y un retrato suyo, encerrado en un marco de brillantes. El mensajero imperial, en compañía de algunos militares de alta graduacion, despues de un largo y difícil viaje por todo el interior del país, llega al pueblecillo de San Luis, donde reside Lozada ordinariamente.—«¿Está en casa su Excelencia?—pregunta á una india con aspecto de criada, y que no es más que una de tantas mujeres del cacique.—¿Qué Excelencia?—pregunta ésta, que oye por primera vez la palabra.—El señor general.—¡Ah! ya entiendo..... Manuel no está aquí; se ha ido á las *yuntas* (1).» El mensajero y sus acompañantes se dirigen al sitio indicado,

(1) Expresion usada en México para designar el acto de irse á arar la tierra.

y encuentran á un hombre vestido con calzon y camisa de burdo lienzo, cubierto con un ancho sombrero de palma y calzado con *guaraches* de ásperas correas, el cual, con una mano en la esteva del arado y armada la otra con el *otate* que le sirve para hostigar á la yunta de bueyes, escarda tranquilamente la tierra.—«¡Eh!..... diga V., hombre, ¿dónde está Su Excelencia el señor general Lozada?» El hombre, sin soltar la esteva, se echa hácia atras su ancho sombrero, y encarando su mala catadura con el interpelante, le contesta de altiva manera:—«Usted mande!—¡Y bien! decid dónde está el señor general.—Presente está: yo soy Manuel Lozada.....»

Así fué, poco más ó ménos, como llegó á su destino el mensaje, la espada y el retrato de S. M. Maximiliano de Hapsburgo.

Por no dejar, aquel hombre que llegó á imponerse á todo cuanto alentaba en México, desde un emperador hasta el último de sus siervos, impuso tambien su nombre

al pueblo del Nayarit, donde tenía su ordinaria residencia, y que se llama todavía *San Luis de Lozada.* ¡ Historia eterna de la ambicion venturosa y de la tiranía triunfante! Siempre lo mismo: algunos montones de cadáveres acribillados, alguna cantidad más ó ménos grande de derechos abatidos, y, por último, el jiron de un nombre dejado á la entrada de una poblacion ó sobre el cornisamento de un arco de triunfo. Sólo que algunas veces, los cadáveres acribillados, los derechos abatidos y los nombres impuestos, se dejan en el centro de Europa, donde pueden verlos todas las miradas, y otras se quedan escondidos allá, en un rincon de la América, hasta que, por acaso, algun importuno, como el que escribe estas líneas, detiene al lector que pasa para hacerle observar que, así como en la Naturaleza hasta los lugares más solitarios y callados tienen su temblor y su murmullo, así tambien en la humanidad hasta los pueblos más lejanos y

las historias más oscuras tienen su lucha y su drama y sus nombres de triste sonoridad.

VIII.

La repulsion del invasor y la caida de Maximiliano, á quienes Lozada habia apoyado militarmente con su ejército de indios, á pesar de las estipulaciones de neutralidad, ajustadas anteriormente con el gobierno liberal, no determinaron ninguna variacion apreciable en aquella su soberanía salvaje, ni tampoco la determinó la restauracion definitiva de la República. El gran patricio Juarez, que tan heróicamente restituyera á su autonomía una nacionalidad absorbida, detuvo su obra de reconstruccion liberal ante las montañas del Nayarit, resignándose á una lamentable transaccion con la barbarie: así fué como aquel poder y aquella tierra, tan inquebrantable el uno como inaccesible la otra, subsistieron por mucho tiempo en el mis-

mo triste estado, como para estampar una mancha en la gloria de Juarez, y para ostentar una fea verruga en la faz del México moderno, tan felizmente lanzado en plena vía de civilizacion. ¡ Singular espectáculo el de una entidad anómala, levantada como una ampolla del corazon en el centro de una confederacion de Estados libres!

Fué hasta el año 1873 cuando vimos interrumpida la soberana calma con que allí reinaba el bandido Lozada. La ambicion no duerme; suele dormitar, pero el despertamiento llega al fin, tanto más terrible cuanto ha sido más larga la somnolencia. Un pueril incidente vino á hacer ese despertamiento en el alma del gran *tlatoani* del Nayarit. El hombre habia quedado tuerto por efecto de un cohete de glicerina que se le estalló en la mano á tiempo que se divertia en arrojar esa especie de anzuelo fulminante en el interior de un lago, cuya superficie, á cada explosion de cohete, se cubria, en mayor cantidad, de una

capa flotante de peces muertos. Sucedió despues que, fijándose su único ojo en la envoltura de una cajetilla de cigarros, viese en ella una lista de nombres pertenecientes á otras tantas celebridades, desde el cíclope Polifemo hasta el tribuno Gambeta, que, natural ó casualmente, se han visto privados de uno de sus órganos visuales.

Contrariado en su orgullo de cacique poderoso al notar la ausencia de su nombre en aquella lista de notabilidades tuertas, consideró que era preciso abordar una empresa que extendiera el ruido de él hasta más allá de los límites del Nayarit y las fronteras de México. Rápido en el obrar, al dia siguiente de que aquella idea relampagueára en su cerebro, hizo un llamamiento á las armas á todos sus belicosos súbditos de Nayarit. Hizo más: expidió cartas hácia todos los rumbos del país, dirigidas á los principales miembros de las más importantes poblaciones indígenas,

invitándolos á todos ellos, desde los michoacanos tarascos hasta los yucatecos mayas, á secundarle en un movimiento revolucionario que tendria por término sustituir en México el poder republicano con otro gobierno elegido y creado exclusivamente por la raza indígena, entre cuyos miembros se repartirian todas las tierras del país, arrebatándolas á la detentacion de los blancos, tenidos en su concepto por intrusos y usurpadores.

Una revolucion de casta, la más terrible que verse pueda en un pueblo de formacion eminentemente complexa, resultó infundida é iniciada en los cinco millones de indios de México por medio de esas promesas y halagos. Lisonjeados ademas en sus sentimientos religiosos y monárquicos por un plan que llevaba como lema oculto el de *Religion* y *Fueros*, se dispusieron en silencio á lanzarse al lado de Lozada, á su primera señal. Empezaba el año de 73, cuando un ejército de algo más de veinte mil

indios, que acudieron al pueblo de San Luis desde todos los puntos del Nayarit, esperaba las órdenes de su *general.* Éste dividió su ejército en tres secciones, dirigiendo una de ellas hácia Zacatecas, y la otra hácia Sinaloa, al mando de jefes de su confianza; y con la tercera, compuesta de unos diez mil hombres, avanzó hácia el Oriente para apoderarse de Guadalajara, capital de Jalisco. El general Corona residia á la sazon en esta plaza, como jefe de una division militar, y no parece sino que el destino se complacia en oponer de nuevo las figuras del tirano de Alica y la del soldado de la República sobre el palenque de una lucha mortal.

Algo semejante á lo que pasa á bordo de un navío cuando se declara el naufragio, pasó en aquella ciudad á la noticia de la aproximacion de Lozada. El «sálvese quien pueda» resonó con el más agudo acento de la desesperacion, en medio del ejército sobrecogido, de los poderes civiles inermes y

de las familias amenazadas terriblemente en sus propiedades y su honra. Parecia llegada la última hora de la raza española y mestiza en el suelo de México, y el espanto se produjo en la sociedad bajo la suprema forma de la defensa individual. Cada ciudadano empuñó su arma, cada familia hizo de su hogar un cuartel y de su puerta cerrada un parapeto; porque la barbarie estaba á las puertas, porque la matanza, la violacion y el saqueo parecian ineludibles con una revolucion que llevaba por base un ódio de casta, y porque las tropas de Guadalajara apénas ascendian á algo más de mil hombres. Corona grita al poder supremo: «¿Qué hacer? ¡Mándame soldados!» Y el Ministerio de la Guerra le contesta: «Sal á batirte con los que tienes.» Y el tiempo urgia: ya las avanzadas indígenas se tiroteaban, en las afueras de la ciudad, con la mísera guardia de las garitas, y un jefe militar se presentaba en nombre de Lozada á intimar la rendicion de la plaza. Se

acepta la lucha como un sacrificio impuesto por el deber militar, y á cinco leguas de Guadalajara, en un punto llamado la Mojonera, tiene lugar, entre el pequeño ejército de Corona y las grandes hordas del Nayarit, un combate que recuerda las peleas caballerescas sostenidas por los aventureros del siglo XVI contra las masas armadas de América. Sólo que los combatientes de Lozada no eran los indios flechadores de Moctezuma, ni los honderos del cura Hidalgo; componian, por el contrario, tropas regularmente organizadas, armadas de rifles y cañones, provistas de grandes cuerpos de caballería y acostumbradas á medirse con los mejores ejércitos del país. Añadid á esa organizacion militar el fondo salvaje de aquella tropa, que tan bien combatia en pelotones como en columnas; agregad el ardor con que debian luchar por un triunfo que habia de ponerles en posesion de una ciudad grande y rica, afamada por ser el centro de las más

hermosas mujeres de México, y veréis con los ojos de la imaginacion lo que vió el bandido Lozada desde lo alto de una cima de la Mojonera, donde, con el alma llena de furores de Tamerlan y sueños de Atila, dirigia y alentaba la lucha encarnizada.

Irritado porque la artillería de Corona, superior á la suya, hacía grandes estragos en sus compactas filas, se le oia repetir con fuerte acento este grito que contenia una terrible órden de ataque: «*¡Un cerron contra las piezas!*» A aquella órden, las millaradas de indios, descompuestas y en tumulto por el mismo ardor del combate y la casi seguridad de la victoria, descendian de la cima á todo correr, hácia las bocas de bronce, cuyas explosiones de metralla dejaban la llanura alfombrada de cadáveres y hacian retroceder á los pelotones de asaltantes, reducidos á la mitad de su número. «¡Avancen! *¡Otro cerron!*» gritaba el indio mulato, ébrio de cólera, y cuando alguno de sus indios más escarmentados se

volvia para decirle: «pero, señor general, los cañones.....» se le oia exclamar como al insurgente español Mina: «¡qué cañones!» (1) obligándole á avanzar á golpes de sable.....

Aplácase de repente la granizada de metralla despedida por la artillería republicana, hasta permitir que las masas de indios, reorganizadas y repuestas, ataquen impunemente al puñado de soldados liberales en sus mismas posiciones. Y es que consumida la primera provision de cartuchos, se acude á las provisiones de reserva y se encuentran todos los saquetes del parque rotos y agujereados por *la broca.*

En vano se les quiere hacer servir. La

---

(1) Cuéntase del bravo paladin castellano, Mina, que tan heróicamente combatió en favor de la independencia de México, que cuando los insurgentes, desprovistos de cañones y muy temerosos de ellos, se resistian á atacar á alguna tropa de realistás, por saberse que traian esos instrumentos de guerra, el paladin español les contestaba con desden: «¡qué cañones!» Desde entónces ha quedado en México esta frase popular que se usó para infundir ánimo en una empresa arriesgada: «*¡Qué cañones! dijo Mina.*»

pólvora, puesta al descubierto por los agujeros de los sacos, cuando se quiere proceder á la carga, se inflama en la boca misma de los cañones ardientes, chamuscando las manos de los artilleros. A la declaracion de tal desastre sigue la irrupcion de las avalanchas indígenas, que envuelven y acosan por todos lados á una pequeña tropa, privada repentinamente de toda su fuerza: los furgones arden, incendiados por los serranos, que así manejan la tea como la bayoneta; los soldados caen acribillados en una lucha cuerpo á cuerpo de uno solo contra veinte, y el general Corona, rodeado en el centro de la batalla por los jefes y ayudantes que caen en tierra sobre sus caballos muertos, piensa ya en replegarse á la ciudad, cuyos habitantes, desde lo alto de las torres y azoteas, siguen con suprema ansiedad los detalles del combate..... Una idea brota de repente en el alma del jefe desesperado..... Entre el tumulto de la refriega, entre la espesa nube

de polvo que envuelve á los combatientes, su oido no percibe distintos más que los alaridos del salvaje triunfante, y su vista no puede alcanzar otra cosa que los blancos *paños de sol* de sus soldados, ya enrollados en torno de los *kepis*, ya desprendidos y flotando sobre sus espaldas, moviéndose en todos sentidos, bajando con los que caen, subiendo con los caidos que se levantan, semejantes á las alas agitadas de las gaviotas.

De aquellos pedazos de lienzo blanco salió una inspiracion de triunfo, como otra de progreso salió del vaporcillo de una marmita. Pidió un paño de sol y envolvió con él uno de los cartuchos esparcidos en el suelo, como objetos inútiles. Cargado un cañon con el cartucho provisto de tal envoltura, dispara felizmente, rompiendo la inaccion de las baterías silenciosas, y en seguida, con todos los paños de sol entregados por los vivos y arrancados á las cachuchas de los muertos, se recompone el

parque perdido. Ya era tiempo: los artilleros, que se habian limitado á salvar los cañones apartándolos del centro de la lucha, empezaban á sentirse amagados por las oleadas de las multitudes indígenas, que intentaban apoderarse de ellos.

Se da la órden de romper el fuego á todas las baterías, á tiempo que los apretados enjambres de indios se echaban sobre ellas, creyéndolas imposibilitadas, y en aquel momento una descarga general resuena en toda la línea; oscurécese el campo de batalla, envuelto por los nubarrones de los humazos, y cuando se aclara aquella atmósfera plomiza, se ve á los indios semidesnudos, sin más traje que sus bragueros ensangrentados, alfombrar la llanura con sus cuerpos convulsos, barridos por la metralla, en tanto que los escapados á la siega mortal corren atropellándose, arrastrándose unos á otros en su inmensa muchedumbre, hasta desaparecer tras una de las cimas que circundan el campo.

. . . .

Así fué como el moderno México se salvó hace diez años de la invasion de la barbarie indígena. Unas veinticuatro horas duró aquel combate sangriento. Una hora más, y todo hace creer que hubiera sonado la última para el poder de la raza latina en aquella grande y hermosa porcion de América. Nuevas chusmas indígenas, levantadas aquí y allí en el Sur de Jalisco, llegando á paso de carga á reforzar las tropas del Nayarit, á tiempo que éstas huian á la desbandada, retrocedian á sus montañas, maldiciendo una victoria que les arrebataba, en el Eldorado de sus esperanzas, una ventajosa guerra de castas.

El historiador repartirá esa gloria entre Corona y sus jefes, y sus cerrados cuadros de infantes y sus artilleros inmóviles al pié de los cañones..... El filósofo hace algo más, y sobre la masa de las fuerzas humanas ve flotar la fuerza suprema de la Providencia ó del azar representada por unos *paños de*

sol. Héroes ciegos de una batalla salvadora, ellos, con sus dos piés cuadrados de tosca hilaza, detuvieron al indio salvaje dentro de sus montañas del Nayarit, como detiene á las olas embravecidas la débil arenilla que circunda al Océano.

IX.

Algunos meses despues, en un cerrillo llamado *de los Metates*, á las inmediaciones de Tepic, se disponia con toda sencillez el fusilamiento de un hombre condenado rápidamente por un Consejo de guerra.

Ese hombre era Manuel Lozada. Herido en un brazo en la batalla de la Mojonera, donde no perdió sin haberse arriesgado personalmente, en lo más reñido de la refriega, fugitivo y casi abandonado despues en el centro mismo de la sierra, fué capturado por una partida de fuerzas republicanas, á la cabeza de treinta hombres, últimos

restos de su gran muchedumbre de soldados esclavos.

Poco ántes del instante supremo, el jefe de la fuerza ejecutora le dice que puede hablar si quiere, y el hombre habla..... No fué, ciertamente, para proferir palabras de contricion ante una muerte próxima. La raza indígena de México, poseida de una pertinacia superior al estoicismo, propende fuertemente á las impenitencias finales. Guatimoc, que pertenece enteramente á esa raza, muere desafiando al tormento por no confesar dónde están ocultos los tesoros aztecas; Lozada, que participa de ella, no habla al pié del cadalso sino para decir que *no se arrepiente* de lo que ha hecho en su vida de dominacion y de guerra. El que soñaba morir como rey de un gran pueblo, muere nada más que como rey de la fiereza indomable, sin permitir á sus párpados que se abatan, ni á uno solo de sus nervios que se estremezca al estallido de la fusilería.

Pocos momentos despues, el cadáver del ajusticiado, conducido á la escueta sala de la alcaldía del lugar, estaba tendido en un *petate*, al rededor del cual hervia una muchedumbre de curiosos..... De repente una vieja desgreñada, trémulos los labios salientes, contraida la faz atezada y pomulosa, hendió la multitud, abriéndose paso bruscamente..... Es la madre de Lozada. Llega junto al cuerpo muerto, y sóbria, en su dolor, de sollozos y de lágrimas, se le queda viendo con fijeza, mordiendo fuertemente la orilla de su *rebozo*. La faz del cadáver tiene dos balazos en la frente, por cuyas heridas escápanse los sesos que cuelgan sobre el petate chorreando sangre. La vieja se inclina, toma con ambas manos aquellos sesos sangrientos, se los echa al *seno*, esa urna misteriosa, donde, al decir de un poeta, *todo lo guardan las mujeres*, y se aleja de allí sin proferir más que estas palabras: «Allá lo verán.....»

¿Sería que la raza belicosa y sanguina-

ria del Nayarit, mal pacificada todavía en la actualidad, ha hablado por los labios de aquella vieja, para suspender sobre el pueblo de México una eterna amenaza de pillaje y de muerte?.....

EL INDIO DE MÉXICO EN SU CARÁCTER
Y EN SU INDUSTRIA.

I.

No es en el escenario del drama, en la arena del combate y la encrucijada del bandido donde se presenta siempre el indio de América, ni son las noticias y observaciones de superficiales viajeros europeos las que puedan dar idea exacta de su carácter y de su vida doméstica y social. Hay que bajar, con el espíritu de observacion cristiana del padre Las Casas y los franciscanos españoles del siglo XVI, al *wigwam* del indio de Norte-América, al *tambo* peruano y al *xacal* de México, verle allí en la radiacion oculta de su sentimiento, y seguirle en el despliegue secreto de su fuerza in-

teligente, para conocerle y amarle. De otra manera, el espíritu, preocupado y mal prevenido por la fuerza de las primeras impresiones, pudiera correr el peligro de incurrir en la excomunion lanzada por Paulo III, contra los que negaban la racionalidad á los naturales de Indias.

La frenología no se sorprende ante su cráneo, clasificado entre los *mesaticéfalos*, constituido generalmente bajo un índice facial de 78.1, y no señalado por otras singularidades que la depresion frontal y la exagerada prominencia de los pómulos; es la estética de los gustos, de las pasiones y de los movimientos anímicos, la que se siente sobrecogida y meditabunda ante ese ejemplar humano sellado desde el nacer con yo no sé qué signo de fatal melancolía. El indio de México es rudamente triste; su melancolía tiene algo de áspero, como si estuviese cerrada á la esperanza, y el dolor interno que en otros ojos es lágrima, en los suyos es un fulgor de siniestra

atonía. El paganismo creó la sonrisa lúbrica en los labios de la bacante y el cristianismo imprimió en el rostro de la Magdalena la tristeza penitente que gime y espera; pero el culto al *Tonatiuh* azteca, las comuniones caníbales ante el dios Huitzilopoxtli, y despues un cristianismo extraño, mezclado de supersticiones é idolatrías, no han producido en el indio más que una gravedad rígida, copiada de la faz del ídolo ó de los toscos crucifijos que abren sus brazos de *ocote* en los altares indígenas de México. Tantos dias de vasallaje, tantos derechos arrebatados, tantas luces negadas, se han combinado para añadir algo mas triste á la tristeza de su raza, y por eso se le ve sombrío hasta en sus horas de placer: triste es su canto, que se desarrolla sobre ritornellos monótonos y quejumbrosos; triste tambien su danza popular, verificada al martilleo del *teponaxtli* y los gemidos de la chirimía en el atrio de los templos.

Este atrio servia, como en España, de

cementerio; así es que el baile indio se ejecuta sobre un pavimento de viejas tumbas borradas. Si el atrio es pequeño, los indios, dispuestos en *rueda*, bailan sin salirse de un lugar, frente á la puerta del templo; pero si es espacioso, el baile se ejecuta haciendo *figuras* más complicadas que las de las cuadrillas francesas. Treinta, cuarenta ó hasta cien indios, las cabezas adornadas con penachos de plumas, vestidos con trajes de colores y agitando *sonajas* con las manos, ordenados en várias filas, atraviesan con saltos acompasados todo lo largo del atrio, y subiéndose unos sobre los hombros de los otros, sin dejar éstos de seguir con los piés el ritmo cadencioso, penetran en el templo para bailar ante la Vírgen celebrada ó el Santo en fiesta. *Los tastuanes*, llaman en México á este baile, que es, como se ve, profundamente religioso. Relévanse unos á otros los danzantes para que ni un momento le falte baile al Santo en su dia, y todos van á

cumplir su tarea concienzuda y sériamente, avanzando y retrocediendo con las piernas en ligera flexion, hiriendo el suelo con golpes de piés marcadós por las ruidosas sonajas, todo ejecutado con cierto recogimiento, como si se estuviese cumpliendo con recitar uno por uno los *Pater-noster* y *Ave-Marías* de un *rosario.*

Ese es para el indio el regocijo de las romerías anuales, en el dia del *patron* ó de la *abogada* de su pueblo. El *pulque* ó el *tepachi* (bebida de maíz fermentado), llegan á sus labios como una ola de aturdimiento y de sueño, en medio de aquella alegría severa, y el indio, embriagado, dormita al sol, tendido en el suelo, dichoso de encontrar en el sueño el placer supremo de unas horas de olvido y de inconsciencia en medio de una vida de postraciones y trabajos.

El trabajo, un trabajo inmutable, como el de la hormiga y el de la abeja en sus misteriosos laboratorios, es el patrimonio

legado al indio por la barbarie azteca, restringido y organizado bajo el sistema gremial por la conquista española, y mantenido en su vieja y humilde forma por los actuales gobiernos, patrimonio que ese señor primitivo de una de las más ricas regiones del mundo, lleva, con la espalda encorvada, desde la cuna á la tumba, como en las regiones de la fábula lleva Sísifo, de la falda á la cumbre, su piedra de tormento. Las industrias especiales forman la base tradicional en la vida de los pueblos indígenas. Aquí se fabrican los *cántaros*, que han de bastar para surtir á toda una gran poblacion vecina; allí se descuella en la hechura de *macetas* y *macetones* de hinchado vientre; más allá las hojas de *zoyate* y las varas de los tules puestas á secar frente á la puerta de los xacales, indican al viajero que pasa por una poblacion cuya industria es la fabricacion de sombreros, *chinas* y *petates;* en esta otra parte son las *frazadas* y los *zarapes* de mil colores los

que constituyen esa industria; en esa otra los *rebozos* corrientes y los finos de *hilo de bolita;* en aquélla los *cedazos* con sus tamices de menuda cerda, etc., etc., y cada pueblo, así dedicado á manufacturas marcadas y distribuidas por los misioneros españoles, consultando á las condiciones del terreno y á las aptitudes de los habitantes, añade, en la nomenclatura geográfica, á su propio nombre, el nombre de los objetos de su industria especial, llamándose, por ejemplo, *Tateposco de los cántaros*, Yxtlahuacan de los *equipales*, Ajijic de los *cedazos*, apellidos que con más justicia que los de muchos hombres, llevan la *partícula nobiliaria*, como para indicar la verdadera y legítima nobleza del trabajo.

La mujer no es la contempladora inactiva de ese trabajo lento de todas las horas que humedece de sudor la frente del padre, del hijo, del marido ó del hermano; ella es la que asiste, ordenadora y vigilante, á las operaciones sucesivas del trabajo ma-

nual, desde que se amasa el barro caldeado hasta que se le modela en caprichosas figuras, desde que se extraen á las *pencas* del ágave sus fuertes filamentos hasta que se les entreteje ó retuerce para formar la *járcia*, y cuando ha prestado la delicadeza artística de su alma á la obra concluida, es ella la que, caminando á pié, la conduce al mercado de la *ciudad* más ó ménos lejana, donde se instala, pregona, discute, regatea, durmiendo al raso, sobre las piedras desnudas, hasta que ha terminado la venta de su mercancía. Obrera infatigable, apénas ha escapado á las angustias del parto, cuando se la ve, más heróica que la *Gervasia* de Emilio Zola, levantarse con el alba, llevando á la espalda el fruto de su vientre, mal envuelto en el *rebozo*, echarse á la *chalupa* atracada en el embarcadero del canal, y sacando medio cuerpo entre sus montones de verduras, de frutas y de flores, abandonarse al rio sobre su canastillo flotante que corta las aguas como una

flecha al dulce chapoteo del remo. Esa es la india de los alrededores de México y de Toluca: un poco desgreñada y un poco arisca con la gente que no pertenece á su raza, y entre la cual discurre sin mezclarse, haciendo escuchar al paso sus palabras de *nahuatl* que resuena en los oidos con un rumor parecido al titileo de la lluvia sobre el follaje.

Avanzando al interior del país, la india mexicana cambia de tipo: de más alta talla, más limpia y esmerada en su traje y tocado, y ménos retraida con los blancos, cuya lengua española ha aprendido, olvidando completamente la indígena, ya no es la neréida que boga por los canales del valle, fiando su vida y su lucro á la rica vegetacion de sus *chinampas*, sino la hija del bosque, de la hondonada ó la montaña, destituida de vías fluviales y de tierras abundosas, con otras vías de comunicacion y otras materias explotables..... Vivas están en mi recuerdo, con la frescura de impre-

siones que no se debilitan, sino que se avivan con el tiempo, las garridas figuras de las indias de Jalisco, estado el más grande, más inteligente y más brioso de México, aunque quizá tambien el más desgraciado. Bien quitára yo sus alas á Mercurio, mítica figura, sin más valor que el que puede darle una convencion poética, para ponerlas á los piés descalzos de esas andadoras incansables, de valor real y positivo esfuerzo, que atraviesan rápidamente los grandes caminos de mi patria, con el *chiquihuite* de *gordas* ó de *xocoquis* sostenido en la cabeza, siempre erguida hácia atras, por la pura virtud del equilibrio, sin valerse de los brazos, que dejan colgar agitándolos, como dos volantes que regularizan el movimiento de la india en su sostenida carrera.

La fabricacion de objetos de barro es la industria en que las facultades del indio se manifiestan con mayor brillo en el sentido del arte, bajo sus dos faces de utili-

dad y de belleza. Su cerámica, que se realiza, como la etrusca, en grandes vasos de ornato, en jarrones y en búcaros de admirable hechura, tiene su más humilde, aunque la más perfecta aplicacion, en los vasos de cocina. El *jarro* y la *cazuela* del interior de México son verdaderas aristocracias entre el populacho de los cacharros de todos los pueblos. Delgada, tersa y brillante, la *cazuela* mexicana se preserva del más intenso fuego sin romperse, y de la más penetrante grasa sin mancharse; y por eso la impresion de asco que se experimenta en las cocinas de Europa, á la vista de los toscos cacharros grasientos, no se produce ante aquellos trastos ligeros, frescos, siempre nuevos y siempre perfumados, que pueden trasladarse del brasero al blanco mantel, influyendo apetitosamente en las mesas de los festines, sobre los ojos y el olfato de los convidados. El agua sale de esos *jarros* mexicanos, urnas abiertas de eterno aroma, con un perfume de azahares

y lirios disueltos, y es tan dulce y plácida su masa componente, que se ve en México á muchas personas, especialmente los niños de pecho y las mujeres en la época de la gestacion, atacadas de un verdadero furor por estar contínuamente comiendo fragmentos de jarro (*tepalcates*), que acaban por dejar en sus vientres un sedimento enfermizo y hasta mortal.

El extranjero que viaja por Jalisco, cuando se detiene ante una de esas vendimias de objetos de barro, establecidas al aire libre, en los portales y en las plazas, entre la multitud de cacharros y muñecos de todas formas y dimensiones, descubre, dispersas entre la mezcla abigarrada, unas figuritas que representan bustos humanos, descansando sobre columnitas truncadas, con pedestal, en todo semejantes á las que, con mayor tamaño, vemos en mármol y en yeso en los ángulos de los más artísticos salones. Esas figuras son retratos de perfecto parecido de hombres conocidos gene-

ralmente en el país ; y cuando el extranjero, maravillado de encontrar en un rincon de América, hecho en barro, por un pobre indio, lo que tal vez no habia visto sino en países de cierta cultura, hecho en yeso, en bronce ó en piedra, por escultores afamados, pregunta por aquel objeto de su admiracion, se le contesta invariablemente: « Son retratos de Tonallan..... »

Hasta allí no ha visto más que los retratos de personajes populares, como Juarez, Zaragoza, Hidalgo; pero en seguida, al penetrar en las casas del lugar, encuentra en sus principales habitaciones las mismas figuras, representando á éste ó aquél miembro, á tal ó cual amigo querido de la familia cuya casa visita, creciendo su admiracion cuando se le afirma que por uno ó dos duros puede tener una figura igual con su propia efigie. ¿ Quién ha dado al indio los moldes, le ha suministrado los finos cinceles ó le ha inspirado el técnico procedimiento, que se obtiene en los países

civilizados despues de un largo estudio en las academias de Escultura?—¡Nadie! Todo lo tiene, al parecer, como el sér absoluto, *en sí* y *por sí;* su academia está en su xacal de zacate, de donde no ha salido desde sus primeros dias, y no ha necesitado buscar fuera de sí un cincel, que posee naturalmente: los dedos.

II.

Hubo hace pocos años un viajero que se empeñó en contemplar por sus propios ojos la fabricacion indígena de las figurillas de barro, y con tal fin se dirigió á *Tonallan*, pueblecillo sentado sobre una eminencia en las inmediaciones de la capital de Jalisco, y que tiene esa fabricacion por industria casi exclusiva. Pregunta por las casas de los principales escultores (en el país, *moneros*) y se le indica uno de tantos pobres tugurios como se levantan á un lado y otro de las callejuelas estrechas y fragosas. Atraviesa el *patio*, donde se os-

tentan entre rosales, cañas de milpa y *matas* de *chile*, las lechugas, ceñidas en su parte superior con listones vegetales, sacados de la corteza ó de la hoja del plátano, y las *verdolagas* anchas y esponjosas, semejantes á desplegados espádices de palmera, y despues de recibir el saludo de algunos perros ladradores que vuelven á tenderse al sol, gruñendo sordamente, entra en un cuarto débilmente alumbrado, con sus paredes de adobes desnudos, su pavimento de tierra floja y su rústico mueblaje, que se compone de un lecho de varas de ocote y de algunas tablas encajadas en la pared, donde descansan platos quebrados y soldados, tazas desorejadas y saleros de vidrio, todo coronado por una fila de estampas místicas, adheridas al muro bajo los *texamaniles* del techo, de donde pende, por medio de un cordel, el *zarzo*, gran cuadro de tablas que se mece ligeramente en medio de la habitacion, cargado de cachivaches y provisiones de cocina.

Es esa la habitacion de un matrimonio indio, y á la vez su taller de trabajo, de donde salen los cargamentos de muñecos (*monos*) que inundan los *puestos* y escaparates de la vecina ciudad. El indio amasa el barro en un rincon del aposento, en tanto que su mujer se ocupa en pulirlo y modelarlo, sometiendo en seguida las figuras blandas y frescas al intenso fuego del hornillo, que chisporrotea á un lado de la entrada. Rodeada de utensilios domésticos, con el *comal* y la *batea* á una parte, y á la otra el *cántaro* y el *molcajete*, asediada por sus animalillos familiares, el perro que dormita gruñendo, el gato, que se rasca y maulla y los pollos que penetran en la habitacion, picoteando aquí y allá los granos dispersos, tiene que interrumpir á cada paso su operacion de moldeo, para inclinarse, arrodillada, sobre el *metate*, para retirar del *comal* una tortilla que le pide su marido, para tomar entre los brazos y dar el pecho al recien nacido que grita y alza

las manos, tendido sobre la húmeda zalea, ó para ahuyentar al cochinito que con demasiada familiaridad ha penetrado en el múltiple laboratorio hundiendo su trompa en la masa revuelta del *nixcomel.*

Del seno de aquella confusion salen los *muñecos* y retratos esculpidos, como salió la luz del cáos. Guerreros de blusas rojas y verdes, con las espadas en alto; vaqueros en actitud de agitar la *zoguilla,* detras de una res tendida, como para correr, sobre sus cuatro patas casi horizontales; grupos de charros y rancheras bailando, aquéllos con el *zarape* terciado, éstas con el *rebozo* pendiente del cuello y cruzado en el pecho, dejando flotar sobre las rodillas los encajes y flecos de las extremidades; *chinacos* cuerudos sobre caballos puestos en corbeta, *leperillos* desnudos hasta la cintura; obispos de enormes mitras; generales galoneados con franjas de *oro volador*..... todo lo que en México se ostenta y se mueve en los campos y en las ciuda-

des, todos los tipos nacionales, desde el arriero con su *pechera* de cuero *crudio*, hasta el *catrin* (señorito), vestido y acicalado á la moda europea, todo sale de las manos de la india *monera*, como si humillada de su postracion y aislamiento en la tierra de sus abuelos, se propusiese ejercer, desde su cabaña, una crítica implacable, de bulto y de relieve, sobre una sociedad que la posterga y de quien se venga presentando sus hombres y sus cosas bajo la figura y con las proporciones de simples muñecos.

Una profunda y segura percepcion sirve y guia al indio en sus trabajos de pequeña escultura, y nada pasa ante sus miradas, siquiera sea por un momento, cuya forma y aspecto no se sientan aprehendidos como por férreas tenazas, por sus manos negras y rajadas que con fuerza indeleble los marcan en el barro con todos sus rasgos y colores. Rápido, como una horda, pasa el ejército frances por México; pero no sin que todo él, en sus diversas fracciones y

tipos militares: el zuavo, el dragon, el cazador de Vincennes y el de África, queden estereotipados con todas sus armas y arreos en los moldes del indio; y Maximiliano de Austria no sale de allí por las puertas de la tumba, sin haber dejado para siempre en los talleres indígenas las huellas características de su imágen, que se ve todos los dias en los *puestos de monos*, con su espaciosa frente rematada por dos ondas simétricas de pelo y sus grandes patillas rubias partidas en dos gajos agudos que se prolongan hasta tocar con sus puntas uno y otro hombro.

Ese poder de mirada y esa habilidad de mano, ejercidas sobre figuras de capricho y retratos ejecutados, á la más breve percepcion de una fisonomía, por medio de ligeros tocamientos sobre el barro fresco, con la facilidad con que pudiera hacerlo, por medio de líneas, el más experimentado caricaturista, sorprendieron de tal manera á nuestro viajero que, instalado en el

referido taller, pasaba las horas y los dias contemplando la extraña fabricacion.—«¿Cuánto ganais con las dos *canastas* de muñecos que llenais diariamente? preguntó á los fabricantes.—«Un duro por dia», contestaron éstos.—«¡Y bien! Yo os daré cuatro duros por el mismo trabajo, pero verificado para mí solo, bajo mi inspeccion y á mi gusto»; y con gran regocijo de los indios se cerró luégo tan singular contrato. Propuesto á hacer progresar aquella industria, desempeñada de manera tan natural y ruda, hizo llevar ámplias mesas á la cabaña indígena, y proveyó de corvos estiletes de madera á los indios *moneros*, para que con su auxilio modelasen el barro sin valerse de los dedos. Si en medio del desórden del *xacal*, entre la aglomeracion de quehaceres, animales y utensilios domésticos, y privados de instrumentos de trabajo, hacian cien *monos* diariamente; en medio de una habitacion arreglada, sentados en cómodos banquillos, con los codos so-

bre una mesa despejada, libres de perturbaciones y molestias, y provistos de buenos instrumentos de moldeo, debian hacer cada dia doscientas figurillas, acabadas con mayor perfeccion, las cuales en Estados-Unidos ó en Europa se venderian á peso de oro como curiosidades indígenas. Tal era el cálculo del extranjero; pero el cálculo se estrelló ante una de las más singulares realidades, porque los indios, bien dispuestos á trabajar de aquella nueva manera, no pudieron fabricar ni una sola figura, produciéndose en ellos algo semejante á aquella confusion babélica que impidió la continuacion de la comenzada torre. En vano reforzaban su empeño, á la voz del yankée desesperado: estorbábanles los cincelillos, oprimíales la mesa de trabajo, hallábanse mal, sentados en los bancos, y apénas podian mover sus brazos encogidos, como si se sintiesen bajo la presion de una camisa de fuerza. Podia compararse la sensacion que experimentaban con la de un

hombre obligado de repente á andar en zancos, y los trozos de barro caian de sus manos, deshechos é informes.....

Trabajo de abeja he llamado ántes á las faenas del indio. Y así es: ordenad demasiado el trabajo de la abeja, encerradla rigurosamente dentro de un recinto donde le hayais preparado, en urnas de cristal, el pólen de las flores, para evitarle el trabajo de salir á recogerlo en el campo, é intervenid en la construccion de sus alveolos, bajo el pretexto de simplificar y arreglar su obra, y aunque hayais logrado ahuyentar á los zánganos y moscardones que inquietan de contínuo á esos trabajadores alados, no es dudoso que obtendréis tantas gotas de miel y tantos adarmes de cera, como figuras de barro obtuvo aquel viajero en México, cuando suministró á los obreros indios, corvos estiletes, ámplias mesas y cómodos banquillos de trabajo, ahuyentando léjos de ellos al *comal* y el *metate* de las *tortillas*, al niño que grita

pidiendo el pecho, al *tonchi* que discurre entre las cazuelas, arqueando el dorso engrifado, á los pollos y *guaxolotes* que llegan picoteando, y al *puerco* que hunde su trompa en la masa del *nixcomel*.

EL NAHUATL

Y EL HABLA CASTELLANA EN MÉXICO.

COSTUMBRES INDIGENAS.

I.

Algo profundamente dulce y suave, que suspira de contínuo y hasta suele sonreir bajo la ingénita aspereza del semblante, hay en el fondo del silencioso y triste carácter del azteca.

En nada se revela mejor ese fondo del carácter que en la estructura fonética de sus lenguas primitivas. Las articulaciones fuertes y guturales, como las de la *j*, de la *g* y de la *r*, están proscritas en ellas; las adliteraciones ó simples yuxtaposiciones de consonantes se ofrecen suavemente á la

pronunciacion, sin que haya necesidad de esforzar los órganos orales por medio de bruscas transiciones de la voz, á traves de regiones contrapuestas, y los elementos finales de las palabras, sus terminaciones y desinencias más frecuentes se apoyan, como las de las italianas, en la *i* ó en otra vocal mas sonora, dulcificada por una favorita combinacion de licuante y líquida. Nada mas dulce puede encontrarse en los sonidos de las lenguas musicales, que esa *t* y esa *l*, que en su constante adliteracion representan en la armonía del *nahuatl* el oficio que ejercen en una partitura las notas de mas delicada ornamentacion. Hay ciertamente que oir al indio de México en la indolente y lánguida emision de sus palabras en *ixtli*, en *etl*, en *illi*, en *iltsi*, etc., para aprehender el concepto de eso que los griegos llamaban *canto de miel* (*mellodia*).

Impuesta al indio por la conquista, una lengua de otras bien distintas propiedades

fonéticas como es la española, caracterizada por enérgicas y rotundas terminaciones, debió sentirla en sus órganos vocales á manera de una lengua de hierro, tan rígida y dura como puede serlo uno de nuestros manjares sólidos para los labios de un niño lactante. Un fenómeno contrapuesto se verificó de parte del conquistador y del conquistado, en la mútua comunicacion de sus propios idiomas: el español, incapaz de acomodarse á las melífluas terminaciones indígenas, estropeó los vocablos por medio de una ruda castellanizacion, que el lingüista no puede contemplar sin una tristeza igual á la que experimenta el arqueólogo á la lejana contemplacion del zafarrancho, verificado por fanáticos como Zumárraga, sobre los ídolos y los templos aztecas..... Cuando detiene el observador su atencion sobre alguna de tantas palabras mexicanas, dulces y delicadas en su pristino estado, tales como debian brotar de los labios trémulos del poeta tezcucano,

y la fija despues en las mismas palabras mutiladas, deshechas, pegoteadas con remiendos extraños, por la modificacion inconsiderada y brutal, ejercida sobre ellas en el siglo XVI, parécele estar viendo un objeto de rara perfeccion artística, algo ténue y esbelto, terminado en calado remate, como la flecha de *Notre-Dame*, y atacado de repente en su aérea gentileza por una mano que primero lo desportilla y lo trunca á golpes de martillo, y luégo pone un emplasto de ruda argamasa, allí donde se desvanecia su aguda punta de filigrana. ¡Malaventurada y triste modificacion la que de *huaxolotl*, ha hecho, en bárbaro, *guajolote*, la que prostituyó y vulgarizó en *Huichilobos* el nombre sagrado de *Huitzilopoxtli*, y la que prosaizó lamentablemente, convirtiéndolo en *Malinche* el dulce y poético nombre de la *Malintzin!*

Á esa obra de estropeamiento y deformidad en la lengua del indio, que ha dejado tan tristes huellas en este largo catá-

logo de voces mexicanas terminadas en la desinencia de aumentativo, *ote* (*coyote* de *coyotl*, *zopilote* de *xopilotl*, *ajolote* de *axolotl*, etc.), tenía que responder la raza conquistada obrando sobre el idioma español en un contrario sentido de atenuacion y endulzamiento, conforme con la molicie de su carácter y la indolente languidez de sus facultades de expresion. Como consecuencia de esto, la lengua española se ha establecido en México, y lo mismo puede decirse de las demas naciones de Hispano-América, reblandecida en su enérgica sonoridad y como penetrada por la suave influencia del *nahuatl* y las otras lenguas americanas. De las fuertes articulaciones arábigas no ha subsistido á traves de la implantacion americana más que la áspera j, si bien aspirada con cierta dulzura, en contraposicion á la práctica del *yankee*, que enrudece intensamente la pronunciacion de la *h* inglesa. La *c* y la *z*, consonantes del mismo orígen, han perdido en Améri-

ca la fuerza que les presta en España su carácter dental; demasiado duro para el americano el artificio del ceceo, dejó escapar, sin su auxilio, la emision constitutiva de tales articulaciones, y resultó en ellas ese *sibileo* que ha determinado tan marcada diferencia fonética entre la lengua madre y sus varios vástagos del Nuevo Mundo.

Algo análogo se verificó en la prosodia del idioma, porque el mexicano, acostumbrado á una prodigiosa ligazon de los sonidos, en virtud de la cual sintetiza, en la pronunciacion y en la escritura, las palabras de una oracion hasta el grado de hacer de ellas una sola, y enemigo, por la fuerza musical de su lengua, de las transiciones de la voz entre ciertas vocales inarticuladas, tenía que hallarse mal con las sonoras diéresis castellanas en *ae*, *ai*, *ea*, y propendió á suavizarlas haciéndolas diptongos. Por eso la sinéresis, barbarismo prosódico, es tan comun en el habla castellana de México, donde *paraíso* está hecho

trisílabo, *Caín* monosílabo igualmente que *caer*, y *océano* trisílabo, pues la pronunciacion popular los ha silabizado respectivamente *pa-rai-so*, *Cain*, *caer*, *o-cea-no*.

Á la par que se produjeron en la lengua española esos debilitamientos de acento y de diccion, se operó en toda ella un fenómeno semejante, producido en la prosodia general de la frase por medio de una locucion lenta y melosa, y en el elemento final de los vocablos por el uso exagerado de las terminaciones diminutivas. La correspondencia está hecha con notable escrúpulo. Á las desinencias en *ote*, aplicadas por el español á los vocablos indígenas, ha correspondido el indio americano prodigando sobre los vocablos castellaños las desinencias en *ito*. En virtud de tal causa, el lenguaje popular de México abunda en diminuciones..... El agua sagrada del Tepeyac, no es, en ese lenguaje, más que la *agüita*, recogida, no en el *pozo*, sino en el *pocito* y bendecida por la Guadalupe, llamada in-

variablemente la *virgencita.....* Hasta las cosas que por su solemnidad y tristeza, ó por sus grandes proporciones, debieran lógicamente ser expresadas con desinencia aumentativa, se presentan empequeñecidas en esa lengua en que la *noche* es, de ordinario, la *nochecita*, y en que el gran caballo de la estátua de Cárlos IV se presenta siempre bajo el nombre de el *caballito.* No se detiene en los nombres esta manía de disminuir, sino que se extiende viciosamente á otras partes, no susceptibles, en buena gramática, de comportar tales desinencias: *prontito*, *ahorita*, *endenantitos*, son palabras sin las cuales el mexicano se creeria privado de sus mejores medios de expresion. Una idea de superlatividad, de inmediacion y de abundancia es asignada á la forma diminutiva de esas palabras, y para reforzar esa idea se aumentan las sílabas de la desinencia, resultando en ella curiosas reduplicaciones. Nada más comun en México que oir en el más pul-

cro diálogo palabras como *igualitito, todititito*, etc., verdaderos barbarismos, en cuya excusa sólo puede alegarse el genio superviviente de la lengua primitiva del país.

De formacion eminentemente polisintética, es ella, sin duda, una de las lenguas más expresivas del universo. El *nahuatl*, aparte de tener un gran poder de síntesis que le permite expresar en una sola palabra los diversos elementos de una oracion complicada, está dotado de un sistema de partículas (*formas reverenciales, afectuosas, contemptivas*), que sirven peregrinamente para vincular en la expresion las ideas con los afectos. El mexicano de la conquista, lo mismo que el que ahora ha conservado la lengua indígena, no se acomodaba á presentar sus ideas, sino por medio de una de esas formas con cuya intervencion explicaba sus sentimientos mas íntimos hácia las cosas. Cuando los misioneros españoles le hicieron conocer la *oracion dominical*, él la recitaba en su propia

lengua, diciendo, no simplemente *padre nuestro* como nosotros, porque eso hubiera sido frio y pálido para su lenguaje, sino *padre nuestro muy querido*, *muy amado*, *venerabilísimo*, pues todo eso y más necesitaria decir para traducir en toda su fuerza la palabra *totatzine* con que se empieza el *pater noster* mexicano.

Nada de palabras descarnadas, ni de vocablos simples, que sólo se presentan en su desnuda sencillez cuando están como muertos y sepultados en los diccionarios aztecas. Brotan á los labios del indio y parecen salir de ellos coloreados, palpitantes, vivificados por su imaginacion y por sus pasiones..... Tómese un nombre, un verbo de cualquiera de nuestras lenguas *cultas*: no le podrémos aplicar otras modificaciones que las generales y puramente léxicas de género y número, ó de tiempos personas y modos, segun sea nombre ó verbo. Si á su idea principal queremos añadir una modificacion de intensidad ó

de aplicacion ó alguna otra determinada por el elemento subjetivo de la *impresion*, tendrémos que valernos de otras palabras, verdaderos circunloquios, que suplen á la carencia de formas expresivas, al paso que el mexicano (lengua *bárbara*) nos ofrecerá su caudal de enérgicas partículas aglutinantes para responder perfectamente á todas las gradaciones de significacion y matices de idea. ¿ Quereis adjuntar á vuestra idea la de desprecio ? Si vuestra palabra es nombre, añadidle *tontli* ó *ton;* si es verbo *poloa.* ¿ Quereis la modificacion de compasion, de afabilidad, ó por el contrario, de reproche y repulsion para un nombre ? Añadidle, respectivamente, las sílabas *pil* y *pol;* y si en medio, al rumor de esa lengua cuyas palabras juguetean y sonrien, como inventadas por bocas infantiles, quereis que el aliento de la resolucion invencible y la cólera del pecho indignado ardan y retruenen en vuestro discurso, no haréis más que acudir á la reduplicacion

de la sílaba intensiva, tal como *cen.-Xilia, lia, tia, ltia :* con esas partículas agregadas á los verbos, consultando á la eufonía, y con las de *tzintli* y *tzin*, puestas al fin de los nombres, vuestro lenguaje, elevado, solemne y tierno, como arrebatando sus más delicados acentos al himno y á la salmodia, será el lenguaje del casto amor, del trono y del templo : con él hará Xochitl, la doncella azteca de negros cabellos, la confesion secreta y púdica de sus inquietudes de vírgen á su amado que la espera ; con él, bajos los ojos y sentado sobre los talones, pronunciará el agorero su profecía ante Moctezuma y murmurará su oracion la sacerdotisa ante *Cihuacoatl;* y cuando, durante los *nemontemi*, dias aciagos en que se apaga el fuego sagrado, quiera el sacerdote dirigir al *Tloque Nahuaque* (Sér Supremo) su prez más fervorosa, tendrá todavía en el fondo de su tesoro de partículas reverenciales la forma *tzinoa*, sagrada y mágica como el *om* inefable del Oriente.

¡Brillante série de adposiciones, nacidas á la vida del lenguaje humano, todas fluidas y ardientes, al calor de la pasion y al entusiasmo del sentimiento; hilo de perlas caido del seno del Verbo creador sobre la urna sonora y vibrante de las lenguas indianas; ya no con el acento de vuestro viejo imperio, resonais en el suelo de mi patria, ni vuestras armonías apagadas se hacen oir del mundo más que los cráteres mudos del Popopocatepetl y del Ixtlacihuatl!..... Lengua hecha, como la griega, para la filosofía más levantada y el arte más puro y condenada al silencio por la misma ley biológica que hizo á ésta morir y corromporse á los bordes del Eurotas, allá queda oscura y escondida en los pueblecillos indígenas del Anáhuac, y apénas si sus muertas armonías susurran como ecos perdidos en la importada lengua de Cervántes.....

Cuando se escucha en México ese hablar castellano de lánguidas modulaciones, de

articulaciones apagadas y de minuciosos refinamientos de expresion, el atento y tranquilo observador se siente tentado á creer que ha sufrido en su trasborde un agudo laxamiento. Ya no es aquella una lengua épica. Sus sonidos se desvanecerán sin eco en la trompa de Ercilla, y es sor Juana la que puede servirse de ella en sus elucubraciones piadosas y sus místicos deliquios. El amor propio y la vanagloria nacional, heridos por la evidencia de esa especie de rebajamiento que ha experimentado en el suelo de América el idioma más enérgico y viril, se complace, sin embargo, en recordar el terceto de Rioja:

¡ Cuán callada que pasa las montañas
El aura, suspirando mansamente !
¡ Qué gárrula y sonante por las cañas !

y á su recuerdo, se empeña en oir en el castellano de México y Sur América la brisa suave de las montañas, y en el de Castilla los ruidosos ecos del aura gárrula y sonante..... Mejor diria yo que tan her-

moso idioma es en esta tierra clásica de la vieja España el viento que rompe, sonoro, en las peñas abruptas de los montes Cántabros y que se oye rugir por las tardes en los ambulatorios del Escorial; y que allá, en aquel suelo virginal de la Nueva-España, es la ráfaga que susurra en las floridas cresterías de la cordillera americana, y que suavemente gimotea entre las ramas de los *ahuehuetes* de Chapultepec.....

II.

Brotada en forma tan dulce, de los labios del indio, es esa lengua, como ántes dije, la expresion de un fondo de blanda conformacion en su naturaleza moral. Déjanse ver á trechos, á traves de la rudeza de su carácter y de su vida, una sociabilidad y unas costumbres emanadas de la sencillez misma.

Entre los *coras*, tribu serrana del Occidente, es de ver á la india delgada y ga-

llarda, crecer y desarrollarse, en una desnudez de que sólo la preserva la angosta saya, ceñida en torno á la cintura, hasta que, respetada en su virginidad, en medio de la vida libre de las montañas, llega para ella el momento de casarse, y sólo entónces cubre su desnudez, envolviéndose en los anchos pliegues de su *huepilli.*

Esa alianza de la virtud y de las costumbres más puras con un estado social de rudeza y de atraso, es el más bello fenómeno que puede ostentarse en las agrupaciones indígenas de México. Candorosa es en ellas la pasion, sagrado el hogar, el sacrificio una virtud comun y la caridad un deber. La diosa de los amores indios es sonrosada y púdica como una vestal. Yo he seguido paso á paso la historia del amor en ciertos pueblos de México; he visto, primero, al indio, silencioso en sus deseos, como en sus sufrimientos, echarse á cuestas el haz de leña, como pudiera Cupido ponerse á la espalda su carcaj; con esa car-

ga se dirige á la casa de su novia, á quien no ha manifestado su amor más que por ardientes miradas, y llegado delante de la puerta, la arroja en el suelo, retirándose en seguida. Cuando el padre y la madre de la novia se aperciben de que tienen á su puerta un tercio de leña, reunidos en consejo de familia, hacen venir á su hija, que pronuncia el nombre del pretendiente, exponiendo al propio tiempo su buen ó mal deseo de obsequiar la muda peticion de su enamorado. Éste ha quedado, entre tanto, en observacion, á respetuosa distancia de la casa donde se delibera la suerte de su amor. Si el haz de leña permanece todo el dia delante de la puerta sin que haya nadie que salga á recogerlo, es eso la triste señal de que la novia le es negada sin apelacion; pero si los padres de la pretendida, ó ella misma, salen á recoger los leños, introduciéndolos en su casa, el indio puede estar seguro del buen éxito en sus amores..... La solemnidad de los preparativos

corresponde á la importancia que tiene entre los indios el matrimonio. El *hechicero*, brujo, personaje acreditado por su siniestra vida y artes diabólicas, interviene en esa preparacion del matrimonio en algunos pueblos. Con bocanadas de humo arrojadas al rostro del novio, con signos misteriosos y palabras ininteligibles, conjura el hechicero los malos agüeros, y cree asegurar la felicidad del enlace. Verdadera operacion de brujería que apénas subsiste, y sin la cual júzgase que el hogar de los nuevos esposos está expuesto á todos los peligros, que los *zorrillos* y los *tacuachis* entrarán por la noche al corral para comerse á todos los pollos y gallinas; que el *nahual*, bestia fantástica, con cuerpo de tigre, piel de carnero y cara de hombre, penetrará en la cocina, llevándose pegados á sus lanas las *cazuelas* y los *comales*, y que los *coyotes* aullarán toda la noche en torno del xacal.....

Llega el dia de la boda, y á la media noche, cuando está más animado el *jarabe*

cuando las *cantadoras* enronquecidas echan al aire los más tiernos sones de sus *valonas*, y cuando los vasos de pulque y *tepachi* y la botella del *tequila* discurren entre los convidados con más redoblados giros, retíranse los esposos, cerrándose tras ellos la puerta del cuarto nupcial. Todas las miradas fíjanse en esa puerta con ansiedad, contémplanla temblando el padre y la madre de la novia, como si esperasen que ha de salir por ella una sentencia de vida ó de muerte, y al cabo de algunos momentos ábrese para dar paso al novio, que trae en las manos un lienzo cuidadosamente doblado. Es la sábana del lecho nupcial que es desplegada luégo en medio del general silencio, y á su ostentacion prosíguese con más entusiasmo el baile interrumpido, llénanse hasta el borde los vasos vacíos, lloran enternecidos en un rincon de la sala los padres de la novia, y ésta, encendida y radiante más que las *cuentas* de coral que lleva pendientes al cuello, vuel-

ve á ocupar el estrado, donde preside una fiesta de la cual no era primero más que la reina y luégo es la diosa.

¡Sociedades patriarcales, calcadas por hombres evangélicos sobre el tipo de las tribus bíblicas! El egoismo ha alejado de allí hasta su sombra; los esfuerzos individuales no obran sino á condicion de completarse unos á otros; el vecino es hermano del vecino, y los ancianos, con el buen cura y el viejo *hacendado* de las cercanías, son los padres comunes del pueblo. De allí ese cambio constante de fuerzas simpáticas, esa compenetracion de alegrías y de tristezas, esa contextura social parecida á la del emparrado cuyos sarmientos se comunican su sombra, su calor y su sávia..... Para comprenderlo, haciendo abstraccion de los asesinatos provocados por el fanatismo religioso, de los levantamientos suscitados por odios de raza y de las correrías de pillaje, inspiradas por la miseria y favorecidas por el desórden de las revolucio-

nes, hay que ver cómo se constituye en muchos pueblos el patrimonio de los recien casados y la riqueza relativa de los nuevos hogares, por medio de la sola generosidad del vecindario. Éste lleva unos postes para el xacal, aquél el adobe y la piedra, este otro, no teniendo cosa que dar, presta su trabajo para la construccion de la nueva casa ó para levantar la cerca del corral; y los *regalos de boda* proveen al mueble y al semoviente de los recien casados: jarros *de olor*, *cantaritos de Patamba*, el petate cubierto por las tibias *cobijas*, el burrito de carga amarrado á las trancas y el gallo *chinampo* que despertará á los dos esposos al trabajo, cantando al amanecer y sacudiendo las alas en lo más alto del *tejaban*.

Cuando alguno del pueblo cae en cama, enfermo, la *visita* de los vecinos es de rigor; pero no una visita de vano cumplimiento, como aquellas con que tal vez se recrudecen los dolores del paciente en las socieda-

des llamadas cultas, sino una visita de beneficencia que lleva al enfermo el alivio y el socorro. «Está enfermo Fulano», se dice, y cuando la noticia ha corrido de casa en casa, cada vecino se pregunta: «¿Qué le llevaré?» Y las visitas se suceden en torno del lecho del enfermo, dejándole, al despedirse, quién un pollo, que sujeta por un cordel á uno de los soportes del lecho, quién un manojo de hierbas medicinales, unas cajas de cigarrillos ó un puñado de monedas que colocan discretamente debajo del jergon ó de la almohada, preciosos donativos que ayudarán al sustento y á la comodidad del indio en los dias en que no puede tener el jornal del trabajo.....

Suena de repente rumor de tambores y cornetas á la entrada del pueblo. ¡Es la *gente!* (1) A esa voz toda la poblacion se alarma. Las casas se cierran, las mujeres oran de rodillas ante sus estampas de san-

(1) Nombre que usa á menudo el vulgo de México, en vez del de *tropa.*

tos, y los hombres se esconden entre los maizales, ó se retiran á todo correr á los montes vecinos. Poco despues, una *patrulla*, desprendida del grueso de la tropa, pasa por las calles del pueblo solitario, aprehendiendo á los infortunados ó poco diligentes que no se han ocultado bien ó no han tenido tiempo de retirarse. Es eso lo que en México se llama la *leva*, enganche forzado de hombres para el servicio en las filas. Con un *chacó* mal avenido á su cabeza, y un viejo tahalí cruzado sobre el lienzo de su camisa, el indio, arrancado al hogar, es trasformado en soldado, porque en el México revolucionario que acaba de pasar no se ha tenido necesidad de otras cosas para aderezar la carne de la guerra. Llorosa y desesperada, sale la mujer para acompañar á su marido en la peregrinacion militar que se le impone. Atras de ella queda su xacal, sus animalillos familiares, sus padres y parientes, todo abandonado sin remedio, tal vez para siempre. Si tiene un

hijo pequeño, lo toma en sus brazos ó lo cuelga á su espalda, y emprende con él la azarosa marcha de la *galleta* en pos de la tropa, haciendo á pié, diariamente, jornadas de 20 y hasta 30 leguas. Por la noche, en el cuartel ó en el campamento, se une á su marido, para improvisar con él el hogar abandonado y lejano, bajo la techumbre del cielo, al resplandor de las fogatas. En vano la llamarán cerca de sí, con los más dulces requiebros, los demas camaradas del regimiento; porque la india mexicana, á diferencia de la vivandera de otros países, no es la mujer comun del ejército, que pasa de un soldado á otro, como pasa de mano en mano el cucharon del *rancho;* sino que es, por lo comun, la honrada esposa, fiel á su marido, en el campamento como en el pueblo; y cuando el ejército la ve pasar, bien puede ella, la mujer buena, ceñirse su rebozo harapiento como si fuera la clámide que cubre á la virtud inviolable. Fiel, con una fidelidad absoluta que imita á la

adhesion de la sierva, bien puede su marido pegarla y herirla, y bien puede ella rebelarse y reñirle; pero yo he visto á indias, maltratadas furiosamente por su marido, que si álguien interviene en favor de ellas, librándolas de las manos que las torturan, se vuelven encolerizadas contra su defensor, para decirle : —«Déjale..... ¿no ves que es mi marido?.....»

Resuena el último cañonazo, como el trueno prolongado de una tempestad que se aleja, y la bala, dando tumbos, atraviesa por el campo revuelto, deformando aquí el semblante de una cabeza fria, aplastando allá el vientre de un moribundo, y acabando, más allá, de fracturar una tibia herida, todo con cierta negligencia, como si fuese la obrera juguetona encargada de dar una última mano á la obra de la muerte..... Una mujer discurre por el campo al mismo tiempo que la enorme bala..... Esta va á reposar, achatada y fria, junto al inerte pecho de un *galiano;* y en cuanto á aqué-

lla, parece husmear algo entre los montones de muertos y heridos..... De pronto lanza un grito..... «Aquí está», dice, y se tiende llorando sobre un cuerpo muerto..... Me preguntaréis: —¿Se llamaba Josefa, Luisa, Guadalupe?—De ningun modo..... No es una mujer, sino una clase; es la india *soldadera*, la buena *galleta* de México, la esposa del campamento, siempre fiel al marido vivo como al muerto.

EL RANCHERO [1].

El que pergeña estos *recuerdos* estaba en París el 16 de Marzo de 1882, dia en que, á la luz de un sol primaveral, que rompió bruscamente las nieblas de la víspera, como para iluminar el regocijo de la inmensa metrópoli, se celebraba la gran mascarada popular de la *Mi-Carême.* Discurriendo por los *boulevards* entre el apiñado gentío, oye de repente á su espalda una voz que dice: *¡C'est un mexicain!.....* *¡Un mexicain!* repone otra, y luégo repiten lo mismo otras

(1) En España esta palabra sirve exclusivamente para designar al cocinero de los cuarteles, como derivada de *rancho,* nombre de la comida entre los soldados; pero en México se la aplica al hombre del campo que no es indio, y más especialmente á los peones de *á caballo* en las haciendas y *ranchos,* nombre este último de los lugarcillos más humildes que no tienen calles ni templo, sino que se componen solamente de chozas agrupadas en desórden.

muchas voces en coro..... Vuélvese espantado, llegando á creer, en la irreflexion del primer momento, que se trata de él mismo; pero tranquilízase luégo, al reconocer que el objeto de tales exclamaciones no es sino un enmascarado que pasa á poca distancia, vestido con chaquetilla de pana negra y calzon del mismo género y color, abierto lateralmente, á la altura de la rodilla, y ensanchado desde allí hasta terminar, campanudo y flotante, sobre una especie de zapatillas chinescas, forradas en lienzo amarillo y provistas de puntas corvas y agudas. Un ancho liston de raso carmesí adornaba todas las partes del disfraz sirviendo de franja en el calzon, bordeando todo alrededor el filete de la chaquetilla y ciñendo la copa de un ancho fieltro, sobre cuyas alas sobresalian, colgando hácia atras, las dos puntas del liston. Algunos cascabeles, esparcidos profusamente desde los piés á la cabeza, completaban el traje del enmascarado del boulevard.

Á un tipo forrado y empavesado con tales arreos es á lo que llaman *un mexicano* los habitantes de la capital del mundo. En vano ha sido que Janet-Lange presentára en la Exposicion universal de 69 su gran cuadro del guerrillero en México; en vano, tambien, que poco más de 20.000 franceses hayan vuelto vivos de la tierra de Juarez para dar testimonio de nuestros trajes nacionales.....

Así es como no sólo en París, sino en general, en toda Europa, se representa degenerado y grotesco á uno de nuestros tipos más airosos y bizarros. Porque el enmascarado aquel no queria ser ni significaba á los ojos del parisiense más que el *ranchero* de México, tan lamentablemente convertido en una figura bufa, toda listoneada y cascabelada, con el sombrero de un cardenal y los zapatos de escarpin.

México tiene su ranchero, como tiene la Arcadia sus pastores y el desierto africano sus jinetes númidas. La Naturaleza elabo-

ra para cada país sus caractéres humanos y va destacándolos en su fondo segun las necesidades y progresos de su historia, como el autor dramático va presentando los personajes en la escena, segun lo requiere el desarrollo del argumento. El indio es en la tierra del Anáhuac lo que era el personaje *protático* en el drama griego. Llega allí, en los albores de la vida nacional, obrero de la primera hora, apegándose al monte, rico en árboles frutales, ó á las fértiles orillas del lago, abundoso en peces, y restringe su vida y su trabajo al pedazo de tierra tocado en lote, ó al punto del lago donde ha enraizado el terruño flotante de su *chinampa*..... Cuando la ola arrolladora de la conquista rompe en las playas del golfo mexicano, ya no es ese trabajador indio, inclinado de contínuo sobre el surco y espiando fijamente la germinacion del grano de maíz entre los mogotes, el único que pide aquella naturaleza, entrada en un nuevo período de vida. La tierra se remue-

ve y se anima al calor de una nueva vegetacion y á las pisadas de los animales de Europa, y en medio de un suelo vírgen, que parece estallar en una explosion de verdura cuando siente por primera vez en sus entrañas los granos del trigo y de la aluvia, al relinchar de los potrillos en las majadas y al rumor del ganado que muge de placer en el seno de un mundo que sonrie, como debió sonreir en las primeras mañanas de la creacion, surge allí la *hacienda* mexicana, ideada por el aventurero español en la hora de la cosecha más abundante, institucion campestre donde todo es grande y vasto, desde la huerta hasta las trojes, donde los murallones coronados de troneras, el campanario que resuena para llamar á la *raya* de los sábados y á la misa de los domingos, y las filas de espaciosas salas donde hallarian cómodo alojamiento las familias de una colonia, le hacen parecer á la vez fortaleza, templo y palacio, respondiendo en su formacion complexa

al triple carácter de la España aventurera del siglo XVI, guerrera, religiosa y caballeresca, con la actualidad del sentimiento cristiano y la prestigiada tradicion de los castillos feudales.

Como para animar el fondo de esa decoracion española, y como para servir á esa nueva faz de una naturaleza cuyas campiñas se pueblan de manadas de caballos, y cuyos montes, no turbados ántes más que por los aullidos del *coyotl*, resuenan de repente con los bramidos del fogoso animal, hijo del que escarva el polvo de las riberas del Jarama, sale el *ranchero* como sale en las Pampas el *gaucho* y en Colombia el *llanero*, trabajadores de la tierra en el mismo sentido de lucha y de esfuerzo en que lo son sobre otro palenque los trabajadores del mar.

Para las luchas del Océano nació el marino, y para ese otro Océano que encrespa sus montañas y sus ondas de vegetacion salvaje en el suelo de la América, tenian

que nacer hombres así constituidos, complexiones férreas, armadas contra la extension y la aspereza de la tierra con un gran poder de equitacion que les permite estar dia y noche sobre el dorso del caballo. En este suelo de Europa, con las exíguas proporciones de sus propiedades rurales, la Naturaleza empequeñecida y estrechamente acotada, no presta escena para aquellos actores, ni áun en las dehesas de Andalucía; el pastor y el yegüero que cuidan en los prados el hato de ovejas ó caballos son, respecto á ellos, lo que son el marinerito de agua dulce y el patron costanero respecto á los grandes marinos cuyas correrías por el mar se contienen dentro de los opuestos límites del Océano.....

¡Con qué fuerza se ligan en el recuerdo ciertas figuras al paisaje que les sirve de fondo natural! Yo no puedo acordarme de aquellos bosques de liquidámbares, de aquellas llanuras cortadas á trechos por los *mezquitales* y los cuadros de *huizaches* en-

trelazados, sin representarme sus horizontes azules animados por la figura del ranchero que cruza la llanura tendido sobre el cuello de su caballo á escape, *remolineando* la soguilla, con el brazo levantado para lanzarla sobre el animal que se encabrita y forcejea al sentirse encadenado á la silla del jinete. De raza española ó mestiza, jamas indígena puro (porque el indio parece haber conservado para el caballo el temor y la extrañeza que hácia él lo animáran cuando le vió por vez primera en los dias de la conquista), el ranchero tiene en sí al torero de España, sin lo que éste tiene del *flamenco* y la *chulería* de Madrid.

La coleta ha huido de aquella cabeza enmarañada, la chaquetilla alamareada y el pantalon ajustadamente ceñido á las piernas y las caderas han sido sustituidos en él por la holgada chaqueta de gamuza y la pantalonera abierta, que deja ver debajo de la rodilla el cuero y las correas de la *bota vaquera*. La hoja sombreadora de la

palma, bajada del árbol para ser entretejida en forma de ancha ala, corona la figura de aquel rey de los campos: es su sombrero y su escudo, algo como una especie de yelmo encantado, sin el cual, como Don Quijote sin su bacía, no acertaria á ponerse en accion..... Relucen los hilos dorados de su *toquilla*, ajustada en torno de la copa; agítanse sobre ella las *grampas* de plata, y el sombrero todo entra en un loco movimiento: se levanta sobre la frente, se abate hasta las cejas, baja de la cabeza á la mano y hasta suele caer de allí, loca veleta que responde con sus movimientos á las atropelladas palpitaciones del corazon en su pecho enardecido. Cuando se lo *arrisca*, palabra que emplean en México para designar la accion de echarse hácia atras con el brazo la parte anterior del ala, es que ha llegado el momento de lanzarse, lazo en mano, sobre el cuadrúpedo; si éste es toro y embiste, el sombrero bajará á la mano para azotar á guisa de capote el testuz del

animal; y si cae, despedido intencionalmente hácia el suelo, es que se trata de otra muy diversa empresa, porque el ranchero no arroja el sombrero sino para hacer una muda, pero enérgica, declaracion de amor, poniéndolo á los piés de la *trigueña* de sus pensamientos....

II.

Pero más que el ancho *jarano*, el coleto de gamuza, la calzonera botoneada y las rodajas de las espuelas, armadas de grandes puntas que giran, es indispensable al ranchero de México el caballo cargado de jaeces, con el *tapojo* bordado, de una á otra oreja, los flecos de la *mantilla* acariciando su vientre, y el *vaquerillo* de piel de cabra colgando hácia atras sobre las ancas.

Allí, en la tierra donde hace tres siglos y medio no se conocia un solo caballo, donde los primitivos moradores se espantaban ante los jinetes españoles, conside-

rándolos animados por la vida fabulosa del centauro, y en donde Axayacatl y sus guerreros, despues de una batalla en que lograron apoderarse de uno de los caballos de Cortés, le dividieron por el cuello, y ensartando en la punta de un asta su cabeza sangrienta, la pasearon en són de triunfo por las calles de Tlaxcala, y en calidad de trozo capital arrancado al cuerpo de un monstruo celeste, la sacrificaron solemnemente en su *teocalli*, allí mismo es donde la raza caballar, extendida de uno á otro extremo del país, se ha multiplicado en grandes manadas, muchas de las cuales vagan sin dueño por los desiertos del Norte, y en donde el caballo de montar y el arte de su educacion y de su gobierno se presentan en condiciones de suprema excelencia.

Si con un procedimiento tomado á algunas ciencias, se me antojase deducir el valor y las cualidades del caballo mexicano, emplearia una fórmula, y para esta-

blecerla me valdria de una proporcion, no aritmética ni geométrica, sino de un género particular, de que ni Newton tuvo conocimiento. Sería el primer término una dama, compatriota de tan célebre matemático, alta, tiesa y delgada, un poco vaporosa como Ofelia, un poco rígida y aviesa como lady Macbeth, para que contuviera en sí los puntos extremos del tipo femenino inglés, y en todo semejante á esas viajeras que he visto en Biarritz, envueltas en un mal ajustado redingot, golondrinas emigradas de las playas británicas, en busca de rayos tibios y ráfagas de primavera. El segundo término lo formarian una tapatía ó jalapeña de esas que parecen balancearse al andar, como si la pequeñez de su pié se negase á prestarles un sólido punto de apoyo, recogidas en su talle y ondulantes en sus contornos, tipo tan opuesto á la rígida esbeltez de la inglesa, como de tan cerca emparentado con la gracia de la andaluza y la ardiente mo-

vilidad de la almea africana. Un caballo inglés de grande alzada y enorme cuello, de ijares sumidos y patas de galgo, sería el tercer término de esa proporcion, que enunciada en términos de escuela daria: «la lady inglesa es á la mexicana de Jalapa ó Jalisco, como el caballo inglés es al término que se busca.» Yo no sé si las leyes de las cantidades pueden ser aplicables á los seres vivientes y á sus cualidades, porque en ese caso, multiplicando el caballo inglés por la mujer mexicana, y dividiendo el producto por la lady inglesa, habriamos despejado la incógnita ó el incógnito. Pero sea lo que fuere, el sentimiento instintivo de la proporcionalidad, tan verídico respecto de la naturaleza viviente como las leyes algebráicas respecto de las cantidades abstractas, llévame á ver en el cuarto término de la proporcion al caballo mexicano, acordonado, pequeño y vivo, armonioso en sus formas y lleno en sus movimientos de gracia y de brío inteligente.

Todo cuanto ese bruto ha perdido en alzada respecto de los caballos de Europa, lo ha ganado en instinto y en fuerza de flexibilidad bajo la direccion del hombre. El caballo europeo, considerado como agente locomotivo, es una máquina descompuesta. La brida y el freno obran sobre su boca como obrarian sobre las ruedas en movimiento un freno de vehículo unido á una *vis* de gastados engranes, y cuando se le quiere hacer volver ó detenerse, el animal no responde sino tardía y torpemente á la accion que le solicita. El caballo mexicano, por el contrario, lanzado á carrera abierta, se detendrá ó se volverá allí donde el jinete ha tirado de la rienda en un sentido ó en otro. Por eso nos causan lástima esas cabalgaduras inglesas, africanas, normandas, cuando, en una funcion de *sport*, las vemos seguir avanzando mucho más allá de la línea designada como término de la carrera, á pesar de los esfuerzos que reduplica el jockey para dete-

nerlas. Reemplazadlas en la arena del hipódromo con el caballito mexicano de seis cuartas, y sustituid al *jockey* con el ranchero, el *jarocho* ó el lazador *pinto* de las haciendas del Sur de México, y veréis que cuando el caballo ha estampado sus dos cascos delanteros sobre la meta, echa la cabeza hácia atras, atraido irresistiblemente, retrocede un largo trecho sobre sus patas traseras, y luégo, girando sobre ellas, hace un cuarto de conversion, con las delanteras levantadas en corveta, como para terminar su carrera con el donaire de un corredor victorioso.

Es á eso á lo que se le llama en México *sentar al caballo*, porque el animal, en ese movimiento de recule, llega casi á posar sobre el suelo sus dos cuartos traseros; y en ningun tiempo se ha visto mejor esa sensibilidad de *boca* del caballo mexicano, á la cual contribuye en buena parte la magnífica disposicion del freno, que, en la época de la invasion napoleónica, cuando

la defensa nacional, privada de ejércitos, se reconcentró en las montañas y encrucijadas, bajo la suprema forma de guerrillas. La escena pasaba entre los *cazadores de África*, que llegaban triunfantes de la guerra de Argelia, y algunos de aquellos montañeses de Michoacan que, como los de Astúrias en España, no llegaron jamas á deponer la espada de la revolucion libertadora: el cazador, montado en su gran caballo, partia sobre el guerrillero, que lo dejaba venir sin moverse, y cuando la distancia entre ellos llegaba á acortarse demasiado, el guerrillero, moviéndose rápidamente de un lado á otro, gracias á la excelente vivacidad de su montura, esquivaba el bulto á su adversario, como pudiera hacerlo un capeador con el toro: pasaba el frances azotando el aire con sus mandobles, en tanto que el guerrillero, quedado hácia atras, *sentaba* su caballo, haciéndole retroceder hasta alcanzar con su lanza al cazador que, sin defensa alguna

por no poder contener á su cabalgadura, caia atravesado por la espalda. Así morian, heridos casi siempre por los omóplatos, los soldados de caballería de ese ejército frances, Goliat, en aquel tiempo, de los combates. Y era que el guerrillero mexicano tenía algo semejante á la honda de David, en la excelencia de su caballo y su maestría para regirlo.

Es aquel el país clásico del jinete, como España es el del torero. Bien puede allí el hombre no saber leer ni escribir, sin que esto (se entiende que para el pueblo de los ranchos y haciendas) arguya en su contra más que una falta excusable; pero si no sabe montar con aplomo y gallardía y mover diestramente el caballo, es algo como un sér cubierto de ignominia, á quien llaman «infeliz» ó «desgraciado.» Deseoso de sustraerse á tales epítetos, apénas cuenta en México algun tiempo de permanencia el inmigrante extranjero, español, frances, aleman, el de raza y costumbres más

opuestas á las nuestras, cuando se le ve cubrirse con el sombrero de ancha ala, terciarse el zarape, que le deja sacar libre un brazo por la abierta bocamanga, y cabalgar al uso de aquella escuela, creada entre los relinchos de la manada salvaje, al saltar sobre las piedras derribadas del portillo abierto en la cerca y al perseguir al toro *matrero* á traves del apretado huizachal, donde se tiene que asirle por el rabo (colearle) y pasándole bajo la pierna, hacer caer al animal por medio de una violenta sacudida.

III.

Hay en medio de esa vida del campo en México un momento de animacion, de movimiento y ruido, en que parece que todo un grupo de haciendas cercanas se conmueve y despierta de su paz profunda al anuncio de una gran fiesta comun. Resuena en los valles el sonido agudo del cuer-

no del ranchero, semejante al de las trompas de caza, llevando en sus ecos voces de alerta á monteros y veladores, que se levantan sobresaltados; corren las yeguadas en los potreros al escuchar de léjos las pisadas sonoras de los lazadores que se aproximan en tropel; inquiétanse las toradas en los montes, cuando al fulgor de la luminaria encendida en la cumbre se miran cercadas por los jinetes que agitan en alto las lazadas de sus reatas, y de una en otra estancia corren las cuadrillas de peones, como debieron correr en más santa y memorable ocasion aquellos pastores de la Judea que difundian la primera buena nueva. Todo eso, las voces agudas de los cuernos, las luminarias en los cerros y los peones que corren esparciendo la animacion por donde pasan, llevan á todos los puntos de la comarca esta especie de convocatoria salida de una de las haciendas agrupadas: *¡Al rodeo!*

El «¡eh! ¡á la plaza!» de los coche-

ros en los dias de corrida no produce sensacion más ardiente en los oidos españoles que el que causa ese grito de «¡ al rodeo !» en los rancheros de México ; y es que los rodeos no tienen lugar todos los domingos, como las corridas de Madrid, sino una vez por año en cada hacienda. Es en los meses de Setiembre á Diciembre, á la retirada de las *aguas* (estacion de las lluvias), en los dias en que las vacas entran en celo, cuando se hacen los rodeos, para sustraerlas al poder del *toro padre*, que de otra manera ejerceria sobre ellos su dominio de sultan, con perjuicio de los toros *no padres* y de la reproduccion de la especie.

Se ha *echado* ya *la realada*, operacion preparatoria, que consiste en reunir el ganado esparcido. Preciso ha sido que algunos dias con sus noches hayan bregado los vaqueros en valles y montañas para atraerlo al sitio del rodeo..... Luce la aurora del dia prefijado, y en el inmenso cor-

ral, distribuidas en sus compartimientos por clases y edades, braman, cocean y se revuelven las numerosas ganaderías que se ofrecen á la vista como un mar movible de astas, envuelto en el vago vapor formado por el hálito de tantas bocas mugientes. Apiñada está la muchedumbre de curiosos bajo los tendidos levantados en toda la extension de la cerca con ramajes y frazadas; distínguese en medio de ellos y en el centro del corral el tablado erigido para el amo y su familia, el capellan, el mayordomo y otros principales de la hacienda; á un lado están los músicos templando sus arpas y sus guitarras; junto á ellos las cantadoras, con sus rollizas gargantas adornadas de sartas de corales, ensayan sus primeros *cantidos* para saludar al dia que amanece, y cerca de allí, hácia la parte exterior del corral, el enjambre de cocineras y galopinas preparan el fuego metiendo los tizones entre las secas boñigas apiladas, ordenan en círculo las vastas ca-

zuelas y las ollas de henchido vientre, y rompen con los cucharones la blanca nata del atole.....

Dase la señal de que comienza el rodeo con algunas docenas de cohetes lanzados al viento; instálase en el estrado el patron y su comitiva entre los sones de la diana, y luégo la cuadrilla de vaqueros, entre los cuales figuran los más afamados lazadores del contorno, con sus mejores pencos y más vistosos arreos, penetran caracoleando en el corral hasta detenerse en su centro. Cesan en tal momento los sones de la música, declárase el silencio y la compostura entre los grupos de curiosos, descúbrense las cabezas todos los vaqueros, y de aquellos labios que poco despues deben resonar con las más salvajes interjecciones dirigidas al bruto rebelde, salen entónces las notas graves y pausadas de un canto religioso. Es el *Alabado*, salmodia melancólica de los campesinos de México, compuesta de algunas cortas estrofas y anti-estrofas,

partes que recitan alternativamente, cantando los *caporales* las primeras y contestando los vaqueros con las segundas; plegaria solemne como la del marino que se aleja de la tierra, á fuer de nacidas las dos del mismo triste presentimiento de una muerte próxima que el uno entreve bajo las olas y el otro bajo el peso, quizá, de su propio caballo.

Con el *amen Jesus* del *Alabado* renace el bullicio y la algazara dentro y fuera del corral; dividida en grupos, la vaquerada se dispersa con bello desórden: aquí van alineados de cuatro en cuatro los corredores con sus garrochas; allí los lazadores desprenden de los *tientos* las sogas enroscadas; bájanse allá de sus caballos algunos *manganeros*, y corren los encargados del *fierro* á disponer las marcas sobre las áscuas..... Lo que pasa poco despues en la revuelta arena del corral no seré yo quien intente representarlo, siquiera sea con pálidos colores, á los ojos de un europeo. El

que ni tan sólo ha soñado, al recorrer los campos de este viejo mundo, con aquellos cortijos del mundo nuevo, que tiene cada uno de por sí hasta 2.000 y 3.000 cabezas de ganado, ese hombre no puede suministrar en su imaginacion á la pluma descriptiva más que una falsa base para levantar sobre ella la representacion gráfica de esos grandes certámenes de la fuerza, la agilidad y la audacia de jinetes sin par, entregados una vez en el año á ejecutar en abierto redondel, como en despejado palenque, lo que están haciendo todos los dias entre los vericuetos de las llanuras pantanosas y los breñales de las montañas.

Espléndida y valiente cosa es, á la verdad, una corrida española, y entre las corridas de todos los países hispánicos es ella, y sobre todo en Madrid, algo grande y clásico, como las tragedias de Eschylo y Shakespeare entre todas las tragedias. Importaríame, sin embargo, para el efecto de

dar un brochazo, ya que no un cuadro descriptivo, despojarla de lo que tiene de ordenado, correcto y, por decirlo así, *elegante*; quitarle su *presidencia* á la derecha del palco real, sus alguaciles vestidos y encapillados como Felipe II, sus toreros con traje de figurin, trabajando técnicamente, si se me permite la expresion, á la manera con que marchan y mueven sus armas los soldados en un simulacro, obedeciendo siempre á prácticas estrictas de toreo y á lo que manda el presidente á voz de clarin.....

Hecho esto, figuraos, no una corrida, sino diez, veinte ó treinta, verificadas á una sola hora y en un mismo punto; que el redondel se ensancha en una inmensa elipse, acotada por una cerca de piedra que limita el paso y deja tenderse, libres, á las miradas; que la cuadrilla se multiplica hasta componerse de cien ó más hombres, y que la funcion de unas horas se prolonga por algunos dias, hasta que to-

das las cabezas de ganado quedan reconocidas, los becerros herrados y las vacas cubiertas.

Representáos luego que se animan todos los puntos de la escena, que el corral se convierte en un campo de tumulto como el patio de aquella famosa venta manchega, y que así como D. Quijote peroraba por un lado á sus gigantes, D. Fernando y Cardenio molian por otro á los cuadrilleros, D. Luis hacía llover, cerca de allí, puñetazos sobre sus criados, y no distantes, los arrieros derribaban y golpeaban á Sancho el asendereado, así tambien dos grupos de jinetes se lanzan en veloz carrera por uno y otro *lienzo* hasta dejarla en el apartado; un hábil *pialero* hace en otro punto azotar sobre la arena el cuerpo de un toro aprisionado por las patas traseras; cien lazos se tienden aquí y allí moviéndose en apretada madeja; *amarra* allá un lazador revolviendo la soga en la *cabeza* de la silla, en tanto que la de otro cruje y

rechina al esfuerzo del animal, que obra sobre ella con violenta tension; tiende uno el zarape para capear á un toro *alzado; colea* éste á un animal á quien no puede derribar la mangana, y todo pasa entre los gritos de júbilo, de ira y de aliento, y entre los bramidos de los animales tumbados, al sentir en su piel la presion candente de la *marca.*

Llega el mediodia, y todos se acercan al sitio donde humea el fogon de la improvisada cocina: circulan de una en otra mano los platos de *mole*, viértense los vinos nacionales de las abiertas barricas, y lo que era primero el bregar tumultuoso del hombre con el bruto, se convierte al cabo de una hora en un festin al aire libre, digno de ser presidido por un Anacreonte que se adurmiera sobre las pencas de maguei, al arrullo armonioso de los violines de Contla. Rompe el *jarabe* en su cascada de notas juguetonas, se levanta un charro

á ocupar la *tarima* del baile, haciendo resonar los botones de su calzonera, y á una invitacion de él, hecha desde léjos con un grito ó un puro ademan, sale la *rancherita* á bailar, recogiéndose por delante con ambas manos los pliegues de sus enaguas coloradas, al tiempo que en torno de ellos una doble fila de jinetes acompaña el baile, haciendo *raspar* sus caballos. Vuelve la aurora del dia siguiente, y con ella vuelve la vaquerada á agitarse en el corral, y vuelve al mediodia el festin, la jarana y la raspa hasta que lazadores y danzantes, rendidos á la fatiga del dia que muere, se retiran al rancho ó se tienden allí mismo á dormir al pié de la cerca, bajo el cielo estrellado y al rumor del ganado que en su inmensa multitud muge dormitando en la arena del corral.....

Fiebre prolongada de una lucha salvaje, sencilla orgía sin tirsos ni guirnaldas deshojadas trasladada al redondel de una in-

mensa plaza que tiene por palcos los horizontes y por gradería las montañas, periódica explosion de vida y de alegría en medio de los campos solitarios : tal es la fiesta del ranchero, el popular *rodeo* de la patria lejana.

EL LÉPERO.

I.

En los pueblos de la moderna Europa, con la densidad más ó ménos intensa de la poblacion, con la multiplicidad de vías férreas, el estrechamiento de las distancias y la consiguiente aproximacion entre los hombres de córte y de cortijo, cada vez se van borrando más los linderos que han separado estas dos clases: los hombres de la ciudad y los del campo. Sin salir de España, se observa que la fabulilla *El Raton campesino y el urbano* va perdiendo las oportunidades de aplicacion humana que le diera su autor; y sin salir de esta ciudad se ve que todos los dias acuden á ella,

lo mismo yegüeros de Andalucía que pastores de la Rioja, y todos se confunden luégo, salvas levísimas separaciones de estilo y de traje, con la masa de la poblacion cortesana; asisten á los teatros, visitan los cafés, *boulevardean* por la espléndida calle de Alcalá, etc.; y apénas si los sombreros peludos y las polainas de los manchegos, como en París las cofias blancas de las normandas, hacen pensar al observador que todavía pueden ser cosas reales «el campanario de la aldea» y «el pelo de la dehesa».

Otra cosa pasa en la América española, donde la escasa actividad de las comunicaciones, el esparcimiento de una poblacion pequeñísima, en relacion con lo extenso del territorio, y otras concausas de historia y de complexion social, contribuyen para que existan y se conserven muy marcadas diferencias entre las gentes, segun los lugares que habitan. En México (aunque no sea sino para no salir de España y

trasladarme solamente de la Vieja á la Nueva), el hombre del *pueblo*, el del *rancho* y la *hacienda* y el de la ciudad, son tres fracciones nacionales irreductibles en el sentido de sus centros de vida y de sus costumbres, hasta en tanto que puedan ser reducidas al comun denominador de un ulterior progreso. El pueblo da el indio y la hacienda da el ranchero. Y digo que los *da*, como pudiera decir que la tierra de Toledo *da* los albaricoques, porque parece que cada uno arraiga respectivamente en el pueblo y la hacienda como una planta en los terrones donde brota.

El indio es quien posee en más alto grado esa fuerza de adhesion. Bien puede llegar á su pueblo el hambre y la peste: en tésis general, no emigrará, aunque, como á los braceros de Andalucía, le paguen el viaje, y esperará tranquilamente que la miseria ó el *matlazahuatl* le abra su fosa junto á su cuna. Un poco más movible el ranchero, puede trasladarse de una á otra ha-

cienda en busca de trabajo; pero, so pena de morirse de inaccion y de tristeza, no vivirá en el pueblo ni en la ciudad. Esos son los hombres del campo; la ciudad mexicana (1) tiene tambien el suyo: el *lépero*... Pero, á la vez, la ciudad es para los tres el centro comun de union, siquiera sea ésta accidental y pasajera y se parezca á la del agua y del aceite. De aquí el aspecto abigarrado de las ciudades de mi patria, cuyas calles presentan un cuadro rico en figuras y contrastes: el indio que va á vender los productos de su tierra ó de su industria, marchando ordinariamente por el empedrado; el ranchero (que cuando va á la ciudad dice que *baja á ella*), *caracoleando* su caballo en medio de la calle, y el lépero, satisfecho de su ciudadanía, codeándose en la acera con damas y caballeros.

---

(1) En el nombre de ciudad comprendo tambien la villa, y en el de *pueblo* lo que se llama solamente pueblo de indios; todo para no cansar al lector con clasificaciones fastidiosas en el texto.

¿Por qué se ha de ver siempre la trilogia en el fondo de tantos análisis? Todo el pueblo de mi patria está allí, en esos tres hombres. El gremio agrícola, secular é invariable; el templo pintarrajeado, bajo y sombrío, con sus ángeles vestidos de bailarinas indias; el barro negro y viscoso que se unta en la piel y penetra en los poros del moldeador, y los paredones de adobes desnudos, estrechados para formar el recinto de un hogar oscuro y frio como el seno de una cripta, dan forma al primero; el monte y sus breñas, la inmensa llanura pantanosa, el apretado huizachal, el bruto salvaje, el sol caldeante, las bravas tempestades, el clima de los bajíos que hace *pintos* á los hombres, ha modelado al segundo; y, por último, el tercero es el hijo del barrio, en la ciudad mexicana blanca y nueva, de calles rectas y claras no ofuscadas por las casas laterales poco elevadas, con sus techos planos, libres de las caperuzas de los tejados, cuya ausencia le hace

parecer una ciudad de eterna fiesta, zagala endomingada que haya tirado á lo léjos la cofia negra y roja que llevan prendida sus compañeras de Europa; ciudad andaluza por sus huertas perfumadas, á cuyos bardales asoman los naranjos sus ramos de azahar, y ciudad oriental por las innumerables cúpulas de sus templos con sus torrecillas de formas caprichosas que la pueblan de contínuo con el alegre y sonoro murmullo de las *esquilas*..... (1) Gradacion de caractéres que se enlazan y se completan como las notas en una sinfonía: el indio es la nota grave, el ranchero la nota alta, y el lépero la sobreaguda; el primero es el *rictus*, el segundo la carcajada, el tercero la risa.

---

(1) Nombre que se da en México á las campanas giratorias que hay en todas las torres de los templos y que se distinguen por la pieza de madera, de forma caprichosa, que llevan en su parte superior.

II.

De aquéllos he hablado anteriormente; ahora me queda el último..... Como sucede con todas las cosas, la palabra se ha gastado, y áun envilecido, con el uso, porque la de *lépero* ha llegado á tener en México una significacion despreciativa, equivalente á la de «miserable», cosa que ve con tristeza el filólogo que desearia ver á ese término despojado de su sello infamante, para aplicarlo sin remordimiento, en su calidad de nombre nuevo nacido misteriosamente en una colonia española, á un hombre tambien nuevo y que no se parece á los de su clase en Europa: el humilde obrero mexicano. No sé por qué se hayan de envilecer los nombres que se distribuyen entre los hombres, consultando á distintivos de traje, el cual, por más tosco que sea, puede abrigar pechos honrados. El traje del

lépero, *lepérito* ó *pelado*, casi primitivo por su simplicidad, no se compone más que de calzones y camisa, prendas que se acompañan á veces con la *frazada*, abrigo de lana en que el lépero se envuelve como en un *plaid*. El *guarache* es su ordinario, el zapato es su lujo; su sombrero puede ser de *zoyate*, y áun de fieltro, y en ambos casos es una obra hidráulica, porque su forma ha sido arreglada con el pensamiento puesto en el agua del cielo; el paraguas fuera en sus manos un arma tan sobrenatural como un *chassepot* en las de un combatiente de flecha y arco; y convenia, por lo mismo, abrir un cauce de salida para el agua, que quedaria estancada en la ámplia y corva ala del sombrero. El lépero se lo *agacha* por delante y se lo *arrisca* por detras, y queda resuelto el problema; porque el agua desprendida desde la parte posterior del ala, desembocará, por ambos flancos, en la anterior, de donde caerá hilo á hilo como de una abierta espita.

Me he detenido en hacer notar esa forma del sombrero, porque, aunque dispuesta con tan sencillo objeto, ha determinado un rasgo típico en la figura del lépero. El sombrero *gacho* le reviste de algo que se parece á lo que en España llaman *aire de chulo*, y en México no es sino *aire de maldito*. Lo *chulo* de España, que consiste en imitar la gracia andaluza, particularmente la de Sevilla, tiene su correspondiente en lo *maldito* de México, que consiste en imitar la gracia jalisciense (1), particularmente la *tapatía*, denominacion provinciana comprensiva de todo lo que pertenece á la ciudad de Guadalajara. Son dos hijos gemelos que nacieron tomando el uno al otro por el talon, como Esaú y Jacob. Lo uno y lo otro convienen en cierto *dejo* negligente no exento de aplomo en los ademanes y en el habla; mas discrepan en que *lo chulo* andaluz

(1) De Jalisco, uno de los más importantes Estados de la República mexicana, y cuya capital es Guadalajara, ciudad que, despues de México, es la más grande y hermosa del país.

es algo zalamero que afecta condiciones de superioridad hácia los demas, pero con tendencias á la propia pulcritud y elegancia, miéntras que lo *maldito* tapatío fia su gracia y su menosprecio hácia los demas en el propio desaliño, en su inobservancia de los caprichos del lujo y las extravagancias de la moda.

El chulo es álguien que parece decir: «Mirad, señores; son gruesos los brillantes de mi pechera y lustrosa la tela que estrechando mis caderas hace ver su gallardo contorno: soy guapo; tambien suelo ser bravo delante del toro y de vosotros, y si quereis que os provoque, dejadme echarme á la faz mi rico embozo de astrakan.» El maldito dice otra cosa: «Yo no tengo nada, y supongo ménos que cualquiera de ustedes, los *catrines;* aquí me teneis sin nada más que mis *trapitos* (vestido); sólo que mi calzon no lo cambio por vuestros *trabucos* (pantalones), y prefiero mi *pucha* (sombrero) á vuestros *vasines* (sombrero

de copa). Ya veréis despues de esto, si quereis reñir conmigo, que aunque no soy tan bravo como vosotros, y aunque cargueis *chispa* (rewolver), quizá no me falte manera de quitarme un *fierrazo* (balazo) de los vuestros, para daros despues una *metidita* (puñalada) de las mias.»

III.

Ese es el lépero (porque por lo general, con más ó ménos frecuencia, *la da de maldito*). Ántes he dicho que es la *risa;* pero una risa singular entre todas las risas del mundo. Desde luégo, no es la horaciana, ni la de Juvenal, ni ninguna risa clásica; ni la de Mefistófeles, ni ninguna risa romántica; más pertenece á la risa estoica de Diógenes desde su tonel, con la diferencia de que el lépero no pediria á Alejandro que se hiciese á un lado para no privarle

del sol, sino que se burlaria de él porque se lo quitaba.

El sarcasmo, un sarcasmo acre y punzante sale de sus labios, plegados en eterna muequecilla; se desprende de sus vestidos miserables, se revela en su andar callandito, y quisiéramos decir oblícuo, y emana de su sombrero gacho y su *frazadita*, por entre los cuales ve al mundo como el diplomático ve al adversario por sobre sus anteojos. Y tengo para mí, que no en vano ha dotado Dios de una gran fuerza mordente al espíritu del lépero, como no inútilmente ha dado á la abeja su aguijon, sino para que aquél defienda su patria como ésta su colmena. Contra la poderosa legion romana tuvo el Asia la flecha del partho, y así tambien contra la invasion codiciosa de la América inglesa y de la Europa tenian que surgir en los pueblos relativamente inermes de la América española supremos elementos de defensa extraidos de su debilidad misma. Nunca se

ha ostentado la historia humana como historia de corderos, y nunca se ha visto que el que preside á ella entregue á los pueblos atados de manos. El carro del conquistador puede pasar y seguir adelante, quizá para cumplimiento de planes divinos, pero no será sin que se agiten los miembros triturados, sin que haya manos convulsas que arrojen piedras ó bocas que lancen su espumarajo, y cuando el carro alcance la meta llevará fracturados los rádios de sus ruedas é irá salpicado el siniestro auriga de sangre y de lodo..... El lépero ha sido uno de los principales agentes de defensa nacional en México: el indio hizo la revolucion de independencia contra España; el ranchero la hizo contra Francia; el lépero hizo la una y la otra. El primero combatió en pelotones, con hondas; el segundo en guerrillas, con *lazos* y *machetes;* el tercero, en las calles de las ciudades principalmente, con esta arma de niños: la sátira.

Era siempre él, era, al ménos, su espíritu que penetra en México hasta en las clases más elevadas y se esparce aún en los escritos de los literatos, el que en la segunda década del siglo alentaba la insurreccion con gracejadas, el que acosaba á los vireyes con pasquines inmundos, el que ejercia los oficios de la actual prensa revolucionaria por medio del letrero escandaloso grababo con tis en el muro de la calle, el que á un regimiento de realistas que llevaba por lema en su bandera «vencer ó morir», le dedicaba, con ocasion de un encuentro desgraciado, una inscripcion callejera que decia: «ni vencieron ni murieron; ¿pues qué se hicieron? que corrieron»; y era tambien él quien en la jura de Fernando VII, dirigida en México, cuando vacilaba el trono de ese rey, por un *alférez real* que tenía la particularidad de ser cojo, fijaba en las esquinas un pasquincillo que decia :

Señor alférez real de la pata seca,
El que jura con duda, ¿qué tanto peca?.....

Leperusca, y nada más, era la campaña satírica que con tanto vigor se emprendió contra la intervencion francesa y el Imperio de Maximiliano. Aquella lista de pensamientos epigramáticos contra el ejército invasor y la córte extranjera que presenta el poeta Zorrilla en sus *Comentarios* acerca de México, lista chispeante y llena de ingenio que le hacía exclamar: «México es la ciudad de más talento», no era más que la espuma de aquella ola salada que los léperos habian de hacer crecer y subir hasta que arrastrára, arrolladora, un trono infortunado. El chiste, cosquilloso y zumbon, brotaba del fandango (baile plebeyo) del barrio, al borde del mostrador de la *pulquería*, entre los frescos de sus muros poblados de Silenos y bacantes que bailan en campos cerrados por horizontes de magueyes; salia de la boca del lépero, mal articulado, como es-

cupido por el colmillo, al calor de las libaciones de las *medidas* (1), y luégo se esparcia por calles y plazas, subia al periodiquillo chocarrero, entraba con él en los hogares, y luégo la nacion toda se echaba á reir con una risa en que se sentia estremecerse hasta la muerte el prestigio de un ejército y la majestad de un imperio.

Aquella brillante tradicion de victorias que existia en favor del soldado frances en la década de 60, empezó á vacilar en México al impulso de uno de esos chistes..... Sucedió lo que ya otro ha referido, que en el lugar de una refriega quedaban tendidas sobre el campo algunas parejas de muertos, compuestas de un soldado frances y otro mexicano atravesados mutuamente por la bayoneta del contrario. Hasta aquí no habia más que uno de tantos azares de combate; pero el dia en que

(1) *Una medida de pulque:* así se llama cierta porcion de este licor, ó tambien *tragos*, *traguitos*.

la filosofía leperusca exclamó: «¡ miren qué *mancuernitas !*», desde ese dia el pueblo tuvo una palabra, especie de fórmula alegre, con que establecer en su espíritu cierta confianza en la igualdad de sus soldados con los extranjeros, confianza que el lépero tuvo cuidado de acrecentar, soplándole una copla, que todavía se canta en México:

Colorado, colorado,
Colorado de una vez,
Como la sangre que corre
Cuando matan un frances.

Difícil sería compilar en un cuadro armónico las mil piezas de esa especie de inmensa *jacarandina* mexicana que se enlaza con la historia del país, integra el carácter nacional, invade el diálogo familiar y se desparrama, á veces, en la literatura, en el libro, en el periódico; excrescencias del *caló* más picaresco que haya brotado en la lengua española, y que envuelve y se enreda á toda la vida social de México, semejante á esa vegetacion

viciosa de las *lianas* de América, prodigioso parásito que propaga sus festones por todos los árboles de un bosque. El escritor no acierta á recoger en las canteras, donde se hallan estratificados, esos pedruscos deformes que chispean el oro del ingenio, pero que llevan fuertemente adherida una capa de lodo que ensuciaria el papel. Se puede dar existencia literaria á los cantares españoles, salidos del seno de este pueblo dotado por los árabes, como ningun otro, de un gran sentimiento del metro y de la rima, y poseedor natural de la lengua castellana en su más limpia tersura; pero es difícil hacer lo mismo con ese centon de coplillas irregulares, de motes, de dicharachos que componen el caudal de ingenio derrochado por el lépero.....

Es frecuentemente una sola palabra, un apodo, una frase, el molde en que vacia su profundo epigrama. Contra el extranjero entrometido que hostiliza al país hospitalario que le acoge, discurre este vocablo

que parece una excecracion: *gringo;* contra la simpática cuanto infortunada emperatriz de México no tuvo más que un epíteto que encerraba la burla, pero bajo el velo delicado de la advocacion de maternidad: *mamá Carlota;* y contra un doctor, Meroil-Yock, que se presentó en México como poseedor de maravillosas panaceas y que resultó no ser otra cosa que un charlatan sacamuelas, suscitó un nombre abrumador que no es más que la corrupcion ingeniosa del suyo propio, y esto sin negarle el doctorado, pues le llamó: *el doctor Merolico.*

IV.

Pero llega una vez en que el lépero se transfigura..... Ha pasado la época crítica, el cetro enemigo, la espada invasora, lo injusto disfrazado bajo cualquier forma, lo ridículo encarnado en cualquier hombre, y entónces el lépero parece despedirse de sí

mismo. Ya no es la risa, sino la sonrisa; es Triboulet que deja la chistera cascabelada y se retira enternecido y melancólico á la casa de Blanca. Entónces se revela en él la fibra oculta; el lirismo brota de cada una de sus palpitaciones, y el lépero se hace trovador; suspira en la *valona*, lánguida y lenta como la *malagueña;* sonrie en las coplas del *jarabe*, alegre y ligero como la *guajira*, pero más rápido y vivo, como que está hecho para resonar al par del más nutrido zapateado, para acompasar el movimiento febril de los piés de la incansable *leperita*, y para acompañar al bregar de los jinetes y al pataleo de sus caballos, que cerca de la tarima del baile baten y escarban la arena en el tumulto de la *raspa*.

¡Cantares de mi patria, dulces y queridos como la balada arrulladora de los primeros sueños: sois flores delicadas y no tengo más que algunas de vuestras hojas secas; sois perfumes, y no tengo más que pedazos de vuestra ánfora! Se puede tras-

ladar en la emigracion la letra muerta; pero el ritmo se queda allá, porque hay algo que se parece al alma del canto ; y la de esos cantares vaga sin salida dentro de los horizontes mexicanos : son la sal de mi tierra y la luz de mi cielo; sólo pueden conservar su armonía, allá, bajo la tupida enredadera del *chayotal*, en las callejuelas sombreadas por el abanico de los papayos, alternando con el gorjeo balbutiente del *tildío* que salta entre las mazorcas apiñadas, y al callado susurro del *chipi-chipi* (1) que hace exhalar al barro húmedo los mil aromas escondidos en aquella tierra virginal.....

Atropellado, lleno de bruscas transiciones, el cantar del lépero es la obra ilógica del sentimiento; pero de un sentimiento convertido siempre hácia la Naturaleza, áun en medio de la agitacion de las pasio-

---

(1) Lluvia menuda y sostenida, que es llamada tambien *lluvia gilotera*, porque hace prosperar los *gilotes* (mazorcas nacientes) en la sementera de maíz.

nes. Canta el amor, y no lo hace sin recordar el puente y el rio y la arena que arrastra el arroyo en su carrera :

Si pasares por el puente
No bebas agua del rio,
Ni dejes amor pendiente
Como *dejastes* el mio.

Eres arenita de oro,
Te lleva el rio, te lleva el rio !.....
¡ Asi se lo irá llevando
Tu amor al mio, tu amor al mio !.....

Más propia del lépero es la copla de amor maliciosa :

Estando en San Juan Capire
Me dijo una capireña :
Si me ve con mi marido
No me haga ninguna seña;

ó zumbona :

¡ Mal hayan tus ojos *chinos*
Y tu modo de mirar ;
Que para decir que *nones*
No es preciso regañar !

ó retrechera :

Tiene mi niña un mirar
Tan *ansina*, tan aquel.....
Que hasta me hace rabiar
Y escalofria mi piel.....

De aquí ha salido el *romancillo mexicano* que Guillermo Prieto, un viejo poeta de México, que todavía vive, ha manejado magistralmente; romancillo que es lo más nacional que se tiene en la literatura de mi patria, á pesar de que no haya dado ninguna muestra de él una *Lira Mexicana* que apareció en Madrid años atras; romance de género contrapuesto al heroico y caballeresco de Zorrilla; flúido y tierno, como el de Villegas; dulce y delicado, como el de Melendez; pero de otra particular formacion por el bizarro esmalte que le presta el expresivo argot de los léperos.

Sólo uno del citado poeta he podido tener á la mano, y gustoso lo aprovecho para cerrar este artículo:

«UNA LAVANDERA RACIONAL (1).

Venía la muchacha
Al sol reverberante
Del lavadero hermoso,

---

(1) Quizá no es de los mejores, y sin duda de los más incorrectos del mismo autor, pero no inserto otros porque

Buscando con afanes
El camino cubierto
De los tupidos sauces:
El rebozo pendiendo
Del cuello con desgaire,
Caidas las dos puntas
Con garbo sobre el talle,
Y en sus torneadas manos,
Como con triunfo, trae
La batea provista
De ropa que, enroscándose,
Entre brillante espuma
Lleva para *asoliarse ;*
En su dura fatiga
Su pecho se ve hinchándose
Con el carmin teñido
De su ferviente sangre,
La frente sudorosa,
La mirada anhelante,
Y las hebras dispersas
Del pelo de azabache
Atrevidas volando
Sobre el bello semblante.
Oculto la acechaba
El rey de sus galanes,
Indino, enamorado,
Valiente, *chinacate*,
Que sin meter papeles,
Ni andarse en nimiedades,
Esperaba paciente
Aprovechar un lance.
La vió tan ocupada
Con la carga adelante,

---

no me lo ha permitido la apatía ó cualquiera otra cualidad de algunos paisanos residentes en la capital de la República, á quienes se los he mandado á pedir inútilmente.

Tan sin poder moverse,
Que dijo: ¡ con mil sanes!
¡Yo siempre me le arriesgo
Tope en lo que topare!
Y sin chistar palabra
Como del cielo cae.....
Y llueven tales besos,
Y fué tan redoblante
El retronar sus labios,
En idem de corales,
Que la chica, aturdida,
No consigió escaparse,
Hasta que, ella llorosa
Y él alegre y triunfante,
No sé de qué manera,
Celebraron las paces.....
Las muchachas gazmoñas
Le riñen con coraje,
Pero ella les responde,
De rabia al desmayarse :
«Pues qué, ¿tirar la ropa
»No era delito grande?.....
»La buena lavandera
»Debe tener aguante,
»No siempre hay soles buenos,
»No siempre es bueno el *aigre*,
»Más vale sufrir esto
»Que trabajar *denvalde*.»

LA INTERVENCION EUROPEA EN MÉXICO

Y EL FUSILAMIENTO DE MAXIMILIANO.

I.

Excepcion hecha de los habitantes de los Estados-Unidos, pueblo cuya brillante situacion y espléndido progreso irradian por el orbe á traves de las brumas de uno y otro Océano, el americano que llega á este viejo mundo siente, al pisar la playa de Europa, que aquella patria que en su alma está envuelta en la luz de perennes recuerdos, yace en el alma del europeo circuida por las sombras de ideas incompletas y de noticias vagas y tergiversadas sobre nuestras cosas y nuestros hombres. ¿Cómo es que la familia humana puede todavía tener miembros oscuros? ¿Cómo

es que en el centro del saber y de la vida universal reina todavía algo semejante á la concepcion de Homero sobre nuestro planeta, y que en virtud de ello se juzgue á la Europa como una especie de reluciente disco, más allá del cual sólo pueden verse las sombras que la míope geografía de los antiguos veia desplegarse tras del promontorio de Calpe?.....

Hay, sin embargo, en la vida de esa América ignorada un acontecimiento que se escapa á la oscuridad de la escena donde se realiza, y que echado al teatro, al libro, al periódico, á la conversacion, se comenta, y corre por Europa, objeto del debate de las opiniones y de la lucha de los sentimientos, como todos los grandes dramas, patético para todas las almas, popular para todos los países, legendario para todas las literaturas, como si más que un hecho actualizado en una década del siglo y localizado en un punto de la América, fuese un episodio de eterna trascen-

dencia en la historia y de influencia universal en la humanidad.

Desconócense los nombres de los gobernantes que imperan á orillas del Tololotlan, del Amazonas ó del Rio de la Plata; ignórase la posicion que ha guardado Buenos Aires respecto á las Provincias Unidas; faltan nociones y atencion para apercibirse del carácter, el orígen y tendencias de los movimientos belicosos de las repúblicas del Sur, y olvídase, ó no se sabe, lo que ha sido Rosas en la república Argentina y Carrera en Guatemala; pero todos tienen conocimiento de la tentativa de un imperio extranjero en México y del fusilamiento de Maximiliano en Querétaro. Para que entre la muchedumbre de episodios, de revoluciones y catástrofes que erizan por todas partes la faz de los pueblos latinos de América, formados tumultuariamente, á la manera con que se forman esas islas que surgen en el Océano en virtud de la accion volcánica del fuego central; para que entre

ellos, digo, culmine y descuelle ese acontecimiento á tan grande elevacion que no hay ojos que no lo vean, ni oidos que no hayan percibido el fragor que produjo, preciso es que sea como una de esas columnas miliarias, como uno de esos faros alzados sobre rocas donde se estrellan y retumban las olas, y que el hecho haya sido suscitado por Dios para advertir algo á los pueblos y á los poderes que pasan, así como la columna y el faro han sido levantados por el hombre para advertir saludablemente al caminante de la tierra ó del mar.

La verdadera posteridad no se ha hecho todavía para las figuras de ese drama nacional, y la Historia, esa diosa tranquila y pensadora que no sólo narra, sino que tambien juzga, no ha podido aún cobijarle bajo su clámide. Y es que tan memorable acontecimiento áun está animado por el calor de la pasion, y drama tan terrible tiene un sexto acto en que personajes no envueltos por la catástrofe final se agitan en

el fondo de la escena desierta, declaman, lloran, amenazan; figuras de segunda y cuarta fila, que vierten las notas del sentimiento en conmocion, sobre el protagonista caido, á la manera con que lo hacian los coros en la melopea de los griegos. Silencioso está el Cerro de las Campanas, apagados los ecos de aquella detonacion de la fusilería republicana que resonó por todos los ámbitos del mundo, y frio el cadáver del ajusticiado de Querétaro bajo las bóvedas del panteon de las Capuchinas de Viena; pero la desgarradora carcajada de una princesa loca turba el silencio del patíbulo y la paz de la urna mortuoria; los Lorenas y los Hapsburgos hacen soplar sobre la bandera de México un aliento de maldicion, como si les pareciese que su rojo color está hecho recientemente con la sangre de su familia, y desconciértase la serenidad del pensamiento que contempla hácia atras el trágico suceso, cuando en el seno de Europa oye pronunciar, como ex-

presion de una creencia vulgar, una palabra como ésta : *¡Asesinato!*

II.

¿Y por qué no abordar de frente lo que parece un concepto hecho entre cierta clase de espíritus? Se habla en Europa del fusilamiento de Maximiliano como de una ejecucion de encrucijada, y yo he oido á tribunales de café y de mesa redonda, pronunciarse casi unánimemente contra el voto de una voz aislada que atribuia á ese hecho la consideracion de una de esas grandes vindicaciones emanadas de un verdadero juicio de Dios y producidas en favor del equilibrio histórico y de la suprema equidad.

Ya que se remueve un cadáver para vituperar á una revolucion que llevaba en sus banderas los nombres de República y de Patria, ¿por qué no traer al fondo de la cuestion el recuerdo de todos sus muertos,

para que el proceso histórico que de ella se haga sea justo y completo?..... No era nueva en México esa revolucion de libertad interior y exterior. Provenia de allá, desde los principios del siglo, cuando los primeros movimientos de emancipacion colonial empezaron á derivarse de la América inglesa por toda la extension de la española. Era la misma idea de reforma liberal y de desligamiento de Europa la que bullia en el fondo de las revoluciones de 1810 y de 1860, é idéntico espíritu debia animar los cerebros de Hidalgo y de Juarez, cuando el primero declaraba la abolicion de la esclavitud y el desestancamiento del tabaco en Nueva-España, y el segundo decretaba la independencia de la Iglesia y del Estado, y operaba el desestancamiento de la propiedad nacional por medio de las leyes de reforma.

Paralela á los movimientos libertadores del Norte y del Sur de América, la revoucion de México tiene desde sus princi-

pios un carácter especial que la hace destacarse con formas extraordinarias en el cuadro histórico de la independencia americana. Grande es el grupo de héroes batalladores que figuran en cuadro tan glorioso. De un lado está Washington y del otro Bolívar, figuras de primera magnitud que, con las frentes envueltas en los resplandores de aurora de la libertad que nace, se tienden la mano desde los montes Rocky hasta las cumbres de los Andes. Detras de ellos, siempre iluminados por los mismos fulgores, están los auxiliares, los héroes de segunda hora; con Washington, Ethan Allen, Putnam, Kosciusko, Lafayette; y con Bolívar, Paez, San Martin, Sucre, Cochrane; y en el centro del cuadro, como se ve al vasto territorio del antiguo México en el centro del mapa del continente, están los campeones de la independencia mexicana: Allende, Aldama, Morelos, Iturbide, Guerrero, Mina, sobre quienes se levanta á la altura de Washington y de

Bolívar la figura de Hidalgo, el padre de la revolucion.

Pero notad de cuán diversa suerte los grupos laterales y el del centro han terminado en la Historia su heróica jornada. Mirad cómo Washington fallece tranquilamente en la brillante oscuridad de Cincinnato, en su retiro de Mount-Vernon; observad cómo Allen muere tambien en la paz del hogar, á pesar de haber sido hecho prisionero por los ingleses; cómo Kosciusko, despues de consumada la independencia americana, puede ir á ofrecer su vida en aras de la libertad de Polonia, su primera patria, y cómo Lafayette puede volver con vida á Francia para hacer pesar su espada en la balanza oscilante del pueblo y del trono..... Y á la otra parte, mirad: Bolívar, muriendo en San Pedro sin otra herida en el corazon que la ingratitud de sus conciudadanos; Paez y Morillo, San Martin, ese Washington del Sur, lord Cochrane, todos, acabando su vida naturalmente, hundién-

dose sin violencia, despues de su lucha libertadora, en una nube de gloria que no tiene sino muy rara vez el color de sangre que manchó el lecho de muerte del general Sucre.

No es así como han muerto los héroes mexicanos ni es tan tranquilamente como sus figuras se retiran de la escena en el drama de la libertad. Todos ellos, con muy raras excepciones, bajan á la tumba por el cadalso. Casi no hay un nombre en esa historia de medio siglo de nuestra revolucion patriótica y liberal, que no evoque el recuerdo de una ejecucion cruel, verificada en virtud de un juicio sumarísimo; de fusilamientos en *detall* y en peloton que parecen asesinatos y de asesinatos encubiertos bajo la calificacion de represalias de guerra.

No ha sido Hidalgo el primer impulsor del movimiento de emancipacion de 1810, sino á precio de que con su fusilamiento en Chihuahua fuera el primero que abriera la

marcha á esa larga cadena de ejecutados; siguen inmediatamente los que con él ostentaron sus cabezas cortadas en los ángulos de Granaditas ; sigue Morelos, fusilado; fusilado Antonio Torres, con una argolla al cuello ; derribado Mina de su veloz caballo de batalla con el cuerpo acribillado de balazos y botes de lanza; y como si el patíbulo, no satisfecho, extendiese sus brazos para apoderarse de otras grandes víctimas, más allá de los términos de la lucha por la primera independencia, mueren todavía, ejecutados violentamente, Iturbide y Guerrero..... Despues, en la segunda época de este movimiento de libertad, verificado en el sentido de *Reforma* de las instituciones del pasado, vese proseguir la triste serie de los sacrificados : Ocampo, el apóstol de la Reforma; Comonfort, Degollado, Arteaga, todos caen al mismo embate traidor y fratricida, y Juarez sólo se escapa á la misma suerte, como por un milagro verificado en el momento en que ya

los ejecutores dirigian contra su pecho las bocas de sus fusiles amartillados.

¡Mirad si no sudan sangre las páginas de esa historia, sólo comparable con la de aquella gran revolucion francesa que devoraba á sus hijos! El escritor frances que ha supuesto la existencia de un *fantasma de las Tullerías*, ocupado en lanzar al destierro á cuantos monarcas habitaron ese palacio desde su fundacion, tendria que suponer tambien un *fantasma del Anahuac*, mucho más cruel y sombrío, afaenado desde principios del siglo en fatigar al cadalso, entregándole los campeones de cuantos movimientos se han verificado allí en favor de la patria y del pueblo. ¡No ha habido piedad para ellos! «Volvemos de la lucha de América», pudieron decir lord Cochrane y Lafayette; pero Mina no pudo decirlo: ejemplo de que de las luchas de México los combatientes extranjeros tenian que volver *sobre el escudo*. Paréceme, al compararlas con las otras luchas de Amé-

rica, no ménos gloriosas, asistir, ante el recuerdo de éstas, á la representacion de uno de esos dramas de capa y espada, en que abundan las cuchilladas y escasean los muertos, para contemplar despues, bajo la memoria de aquéllas, una pieza dramática de grandes efectos, en que los personajes, envueltos por la catástrofe, van cayendo exánimes en la escena, heridos casi todos al filo del estoque trágico.

Y es á ese *aceldama*, campo sangriento segado por la muerte; es á ese suelo de México, sobre que se ha desarrollado tan fúnebre leyenda, á donde va un hombre de Europa, que se llama Maximiliano, y se hace sobrenombrar sencillamente: *Emperador*.

Y el hombre muere con el mismo género de muerte que todos nuestros héroes. Sólo que cuando éstos sucumbieron, apénas si se oyera el gemido de una viuda ó de un huérfano, ó se percibiera el duelo silencioso de una causa sagrada, y cuando muere

aquél, sobran los gemidos, cúbrese de luto una causa de ambicion, estremécese Europa, el poeta Zorrilla escribe el *Drama del alma*, y muchas bocas gritan : *¡ Asesinato!.....* ¡ Y es que éste era *príncipe* y aquéllos no eran más que hombres!

¿Quién ha sido el *ajusticiado* y quién el *asesinado?* ¿El príncipe ó los hombres?.....

III.

Cuando la Historia corre el telon tras de que se oculta el pasado, sucede más de una vez que, descubierta la escena hasta más allá de los bastidores, venise pasar los hechos cual si fuesen las jornadas de una comedia; comedia ramplona tal vez, en que los primeros papeles ni siquiera se casan al fin, sino que acaban por sentirse desbalijados, en su traje, de sus oropeles y sus púrpuras, y despojados, en su alma, de la dudosa pureza de sus anhelos y de sus convicciones; revélase la burda trama en toda

su pobre urdimbre, y van dejándose descubrir tras de las máscaras rotas las verdaderas expresiones de los rostros, y tras de los nombres hipócritas y las ampulosas *razones de Estado*, la pequeña realidad de los móviles, de los medios y de los fines.

Comedia ha habido en todas las guerras de invasion en que se ha querido hacer valer un derecho ó la satisfaccion de un ultraje para legitimar una empresa de pillaje territorial; comedia han resultado las erecciones de dictadura, en virtud de un aparato de sufragio nacional; comedia ha venido á parecer lo del 2 de Diciembre en Francia, y omitiendo enunciar todos los términos de esa serie cómica del presente siglo, basta hojear las revelaciones documentadas que arroja la crítica histórica, basta percibir la luz que se desprende entre las grietas de un imperio arruinado, para que en las reclamaciones que originaron la intervencion napoleónica en México, y en los fundamentos que sirvieron

para erigir allí un trono franco-austriaco, no pueda verse más que comedia, pura comedia.

En ella no hay pueblo que pueda cargar con lo odioso de la accion, y todo lo áspero del nudo está vinculado en algunos hombres. Napoleon III tiene un papel más ingrato que el de aquel acreedor de la parábola que extrangula á su deudor porque no puede pagarle. México dice: «Yo te reconozco todas esas deudas cuestionables, y te las pagaré como te he pagado la picardihuela de los bonos Jecker; pero espera á que tenga paz, y no me prives de hacerla, apoderándote de los ingresos de mis aduanas». España dice: «Déjale, Bonaparte, ya pagará», y se retira. Lo mismo dice y hace Inglaterra; pero Napoleon sigue acogotando al paciente..... Estados-Unidos habla entónces, y es para decir: «Déjale, hombre; yo, la gran República, te garantizo el pago; ¿quieres recibirlo inmediatamente?»..... Pero el hombre no es-

cucha nada, y despues de haber derribado en el suelo á aquel pueblo sin armas, le pone al pecho todas las bayonetas de un ejército..... Y aquí empieza la comedia: el tercer Bonaparte queria tierra, mucha tierra, lo mismo que su tio, el grande, y en vez de declararlo francamente, como aquél, se pone á gritar: «¡Deudas, civilizacion, expansion de la raza latina en América, en competencia con el esparcimiento de la raza anglo-sajona!»

Despues de un prólogo como ése, sale Maximiliano á la vida del escándalo. Era, sin duda, uno de esos hombres superiores á su propia casta Real, en quienes lo que hay de esplendor de cuna y otros brillos de convencion, se siente ofuscado por lo que hay en ellos de natural y de humano. Dotado de grandes cualidades; el talento, el espíritu de estudio y de progreso, el ímpetu generoso, el valor caballeresco, se desearia haberle visto, más como hombre que como príncipe, llegar á México á la

manera con que llegó Byron á Grecia, Garibaldi á la América del Sur y despues á Francia, y como han ido á las naciones en lucha todos esos grandes emigrados que no han llevado á un país que no es el suyo otro título de intervencion que la piedad para los débiles, el socorro para los vencidos, el sentimiento que arrastra á los héroes en favor de los pueblos caidos que luchan por el suelo en que nacieron ; sentimiento muy noble y muy humano que reune á todos los hombres en torno de la misma causa universal del derecho ultrajado, y en virtud del cual el combatiente extranjero se hace hermano del pueblo oprimido, que no sucumbirá sino señalándole y diciendo á su patria como el Crucificado á María: «Madre, hé ahí á tu hijo.»

Todo en Maximiliano le impulsaba á desempeñar uno de esos grandes papeles. De sus viajes por la Grecia monumental y de su gobierno en Lombardo-Veneto

habia sacado, de aquéllos, el sentimiento; de éste, la escuela de la libertad; y las luchas del mar, donde sirvió como almirante de la marina austriaca, le habian dado el espíritu batallador que convierte el sentimiento en pasion, y lleva de la escuela donde se ensayó el principio á la arena donde se libra por su causa un combate mortal. Para la monarquía era un apóstata de su raza; para la democracia italiana casi un hermano; para la germánica, un jefe probable. Para su familia era la cabeza loca de la casa Real..... Se le escuchaba, y salian de su boca expresiones ardientes y avanzadas, dignas de un orador de extrema izquierda, como las que pronunció en un discurso en Liverpool; se le veia, y en sus ojos azules, donde parecian dormitar las miradas húmedas de las *Willis* del Norte, se adivinaba esta gran fuerza del alma: el sueño..... Soñaba, y debia soñar en grande, como poeta regio: sentarse en un trono de América y gobernar allí tranquila-

mente á diez millones de hombres, era bien poca cosa. Ascender á la mesa del Anáhuac, en una jornada más gloriosa que la de Hernan Cortés; gritar desde lo alto de la Sierra Madre hácia los cuatro puntos: «¡Pueblos, á mí! ¡Blancos é indios, raza nueva y raza antigua, todos á mí!..... Yo, el descendiente de Cárlos V, aquel emperador que conquistó vuestra tierra y enervó los brazos de vuestros abuelos por la servidumbre; yo quiero cortar con mi espada vuestras ligaduras y restituiros vuestra tierra hecha presa del extranjero..... Patria hollada, democracia abatida, venid á mí, contra la reaccion traidora, contra Napoleon, contra Francia»; atravesar, primero por entre el humo negro de una batalla; luégo, entre el blanco humo despedido por el incienso de una inmensa ovacion; no un partido, no una fraccion política, sino los millones de hombres de todo un pueblo aclamándole héroe, libertador, padre; las mujeres arrojándose

á los piés de su caballo de batalla, en el arranque de su entusiasmo; los niños ensayando sus gargantas, llenas todavía de vagidos, para pronunciar su nombre con el de su patria; y luégo, cuando empezasen á palidecer los millares de luces de la fiesta, cuando cesasen las salvas de los cañones y enmudeciesen las *esquilas* echadas á vuelo en todos los santuarios de las ciudades y de las aldeas, alejarse del sitio de su triunfo é ir á perderse allá, en el apoteósis de una leyenda de gloria que el pueblo nuevo y el pueblo futuro del Anáhuac recitarian de rodillas, como recitaba el antiguo la leyenda del gran Quetzalcoatl..... algo como esto era lo que debia soñar aquel hombre.

Así lo comprendian, sin duda, aquellos renegados mexicanos que andaban por Europa pidiendo para México un príncipe por amor de Dios. Todos pensaban en aquel archiduque, envuelto ya en una atmósfera de popularidad y de prestigio; pero ningu-

no se decidia á abordarle. La fama de sus tendencias liberales era, para ellos, un mal precedente; así es que rondaban en torno de él, como los agoreros egipcios debian revolverse en torno de la Esfinge cuando presentian una terrible respuesta. Ya casi abandonaban la idea de valerse de él y pensaban dirigirse á otra grandeza cualquiera: el Duque de Módena, por ejemplo. Parece que temian, y con razon, que ante la propuesta de su intervencion personal en los asuntos de México, les contestase: «¿Qué hay en ese vuestro país? Yo no sé sino que de una parte está el ejército de Napoleon y de la otra un Gobierno republicano perseguido y errante. ¡Y bien! Aunque ese Gobierno sea un puñado de hombres, y aunque el general Forey les llame *bandidos*, nombre que daba tambien el general ruso Morawiew á los patriotas polacos, ¿hay entre vosotros álguien que me proponga oponerme á este impulso del corazon que, en caso de admitir participio en

la lucha de México, me llevaria del lado donde está el puñado de hombres que defienden el suelo propio y proclaman la República, y no del lado opuesto, en que un ejército extranjero invade el suelo ajeno y proclama el Imperio?»

IV.

¿Por qué fatalidad no fué esa la respuesta de Maximiliano á la oferta de una corona, ni fué aquel su sueño de ambicion, ni en el momento supremo en que tenía que resolver el destino de un pueblo y su propio destino, pudo ostentarse tal como se lo forjaria nuestro deseo, sino que se le vió, falseando la complexion de su carácter y traicionando sus ideas y sus impulsos, disponerse á aceptar un trono para ascender al cual, cuantos escalones subiera eran los que tenía que bajar en el terreno de las consideraciones humanas, ante la conciencia universal y ante la mirada de la His-

toria?..... Obró el príncipe y no el hombre..... El hombre era Maximiliano, soñador á orillas del Eurotas y demócrata al borde del Adriático; pero el príncipe era el archiduque quebrado de Miramar. El palacio de este nombre, su residencia favorita, hipotecado en favor de acreedores ávidos que, con los piés en los dinteles, esperaban la hora de lanzarle de allí como deudor insolvente; sus otros bienes perdidos ó gravados; las arcas de su hermano, el emperador de Austria, presunto recurso de salvacion, cerradas implacablemente para él..... todo esto no era, en verdad, un asunto de misterio ni de hablilla. Jules Fabre habia hecho resonar en plena Cámara francesa los ecos de esa bancarrota privada, que desde entónces se hizo tan pública como el negocio de la intervencion, y al resplandor de esa luz, bien puede ahora la crítica histórica descender hasta el fondo del hecho y sorprender allí la verdad seca, libre de envolturas y de carnaciones.

Cuando el miedo á la escasez, los millones que se van, el techo artesonado que hay que dejar, los lacayos que se despiden murmurando porque no se les paga, los carruajes próximos á cambiar el blason de sus portezuelas; cuando todo eso, digo, inspira á uno de esos hombres que no respiran bien sino en una atmósfera de lujo, cargada de fragmentos de oro volador y saturada de perfumes fabricados, entónces no hay que contar con el gran fondo de elevacion de su carácter, ni pensar que haya de estremecerse una sola de sus fibras á la impresion del sentimiento generoso..... Son las Marion y las Margarita en el momento en que, sintiendo que su amor puro, su santo afecto del alma, perjudica y no alcanza á favorecer sus hábitos de opulencia, dejan al amante querido y pobre que las espiritualiza y regenera, para echarse en brazos del amante despreciado y rico, de quien no esperan más que una noche de sórdida orgía.

Si la razon del oro era la *vis*, la fuerza oculta que movia á la figura principal de aquel imperio improvisado, esa *vis* no puede resultar, en último análisis, ser otra cosa que una *vis cómica*..... Por eso, al principio de este asunto, hemos hablado de comedia. Lo cómico llamó á lo cómico. Napoleon III, el hombre de los 7.500.000 votos, no podia producir otra cosa que un emperador convocado por el pueblo mexicano, representado en las personas de 231 notables.

¿Puede, en los tiempos que corren, haber algun hombre que crea sinceramente que un pueblo lo llama, para entregarse en su poder y ser regido por él imperialmente? Cuando es dudosa la verdadera mayoría de los sufragios que elevaron á un hombre de gran popularidad, al poder supremo de su propia patria, ¿puede darse un alma que crea de buena fe que un pueblo que no es el suyo, reniega de sí mismo, de sus hombres, de las notabilidades vi-

vientes de su historia, de su política, de su ciencia, para decir á álguien que no conoce ni es posible que conozca más que por alguna hazaña suelta y un nombre más ó ménos sonoro, para decirle, parodiando al poeta Becker: «¡Oh vén, vén, tú!»

Amadeo de Saboya lo creyó de España, y Maximiliano creyó lo mismo de México. Pero el primero pareció justificar con la confianza esa creencia, presentándose solo y sin armas en medio del pueblo español. Maximiliano hace otra cosa: empieza por dudar diciendo: «Pero ¿es cierto que me llaman?» y en vez de comprobar la convocatoria, ejerciendo una escrupulosa inquisitiva electoral en el seno del pueblo á quien se atribuye, resuelve solemnemente consultar, segun ha dicho él mismo, á *algunos jurisconsultos*. Y los *jurisconsultos* no hicieron ni podian hacer más que una operacion de aritmética elemental. Leer nombres y nombres en un legajo de actas y actas, y añadir que en aquellas actas po-

dian contenerse hasta cinco ó seis millones de nombres con sus apellidos, y que siendo la poblacion de México de unos ocho ó nueve millones de hombres, Maximiliano resultaba convocado por la mayoría de la nacion. La respuesta, como se ve, evacuaba la consulta..... Sólo faltaria saber si los millones de nombres correspondian á seres tan reales como los 231 notables; pero esa no era tarea de jurisprudencia..... Doce millones de duros, casi el doble de los votos, fueron para Maximiliano las primicias de una operacion fraguada á la vez en las Tullerías y en la Bolsa de París; el pabellon, ornado con el nopal y el águila aztecas, ondeó sobre Miramar, palacio amenazado en la víspera por los tribunales con los sellos del secuestro, y entre las junturas de aquella quiebra inminente, arraigó el raquítico arbusto del imperio extranjero en México.

La fe, esa fuerza celeste, era el gran argumento, el punto de apoyo, casi la poesía que invocaba el nuevo Emperador para

afirmar su empresa y engalanarla; y esa fe en ser el llamado, el verdadero elegido de un pueblo, se desmentia desde el primer momento en su alma, y como salia á la superficie de la empresa la turbia capa de una ruina temida, así brotaban al rostro del nuevo Emperador los lívidos colores de la desconfianza. Á Francia le decia: «Deja en México tu ejército», y á semejanza de los niños que en un sitio á oscuras no quieren que se aleje su única compañía, le decia á Napoleon: «No te separes de mí hasta que yo te lo diga»; enganchaba soldados en Austria y en Bélgica, y como si no le bastase toda esa guardia territorial y palatina, reclamaba todavía la garantía de todas las potencias de Europa en favor de la estabilidad de su trono.

Así es como iba á su pueblo ese Mesías armado. Se le recibia con palmas compradas, que no bajaban del árbol á la vía triunfal, sino merced al dinero de las cajas municipales de todo el tránsito; la gen-

te que lo aclamaba queria desenganchar los caballos de su carruaje y arrastrarlo ella misma, siendo cosa averiguada que cuando hay hombres que quieren sustituir en sus funciones á los caballos, no es el pueblo quien obra, sino esa muchedumbre ciega é inepta del mismo jaez que la que gritaba en España, á la delantera del coche de Fernando VII: «¡Vengan caenas!» y entre el coro de sus «hossannas», percibíanse bien lamentos de elegía, voces de siniestro augurio, expresiones vagas de tristes pensamientos, algo melancólico y desconsolador que plegaba las frentes de los príncipes en medio de una fiesta de alegría oficial y preparada, la catástrofe sangrienta adivinada en el desenlace desde el primer acto de una pieza bufa, y el cadalso del emperador Iturbide, proyectando su sombra sobre la de los arcos triunfales.....

Lloraba la reina Amelia, abuela de Carlota, al ver emprender á la pareja imperial una expedicion que reprobaba; lloraba

Carlota misma desde Miramar, y á su entrada en Veracruz, como si su delicado instinto de mujer le hiciese prever el abismo que le aguardaba, y el príncipe austriaco sentia soplar entre sus cabellos el aliento de una profecía fatídica, al recitar involuntariamente aquellas estrofas italianas salidas de no se sabe dónde.....

Massimiliano, non te fiddare :
Torna al castello de Miramare ;
Il trono fracido de Moctezuma
E nappo Gallico colmo di spuma.
Il timeo Danaos *chi non ricorda*,
Sotto la clamide trova la corda.....

V.

Todo, en torno de aquel Emperador, le hablaba de muerte. Consultaba la historia del país á que llegaba, y al verla convertida en una especie de *Morgue* sangrienta de cadáveres acribillados, al contemplar entre ellos los héroes de la Independencia y de la Reforma, mostrando en sus cráneos ó en sus cuellos las huellas del fusila-

miento ó de la horca, parecíale como que la historia le contestaba: «Si eso ha pasado á los que este pueblo aclama y bendice como sus libertadores, ¿qué te esperas tú, cuyo nombre tiene que pronunciar con el de Bonaparte, uniéndolos en el mismo murmullo de maldicion?.....» Estudiaba sus costumbres y sus inclinaciones, y al verlas impregnadas de republicanismo, cuando observaba que allí, como en toda la América, la República, si no está consumada en política, puede considerársela profundamente enraizada en la vida de familia y de sociedad; cuando sentia ese espíritu de democracia y de igualdad que reina en un pueblo nuevo, donde no ha habido tiempo para que la vanidad humana se apergamine, donde los títulos de nobleza son una cosa risible y donde la separacion de las clases y la superioridad de unas respecto á otras está destruida y borrada por la fraternidad del trato y el vaiven de las fortunas; y cuando palpaba

todo ese sentimiento nacional de burla y de aversion hácia los gobiernos que se erigen en tronos, y hácia los gobernantes que se hacen aclamar emperadores, sentimiento que en su furor y en su extravío dirigió balas asesinas contra el pecho del que realizó la tentativa del primer Imperio: ante realidad tan clara y palpitante, debió resonar en sus oidos la voz de los hechos para gritarle que si se habia dado muerte al primer emperador Iturbide, á quien debia México el haber sido independido de España, no tenía que esperar suerte mejor, él, Maximiliano, á quien ese país no le deberia sino el cooperar á su dependencia de Francia.

Y cuando todo, lamentos siniestros, versos de amarga profecía, historia y naturaleza del pueblo mexicano, todo hablaba para decirle: «Vas á la muerte», se le hacía conocer hasta el género de ella y se le presentaba hasta la ley por la cual sería juzgado. Era esa ley la del 25 de Enero

de 1862, y por ella se decretaba la última pena contra el que resultára convicto de participacion en la intervencion ó el Imperio, en virtud de un breve proceso formado por un Consejo de guerra.

Llevando esa ley en la mano como una antorcha fúnebre, se habia acercado á Maximiliano un emisario de Juarez, que en nombre del Gobierno constitucional de México le manifestó los peligros de toda clase á los cuales tenía que exponerse en su empresa de imperializar, con apoyo de la Francia, el país de donde se le *llamaba*, y á aquella voz anunciadora que no sólo decia: «Vas á la muerte», sino que hasta le determinaba quiénes y cuántos habian de condenarle, le señalaba los términos y el procedimiento de su proceso, y le hacía ver tras de él el cuadro de carabineros republicanos, contestaba el Príncipe marchando hácia adelante, cerrando los ojos á la luz del consejo y los oidos al lejano cric-crac de los fusiles al amartillarse.

Cuando así se le ve, á traves de los años, parece Maximiliano uno de esos suicidas que premeditan y maduran largo tiempo su muerte; Werther de la alta política internacional que juega y se divierte con el pueblo á quien debe entregarle la vida, como el suicida de Goëthe besa y acaricia su arma ántes de darse con ella el golpe mortal..... De repente se acuerda de que ha renunciado á sus derechos eventuales al trono de Austria, y se pone á renegar de esa renuncia, arrancada, segun él mismo, á su ligereza, por Francisco José. Á no ser por ella, ¡quién sabe! acaso reconstruiria bajo sus piés, con los poderes unidos de México y de Austria, aquel sólio derruido de Cárlos V, siempre alumbrado por el sol, y turbada su mente con esa idea, considera á México como una tierra de paso para un solio más alto, en cuyo dosel las dos águilas austriacas irgan sus cuellos encorvados, bajo las alas del águila solitaria del Anáhuac.

Entre tanto hace leyes, muchas leyes, casi todas de ambigua originalidad y extraidas algunas de entre los códigos de Indias; pero que traducidas al aleman, van á los periódicos austriacos á hacer propaganda de gloria en favor del Príncipe-emperador, á quien un ministro del tercer Bonaparte llama con sorna en un documento oficial: *ese nuevo Solon.* Entre ese arsenal de leyes salió la del 3 de Octubre, ley más draconiana que soloniana, la cual, en las manos de Maximiliano y de sus seides, fué un cuchillo siempre desenvainado que se esgrimió implacablemente contra los patriotas mexicanos, reputados por la ley como bandidos. Desde ese punto la historia del Imperio de Maximiliano en México tiene que convertirse en una estadística de sangre. Esa estadística ha contado una á una las víctimas de la ley de 3 de Octubre, que hicieron cerca de millar y medio; ha añadido á ese número los 430 patriotas mexicanos fusilados alevemente

despues de haber salido heridos ó prisioneros de las batallas contra el Imperio, y agregándoles despues la suma de los veinte mil y algo más que murieron en la lucha contra la intervencion francesa sostenedora del Imperio, ha deducido que Maximiliano tenía sobre su conciencia la responsabilidad directa ó indirecta de cerca de veintitres mil muertes.

Nada más terrible y sanguinario pueden contemplar los ojos, vueltos á ese triste pasado de mi patria, que la alianza celebrada entre Maximiliano y el mariscal Bazaine para extinguir á fuerza de fusilamientos de encrucijada la obra de la resistencia nacional. Cuando se ve á Maximiliano poner su nombre al pié de una ley asesina en que á los guerrilleros y soldados liberales no se les permite *ni pedir el indulto*, y cuando se ve á Bazaine expedir á los jefes militares una circular en que decia: «No admito que se hagan prisioneros. Todo individuo, cualquiera que sea,

tomado con las armas en la mano, será matado. No habrá en lo de adelante ningun canje de prisioneros»; cuando esto se ve, se llega á creer que esos dos hombres se empeñaban en esgrimir con sus manos unidas el tajo en que soñára Calígula para cortar con él, de un solo golpe, la cabeza de un pueblo patriota.....

Nada faltó á aquel reinado de terror, que tuvo tambien su *baile de las víctimas.* Era la víspera del dia en que se promulgó la ley que instituia el asesinato jurídico para los defensores de México, cuando se celebró en el palacio de la vieja Tenoxtitlan una fiesta de aparatosa alegría, en la cual bailaron las *cuadrillas de honor* los principales personajes de aquella córte, entre los cuales sobresalian las figuras de Maximiliano, del general Bazaine y de Carlota..... Algo como un rayo desprendido de las regiones de la eterna justicia ha herido las cabezas de todos aquellos danzantes de una fiesta de muerte, matando á unos con

la muerte misma del cadalso, y lanzando á otros en las sombras de un destierro sin honor y una caida sin gloria. Bazaine arrastra en España su espada cubierta del orin oprobioso de que son tomadas las armas en las casas de empeño; una casa de empeño y una igual ignominia es lo único que queda en la Habana á Marquez, otra figura principal de aquella córte, y la princesa de Bélgica está condenada, en su locura, á ver á sus compañeros de la fiesta del 2 de Octubre, bailando en torno de ella, ya no las cuadrillas de honor, sino la *Danza Macabra.*

VI.

¿Y Maximiliano? Acababa de expedir otra ley de muerte (la del 4 de Setiembre de 1864), y en ella, aunque con pretensiones de clemencia, se repetian las principales disposiciones dirigidas á expeditar por medio de fórmulas veloces las ejecu-

ciones de los patriotas mexicanos. Pocos dias despues de dictada esa ley, dirigia Maximiliano al general imperialista Miramon, que operaba contra la defensa nacional en el interior de la República, una carta en que le decia:

«Os recomiendo muy particularmente que si lograis apoderaros de D. Benito Juarez, D. Sebastian Lerdo, etc. (otros ministros y generales de Juarez), los hagais condenar inmediatamente por un Consejo de guerra.»

Así quedaban, frente á frente, determinada su actitud y su accion recíproca los dos primeros combatientes de una lucha mortal. De una parte habia dicho ó hecho decir Juarez á Maximiliano: «Si vienes á secundar y autorizar la intervencion en mi país, serás condenado á muerte»; y de la otra Maximiliano declaraba hacer lo mismo con Juarez si llegaba á aprehenderle.

La muerte de uno de esos dos hombres

era, por consiguiente, el desenlace anunciado de aquel drama nacional. ¿Qué derecho tenía, pues, el espectador á maravillarse de una escena que estaba anunciada en el programa? Si dos hombres se retan uno á otro, á la faz del mundo, formalizando ante él un duelo á muerte; y el mundo les ve tranquilamente salir á batirse, medir el terreno y cargar las armas, ¿habrá, por ventura, álguien que, cuando caiga uno de los contendientes, se descomponga y grite y se arroje á la cabeza puñados de ceniza y alargue la mano para señalar al vencedor y llamarle *asesino?*..... Y es que todos los espectadores de aquella lucha esperaban la caida del débil, Juarez, y no la de Maximiliano, el fuerte, con la fortaleza que le prestaban las bayonetas francesas y belgas.

Cómo se verificó el triunfo del débil sobre el fuerte, es asunto que pertenece más á la Epopeya que á la Historia..... Yo sólo quiero destacar del fondo de mis *recuerdos*

las figuras de esos dos muertos en el momento en que la fuerza de los hechos colocaba al uno en el banquillo del acusado, y al otro, como un juez de apelacion suprema, detras del tribunal que debia juzgar al primero.

Se trataba de un procesado de más lustroso nombre que el desventurado Arabi, y era natural que los movimientos encaminados á salvarle fuesen más considerables que los que se están operando, debidos al puro oficio de algunos filántropos y algunas almas piadosas, en favor del prisionero del Cairo (1). Desde luégo, los representantes de las naciones extranjeras en México, apénas sabida la rendicion de Querétaro y la prision de Maximiliano, se reunieron con el objeto de concentrar los pasos que en nombre de las naciones

(1) Este artículo fué escrito á la sazon que Arabi Bey, el jefe de la insurreccion egipcia, habia caido prisionero en poder de los ingleses, y se creia por algunos que su fusilamiento fuese el término del proceso que se le instruia.

que representaban habian de dar, para librar al Príncipe de la muerte inminente, y con este motivo ocurrió un incidente que he de referir, aunque parezca del todo privado. Es el caso que los representantes extranjeros deliberaron que ningun paso debia darse en tal sentido, porque abogar por la vida de Maximiliano ante las autoridades mexicanas era lo mismo que presuponerles el derecho de juzgarle, cuando se pensaba que el recurso de incompetencia debia ser el arma más poderosa que debia esgrimirse en su defensa. El Ministro de España faltó ó llegó tarde á esa deliberacion, y hubo que informarle de ella:

—¿Sabeis, le dijo el Ministro inglés, que hemos convenido en no hacer ante el Gobierno de Juarez ninguna manifestacion en favor de Maximiliano?

—¿Y por qué?

—Porque es preciso no incurrir en ningun acto que signifique de nuestra parte

la admision, ó siquiera la suposicion, de que el Emperador pueda ser juzgado, ya no por un Consejo de guerra, pero ni por un tribunal mexicano, sea cual fuere.

—Perfectamente, contestó el español, y luégo, por uno de esos movimientos de enérgica franqueza que tan bravas respuestas han inspirado á los labios castellanos, añadió:—«¿Pero sabeis que si como esto es México, fuera España, y yo mandára en ella, me bastarian, para juzgar y fusilar á ese Emperador, nada más que cuatro soldados y un cabo?.....»

De algo más que eso se compuso el Consejo que juzgó y condenó á Maximiliano, porque, conforme á la ley de 25 de Enero de 1862, lo formaron un coronel, tres comandantes y cuatro capitanes. Contra el juicio de ese tribunal oponia el Príncipe la incompetencia, una incompetencia radical que negaba al jurado militar hasta el derecho de interrogarle sobre los hechos principales, materia del juicio. Los cargos

salian solemnes y abrumadores de la boca del fiscal del proceso: la complicidad con la invasion francesa, la usurpacion del Gobierno de México en virtud de una comedia de sufragio nacional, la persecucion implacable contra la causa republicana y el asesinato oficial de sus defensores..... «Son *cuestiones políticas* sobre las cuales no puede interpelarme un tribunal militar», contestaba el Príncipe á los cargos formulados.

Arabi-Bey en el banquillo, dice, sin duda, algo razonable, algo congruente con la lógica jurídica y los principios de equidad: «Yo me he entregado prisionero á los ingleses, y por ellos debo ser juzgado.» Pero Maximiliano, en el banquillo del acusado, dice otra cosa: «Yo me he entregado prisionero al ejército republicano de México, y debo ser juzgado.....»—¿Por quién? ¿Sin duda por miembros entresacados de las filas de ese mismo ejército? —«¡No!..... Acaso, acaso, por un Parla-

mento mexicano, en calidad de reo *político*..... pero ni áun eso, porque no hay tribunal ni poder en México que pueda juzgarme.....» Eso es lo que se desprende de la declaracion presentada al fiscal por Maximiliano, en la cual, despues de pedir que si se le consideraba como ex-emperador debia ser juzgado por un Congreso, decia: En caso de no ser así, *no puedo ser tratado de otra manera que como corresponde á un archiduque de Austria*, *con cuyo título nací y que ningun poder puede quitarme*, y luégo añadia, que *en virtud de sus privilegios de archiduque*, *solamente podia ser entregado prisionero á un buque de guerra austriaco.*

¡Singular exaltacion de la defensa propia, que llevaba al jefe de un poder invasor hasta reclamar que se le hiciese volver, para ser juzgado, á Austria, su patria! Y sin embargo, se le escuchaba sériamente, cuando ni los mismos ingleses podrian contener la risa si el asendereado Arabi,

usando de un recurso semejante, pidiese que para la conclusion de su proceso fuese restituido al seno de sus hordas dispersas..... Pero más que las demandas y los razonamientos basados en ilusorias inmunidades de sangre real, valieron las nociones comunes de la jurisprudencia criminal, entre las cuales se contiene la de que en estado de guerra y para el jefe de una parte beligerante, no puede haber otro fuero que el militar, y la de que los delincuentes en general, y más que ninguno los de *esa patria*, no pueden ser juzgados en otro país sino en el que cometieren el hecho justiciable (*locus acti*).

El jefe extranjero de un movimiento calificado y condenado por las leyes de un país, es, ante la justicia absoluta, el que ménos puede reclamar una excepcion favorable. El infeliz soldado raso, enganchado inconscientemente, tal vez contra su voluntad, en ese movimiento, bien pudiera decir: «Dejadme á mí, pobre átomo, rue-

decilla imperceptible y completamente pasiva en esa gran máquina culpable, y disminuid ó anulad la fuerza de la ley en gracia de mi debilidad»; pero Maximiliano, cuando en solicitud de gracia, pretendiendo la variacion de los jueces y del procedimiento, decia: «Mirad que soy extranjero, mirad que soy un ex-emperador digno de un tribunal más alto», no hacía más que agravar su situacion en el proceso; porque como extranjero, levantaba su culpabilidad sobre la de los mexicanos, sus partidarios y cómplices, cuanto la de un «invasor» se eleva sobre la de simples revolucionarios, y como ex-emperador, la presentaba tanto mayor que la de ellos, cuanto es superior la culpabilidad de un jefe á la de sus subordinados, y es claro que siempre debe ser con el más culpable con quien se omita toda excepcion graciosa y se ejerza todo el rigor de las leyes.

VII.

Sin embargo de eso, el privilegio no se aplicó á Maximiliano en lo odioso, como tampoco en lo favorable. Se le juzgó lo mismo que á sus soldados aprehendidos y ejecutados ántes de él; lo mismo que á sus generales Miramon y Mejía, juzgados con él simultáneamente..... El proceso está allí, formando cuerpo con la Historia moderna del Anáhuac: no es cosa de misterio que esté velada con lo secreto del procedimiento ó con lo oscuro de las fórmulas como un juicio veneciano ó un auto inquisitorial; es, por el contrario, algo claro y limpio en que al lado de la ley general anterior y aplicable al caso, está la acusacion fiscal; al lado de ella, la prueba de una parte y la defensa de otra, y al pié de todo, la sentencia de muerte emanada natural é irresistiblemente como emana la consecuencia de las premisas.

Los que hablan de ese asunto con horror y compasion, sin ver en él más que su epílogo sangriento, debieran ante todo ver ese proceso tal como lo dieron á conocer los mismos defensores del Archiduque. Verian allí que lo que se ha llamado en Europa un asesinato ó fusilamiento *á sangre caliente*, ha sido, en la larga serie de las ejecuciones políticas de México, la que ha llevado más profundamente impreso el sello de la majestad legal, la que ha sido acompañada por el más noble respeto á los derechos y á la dignidad de la víctima, y precedida por la más serena reflexion de sus jueces. No fué así, ciertamente, como fueron juzgados y muertos nuestros héroes de la Independencia, cuando España, no la España heróica y civilizadora de Cárlos V, sino la degenerada de Fernando VII, blandia la cuchilla y agitaba la cuerda sobre sus cabezas. Hidalgo, degradado primero y mutilado despues de su ejecucion; Morelos, engrillado y arcabu-

ceado por la espalda; tantos otros héroes agarrotados, todos lanzados al mismo tiempo á la muerte y á la ignominia; los muertos despues en las guerras de libertad y de reforma, como Iturbide y Ocampo, ejecutados sin formacion de causa; todos ellos, si en el mundo de las almas en que viven, subsisten los recuerdos de este suelo y los pensamientos sobre sus cosas, bien deben haberse maravillado de que el proceso augusto, la égida sagrada, defensora de los reos de muerte, y la ejecucion noble que mata el cuerpo del hombre sin herir su dignidad, hayan sido empleadas para el que, con apoyo de bayonetas invasoras, invadió á su patria, y no para ellos, que lucharon por su independencia y libertad.

En lo posible de la justicia humana, ¿cuál puede ser el más equitativo, sano y perfecto de los procesos, sino aquel en que la amplitud de los medios de defensa de que ha podido disponer el reo ó que han

acudido espontáneamente en su favor, presentando todas las razones imaginables de su inocencia, y moviendo en su auxilio todos los medios de compasion, ha tenido que ahuyentar del alma del juez toda sombra de preocupacion ó de ignorancia y librar su ánimo de todo sentimiento de pasion, dejando á los dos, juez y reo, solos y frente á frente, el uno con su razon depurada de móviles bastardos, y el otro con la simpatía de su desgracia y los descargos de su culpa?

Pues bien; esa defensa poderosa en fuerzas salvadoras, la defensa jurídica de los abogados, la defensa razonada del letrado que se dirige á la conviccion, la defensa patética y extrajudicial del filántropo, del amigo, del pariente, de la multitud compasiva, que se dirigen á la persuasion y á la piedad, en pocos procesos se habrá realizado más positivamente que en el de Maximiliano de Austria. Y entiéndase que el supremo juez de que allí dependia la pa-

labra de vida ó de muerte, no era el jurado militar, sino un hombre solo. Ese hombre era el presidente Juarez, á quien las leyes del país otorgaban la facultad de *indulto*, único recurso de apelacion posible en tal causa.

El Jurado obraba, en ese acto de la justicia nacional, dentro de una órbita de estrictas atribuciones. Maximiliano pidió defensores y el Jurado se los concedió. Los dos primeros defensores nombrados estaban léjos del lugar del proceso, en la capital de la República, sitiada á la sazon por las fuerzas republicanas, y el Jurado amplió el término de la defensa para dar lugar á la presentacion de esos defensores, á cuyo objeto el Gobierno republicano les franqueó la salida de México, violentando las prácticas y conveniencias de un sitio riguroso. Como ellos se dirigieran á San Luis Potosí, donde residia Juarez, para operar sus trabajos de defensa cerca del Presidente y de su gabinete, el Jurado

concedió á Maximiliano el nombramiento de otros dos defensores residentes en Querétaro, y de esta manera quedó constituida su defensa legal por medio de cuatro abogados, cuatro eminencias del foro mexicano, que se dividieron sus esfuerzos, trabajando dos de ellos en el lugar del proceso y los otros dos en el de la residencia del Gobierno.

Hombres de historia liberal, simpáticos á la República triunfante, los abogados nombrados primeramente por Maximiliano, ejercieron en favor de su patrocinado, ante el Gobierno republicano, todo el poder que pudo suministrarles su palabra y su influencia personal. Su obra de defensa no quedaba así restringida dentro de los límites formularios de los discursos y los alegatos ante el Jurado; era la suya una defensa activa, inmediata, apremiante, desarrollada en conferencias contínuas con Juarez y sus ministros. Cuantos argumentos y mociones pueden discurrirse, cuan-

tas razones de conveniencia interior y exterior, de actualidad y de porvenir, pueden presentarse ante un poder humano, para inspirarle la clemencia hácia un príncipe desgraciado, todas fueron producidas por los defensores en su demanda de *indulto*, y todas tambien tomadas en consideracion por el Gobierno, pesadas y discutidas en Consejo de ministros.

Sólo un argumento, ó por mejor decir, un aspecto, faltaba á esa obra de defensa. Ella habia sido concreta: sólo habia tenido bajo su mirada á Maximiliano y á su culpa por una parte; al país y á sus conveniencias por otra. Faltaba quien abogára en un sentido más poderoso por lo abstracto; quien perdiese de vista la cuestion del momento, siempre pequeña en el fondo, para fijarse en la cuestion eterna que allí se entrañaba; faltaba un abogado que, como ha dicho un escritor acerca de este punto, «desdeñando una toga, hecha segun las

proporciones raquíticas de la talla del Archiduque, se envolviese con una toga inmensa hecha para abrigar la humanidad entêra» ; en una palabra, faltaba quien hiciera brillar y levantára frente al cadalso de Maximiliano el principio de la inviolabilidad de la vida humana. Pero ni ese supremo defensor faltó en el proceso. Fué el gran poeta frances Víctor Hugo el que asumió ese papel, por medio de una carta dirigida á Juarez, en los momentos en que la Europa, llena de ansiedad, se preguntaba cuál sería el desenlace del drama de Querétaro. Escrita con el mágico estilo de su genio, aquella carta pedia la vida, no del príncipe, sino del hombre, y compendiaba su sentido y su objeto en el precepto del Decálogo : «No matarás.»

No era sólo eso: Garibaldi, desde el fondo de su gloria; el gobierno de los Estados-Unidos con el derecho que le daba el apoyo indirecto prestado á la causa de la autono-

mía en México, emisarios del Austria y de Prusia, todos se unian en la demanda de gracia para el reo de muerte.

Habia fuera de las antesalas de la presidencia, fuera del escenario, especie de pretorio teatral, donde se reunia y actuaba e jurado militar, léjos del lugar donde se agitaban las figuras oficiales, un vasto elemento que tenía que producir influencia profundísima, aunque indirecta, en aquel proceso que tenía por espectadores á todos los pueblos. El pueblo de México no era, á la verdad, un pueblo que gritase desde la plaza pública como el judío: «¡Crucifícale!» Salido de una guerra larga y encarnizada, asistia con tristeza á un juicio que no le presentaba en perspectiva más que un sacrificio sin lucha. La multitud de los exaltados hubiera, sí, querido ver al jefe de la usurpacion extranjera morir combatiendo, con la muerte del guerrero vencido; pero renegaba de una fortuna que no le ofrecia más que una víctima indefensa

cuya sangre podria caer, pero sin que una sola de sus gotas fuese á aumentar, en digna expiacion, la de ese charco glorioso que queda sobre la arena de las lides libradas en defensa de la patria. Pero bullian entre esa multitud manos enclavijadas que se levantaban en signo de piedad, y resonaban entre ella gritos lastimeros..... Digámoslo de una vez: eran las mujeres; era la mujer mexicana, la anciana, la jóven, la niña, la esposa y la hija de republicano ó de traidor, la que así clamaba por el perdon de Maximiliano de Austria.

De todas las partes del país, desde las ciudades á las aldeas, se dejó sentir ese impulso del corazon femenino. Comisiones de señoras se organizaban por todos lados para representar en favor del Archiduque, y ¡cuántas de ellas lloraban todavía la muerte de un padre, de un hijo ó de un hermano, muertos en defensa de la República, en un encuentro con las tropas imperiales ó en una ejecucion asesina con ar-

reglo á la ley de 3 de Octubre, firmada por el mismo Archiduque!..... Y es que la mexicana dejó de serlo en aquella hora solemne y quedó sólo la mujer con sus perdones, sus ternuras y todas sus pasiones de ángel.....

Figuraos ahora ¡qué cuadro para un pintor, qué grupo para un estatuario, qué drama para un poeta! si es que puede haber en la paleta de los pintores, en el buril de los escultores ó en el verso de los poetas, colores, pulimentos ó rimas que acierten á retratar, esculpir ó expresar las luchas sobrehumanas del alma y de la Historia. Una inmensa muchedumbre cierra el fondo del teatro donde tiene lugar la gran lucha; vienen por delante personajes togados que disertan, insinúan, peroran, el caduceo en una mano, la balanza de Astrea en la otra: son los defensores judiciales; siguen figuras aureoladas por el genio de la política, del arte, de la guerra: son Mr. Sewart, Víctor Hugo, Garibaldi, de-

fensores en nombre de un pueblo ó de una idea; tras de ellos se mueven grupos interminables de caras pálidas, los ojos humedecidos por el lloro: son los defensores instituidos por el corazon en nombre del sentimiento; son las mujeres, es la esposa misma de Juarez, arrodillada; es la princesa de Salm-Salm; es la india, es la mestiza, la blanca, crecidas bajo el cielo de Anáhuac. Junto á esa multitud que demuestra, aconseja ó implora diciendo: «¡Gracia!» el Archiduque austriaco con un pié en el cadalso, afirma y dice:

«Mi vida.»

Frente á ella, sereno y firme en su aislamiento, no hay más que un hombre que niega. Es la figura azteca de Benito Juarez. De sus labios sale otra afirmacion, y dice:

«Mi patria.»

. . . .

Nosotros, los que pertenecemos á la nueva generacion de México que tiene el de-

recho de llamarse «posteridad» respecto á esos sucesos y esos hombres, hemos nacido hechos para aprobar, con relacion á los tiempos y á las circunstancias, la ejecucion de Querétaro, que significa para nosotros el legado de libertad y de paz dejado por un grande hombre á nuestra patria y nuestro continente, sin que esto nos impida pronunciar con melancólico respeto el nombre ya legendario de Maximiliano de Austria, cuya figura y cuya suerte no podemos recordar sino á traves de las lágrimas de nuestras madres.

LA VÍRGEN DE GUADALUPE [1].

Anunciaba hace algunas semanas un periódico, que el dia 8 del presente mes tendria lugar en la legacion de México algo como baile ó *soirée*, con motivo de la *fiesta nacional* de ese país. Falló el anuncio en cuanto á lo del baile, y otro periódico se apresuró á matar en flor, por medio de una rectificacion, las esperanzas de los que habian soñado con una velada coreográfica en uno de los salones más elegantes de la calle de Atocha. Pero la rectificacion no se hizo en cuanto al motivo atribuido á dicho baile, motivo tan imaginario como el baile mismo, porque el dia 8 de Diciem-

(1) Publicado en el mes de Diciembre de 1882.

LA VÍRGEN DE GUADALUPE [1].

Anunciaba hace algunas semanas un periódico, que el dia 8 del presente mes tendria lugar en la legacion de México algo como baile ó *soirée*, con motivo de la *fiesta nacional* de ese país. Falló el anuncio en cuanto á lo del baile, y otro periódico se apresuró á matar en flor, por medio de una rectificacion, las esperanzas de los que habian soñado con una velada coreográfica en uno de los salones más elegantes de la calle de Atocha. Pero la rectificacion no se hizo en cuanto al motivo atribuido á dicho baile, motivo tan imaginario como el baile mismo, porque el dia 8 de Diciem-

(1) Publicado en el mes de Diciembre de 1882.

cerlo notar en esta ocasion, porque hay hechos sencillísimos que pueden significar ante la Historia el epílogo feliz de pasadas luchas y en los cuales el pensamiento filosófico puede descubrir altos simbolismos de los términos hácia donde avanzan los pueblos en sus evoluciones.

La advocacion se aplicó á la imágen mexicana por su semejanza con la Guadalupe de España, Vírgen venerada en este país desde el siglo VI, y que tomó su nombre del rio de Guadalupe (palabra mitad árabe, mitad latina, que significa *rio del Lobo*), situado cerca de la raya de Portugal y á cuyas inmediaciones se levantó un templo. La Guadalupe de México es morena, con la faz contorneada, conforme al más puro óvalo azteca, con la expresion apacible y cándida de las indias del Valle, y peinada como ellas, con la *raya ó partidura* cayendo á la mitad de la frente, sobre la cual se deslizan con modesta sencillez, hácia uno y otro lado, las negras gue-

dejas de su cabellera, que asoman apénas bajo el manto.

Dejando aparte, por ahora, la cuestion de procedencia de la Vírgen mexicana, ello es que, milagro divino ó invencion humana, ejerció en sus principios una mision de enaltecimiento respecto á una raza degradada. Una bula pontificia, declarando la racionalidad de los naturales de América, habia conseguido la admision del indio dentro de la comunion humana; una *abogada* celestial del propio tipo y color que la raza indígena, su protegida, tenía que producir en un siglo de fanatismo y de fe religiosa, su admision dentro de la comunion cristiana. La Guadalupe de México, obteniendo su *dia* en el Santoral del Calendario, hizo que en América se levantáran al cielo mil frentes abatidas, así como cuando adquiria un lugar en el panteon de Roma el dios de un pueblo gentil, respiraban mil pechos, en el antiguo mundo, con la confianza ó la ilusion

de su iniciacion en la vida del derecho.

Tambien es cierto que si esto pudo complacer á españoles evangélicos, como fray Juan de Zumárraga, desagradaba profundamente á los *encomenderos* y demas gente sórdida, interesada en hacer del indio una bestia de carga.

Pero á pesar de su especial carácter de deidad *india*, la Guadalupe de México era adorada como una protectora comun, con jurisdiccion celestial sobre conquistadores y conquistados. Los reyes de España, desde Felipe V, se inscribieron en la cofradía instituida en México bajo la advocacion de esa Vírgen, objeto de oraciones y ofrendas castellanas, y un español fué quien, en lo alto del cerrillo á cuyo pié están el templo y la villa de la Guadalupe, levantó la gran vela de piedra que se ve allí todavía, gigantesco ex-voto ofrecido á la diosa del Tepeyac en los momentos de un naufragio.

Fué la revolucion de independencia ini-

ciada por el cura Hidalgo, en 1810, la que, erigiendo á la Guadalupe en bandera de las tropas insurgentes, la imprimió un sello de hostilidad contra España, y de tutela protectora en favor de la revolucion. El grito de muerte contra los españoles (*gachupines*), se unió á las salutaciones ardorosas dedicadas á la imágen de la Guadalupe, izada en lo alto de una asta, y como los españoles declaráran á la Vírgen de los Remedios su patrona de combate, quedaron las dos imágenes una frente á otra, como los *signi* respectivos de dos pueblos en lucha, de los cuales uno gritaba: *¡Viva la de Guadalupe, y muera la de los Remedios!* y el otro á la inversa, sacrificando así, en el ara de los rencores patrióticos, la identidad multiforme de la Madre de Jesus.

La historia de esta época en aquel país está llena de hechos que revelan á qué extremos condujo esa alianza de una pasion de bandería con un torcido sentimiento re-

ligioso. Bastaba hacer un acto de devocion en el templo de la Vírgen de Guadalupe, para ser denunciado al gobierno español como *insurgente*. Uno de los principales jefes de la revolucion de independencia, el cura Matamoros, habia vivido tranquilamente, sin tomar participacion en el movimiento revolucionario, y sólo se decidió á levantarse en armas el dia en que unos soldados realistas, alojados en su casa, estropearon é hicieron servir para humildes usos una estampa de la misma Vírgen. Otro dia, un cuerpo realista que llevaba el nombre de batallon de Astúrias, llega al pueblo de San Juan de Coscomatepec, esperando sorprender en él una partida de insurgentes, pero encontrándole desierto, saca á la plaza pública un lienzo de la Guadalupe, se forma ante ella en cuadro, y..... la fusila.

Y ahora, como para probar el valor pasajero de ciertos emblemas, como para dar su verdadera significacion á las pasiones

efímeras que los han instituido, mira y contempla, tú, pasajero, quien quiera que seas, cómo la bandera que sirvió en 1810 para combatir contra los españoles, ha venido al cabo de medio siglo, sin que nadie se espante ni lo advierta, á plegarse, por decirlo así—sangriento estandarte, ya emblanquecido por los años—junto á la tumba de un soldado español.

Algo más que una casualidad ó una disposicion de familia ha intervenido, al parecer, en ese hecho..... Para aquel país que se llamó «Nueva España», D. Juan Prim es un benemérito. Su retirada del suelo mexicano, con las fuerzas españolas que llevó bajo su mando, su noble renuncia á aquella triple alianza de guerra invasora en México, le conquistaron en el corazon de los mexicanos un puesto casi al nivel del que ocupan los nacionales que combatieron contra la invasion. Aquella ovacion que á su regreso de América le hizo el pueblo de Madrid, no era ciertamente más

que una débil repercusion de aquella otra ovacion inmensa que, en el silencio de un período de angustia, le hacía, al otro lado del Atlántico, un pueblo agradecido. ¡Purísima y extraña gloria militar obtenida sin el auxilio de una gota de sangre!.... ¿Acaso los laureles ganados en África por medio de la espada no valen ménos para la gloria de Prim y la de España que los ganados en México por una simple retirada que importaba un acto de generosa hidalguía?

Por eso creemos que si ya es tiempo de que en toda la América latina caiga y pierda su antiguo sentido todo lo que signifique una tradicion de ódio contra la secular dominacion de España; en ninguna parte deberá caer mejor que ante aquellos españoles que, como el general Prim, han ido á ofrecer el gran tributo de su respeto á una de esas jóvenes nacionalidades americanas en vía de formacion.

Y hé aquí cómo la sencilla piedad de

una mujer, aproximando el cuadro-estandarte de la Vírgen de Guadalupe al sepulcro del ilustre caudillo, se ha adelantado inconscientemente á representar el cumplimiento de un ideal de la Historia.

MÉXICO,

ITURBIDE, Y EL Sr. NAVARRO RODRIGO.

I.

Los acontecimientos de cierta magnitud tienen desde luégo un primer efecto escénico. Porque no mejor nombre puede aplicarse á ese fenómeno histórico en virtud del cual unas naciones se suceden á otras para erigirse en espectáculos del mundo, como en una populosa ciudad se suceden unos á otros los escenarios teatrales para ser cada cual alternativamente el centro predilecto de la curiosidad pública. Hay allí, como aquí, grandes éxitos, espectáculos de sensacion cuyo desarrollo han estado contemplando con ansiedad todos

los hombres, de más cerca ó de más léjos, de las primeras á las últimas gradas del anfiteatro del mundo, coronado como por un inmenso círculo de espectadores impacientes. En lo que va del tercio del siglo, aparte de los espectáculos intermedios de esa clase, dados por España con su revolucion destronadora, por Italia con su revolucion unitaria y por Francia y Alemania y por Rusia y Turquía con sus grandes guerras continentales, figuran dos acontecimientos extremos; el uno al principio y el otro al fin de la serie: éste ha sido la guerra de Egipto, y aquél la guerra de México.

Pueblos los dos semejantes en su antigua grandeza y en su oscuridad presente, subieron por algunos dias al tablado donde se plantean y se resuelven los grandes dramas de la humanidad, y todos cuantos ojos ven y todas cuantas almas piensan se volvieron hácia ellos para mirarlos y meditar sobre su suerte..... Ese es el efecto

escénico; el segundo es un efecto..... *biblio-gráfico.* Libros descriptivos, filosóficos, históricos, de todos precios y tamaños, relativos al pueblo que ocupa la escena, salen á la luz de la publicidad, como salen á la venta los libretos de una ópera en la noche de su audicion. Así se ha visto últimamente, sobre todo en Lóndres, salir muchos libros cuyo objeto eran los hombres y las cosas, el pasado y el futuro de Egipto; así se vió tambien en los años de 62 á 69 salir á brillar en los escaparates de las librerías muchos libros sobre México y la cuestion mexicana, todos con pretensiones de decir la última palabra sobre ese país y esa cuestion; muchos diciendo que lo blanco de México era negro, otros que lo negro de México era blanco, porque esto sucede, segun un refran de Sancho Panza, siempre que se somete un negocio al consejo de los hombres. Pasa la boga del espectáculo envejecido; se retira de la escena el pueblo actor, y entónces los li-

bros filosóficos, descriptivos, históricos, que han escapado de los escaparates á las mesas de noche de algunos curiosos, siguen rodando por la escala de las decadencias, quizá hasta caer en manos de estudiantes de *tuna* que los malbaratan en las vacaciones de Pascua, llegando al fin á ostentarse mústios y traspapelados en las alacenas de libros viejos. En ellas, en esos purgatorios de libros en pena que imploran la redencion de los lectores transeuntes, he visto, primero en Francia, luégo en España, las obras de circunstancias publicadas acerca de mi país, cuando mi país estaba á la vista de todos; segun unos, en lo alto de la escarnecedora picota; segun otros, en el remate de una gloriosa asta-bandera. Yo he redimido con gusto muchos de esos libros; el nombre de México, grabado en su carátula estrujada, ha resonado en mis oidos de emigrado como si más que un nombre hecho por la imprenta fuese una voz melodiosa es-

tampada allí por un fonógrafo, cuyos escritos ecos nadie más que yo puediera percibir.....

II.

Digo que he comprado esos libros y que los he leido, y añadiré lo que es natural que suceda á todo lector, por más rudo que se le suponga: que unos me parecieron malos y otros buenos. Sin duda pertenece á estos últimos una obra titulada sencillamente *Iturbide*, nombre que se identifica con el de México en cierto período de su historia (si bien el nombre ha sido hecho en esa obra constantemente esdrújulo, al contrario de lo que pasa en México, donde todos lo escriben y pronuncian como nombre grave). Su autor, el Sr. D. Cárlos Navarro y Rodrigo, es en España una eminencia política, hombre á quien la fama atribuye un alto prestigio en la Cámara popular, una autorizada y elocuente pala-

bra en la tribuna, y á quien la prensa de todos colores apunta como la principal palanca impulsora en ese movimiento operado recientemente en las regiones oficiales para recomponer el Ministerio. Algo deben haber influido estas circunstancias para que leyera con cierta preferente atencion un libro en cuyas hojas esperaba encontrar el juicio que sobre una de sus antiguas colonias emitia España, por medio de uno de sus hombres más notables. Cansado estaba de hojear los opúsculos y libros de escritores franceses y de mexicanos renegados, interesados todos ellos en presentar á México bajo la face única de las revoluciones y del bandolerismo, y me complacia interiormente, prometiéndome hallar un criterio histórico más profundo, un órden de ideas más amplio en una obra cuyo prólogo anuncia, desde luégo, una marcada intencion filosófica.

Eso fué lo que pensaba y deseaba encontrar; lo que encontré, ó parecióme en-

contrar, fué, primero, un trabajo de literatura clásica, un estilo románico que pudiera hacer decir del libro, como se ha dicho de algunos grandes hombres, que tiene *la talla antigua;* algo como el pensamiento severo, sentencioso y valiente de Tácito, contenido dentro del gallardo y rotundo período ciceroniano..... Los párrafos se suceden fuertemente eslabonados, como las escenas de un drama, y á traves de ellos, el héroe, Agustin Iturbide, más fustigado por el autor que por los acontecimientos y los hombres de su país, va pasando, de una humilde cuna al solio imperial, y de allí á un silencioso patíbulo, á cuyo pié el Sr. Navarro Rodrigo, convertido de Tácito en Casandra de un pueblo infantil, lanza sobre éste su siniestro agüero; y como si quisiera aplicar él mismo un tizon á la Troya de sus profecías, concluye por grabar una especie de *delhenda est* en la faz de la nacionalidad mexicana. Tal es la materia, opaca á mis ojos,

luminosa á los de otros, existente bajo la forma, sin duda brillante, del libro en cuestion. Un aliento de *Anales* y de *Catilinaria* recorre todas sus páginas, como si el México del presente siglo fuese la Roma corrompida de Galba y de Vitelio, y como si el consumador de la independencia de ese país estuviese, en cuanto á depravacion de ánimo y perfidia cívica, en un mismo nível moral respecto del célebre agitador romano, apostrofado por Ciceron, historiado por Salustio y defendido hasta cierto punto, despues de veinte siglos, por Castelar.

Ha habido dos hombres en la formacion de ese libro: el historiador y el español; así como en el inmortal personaje de Goëthe intervienen dos seres, el Doctor y Fausto. El Doctor es la filosofía que tiende hácia Dios; pero luégo viene Fausto, que es la concupiscencia, la cual hace caer al personaje de Goëthe del lado del mundo. No de otra suerte el historiador, personalidad

abstracta y ubicua, debió impulsar al Señor Navarro Rodrigo á contemplar desde las eminencias más puras y serenas los hechos y los hombres; pero luégo apareció en él el español, sér localizado dentro de cierta área que se llama patria, y éste le impulsaba á mirar las cosas del punto de vista de los intereses nacionales.

Ante el movimiento de emancipacion de un pueblo que desata los antiguos lazos que le ligaban con su Metrópoli, el historiador se preguntaria, lo primero, si está ante un hecho de justicia, ante el cumplimiento de una ley biológica tan ineludible para los hombres como para las naciones, en virtud de la cual aquéllos como éstas, en llegando á cierto período de vida, tienen que obedecer á una incontrastable fuerza interior que les impele á sustraerse al antiguo poder que los dirigiera, mal ó bien, durante su menor edad; se preguntaria, por último, hasta qué punto es humanamente admisible el derecho de propiedad

de unos pueblos sobre otros; de Grecia sobre la India; de Roma sobre la Galia, la Britania, la Iberia, etc.; de Inglaterra sobre la América del Norte, y de España sobre la del Centro y Sur, y sólo despues de haberse así interrogado, buscando la respuesta en la filosofía de la historia, hubiera procedido á calificar ese movimiento y juzgar á sus autores.

Tal debió haber sido lo que sus indisputables cualidades de historiador inspiraron al Sr. Navarro Rodrigo, cuando pensó en el espíritu y el criterio fundamental que presidiria á su historia de Iturbide; pero el *patriota* prevaleció sobre el *historiador*, y desentendiéndose de consideraciones primordiales, se limitó, sí, á reconocer que á causa de la revolucion española de principios del siglo, la antigua situacion política de México habia llegado á hacerse insostenible; que «los tres poderosos elementos que mantenian la dominacion española en México: el ejército, el

clero y la poblacion directamente española se habian conmovido y dividido profundamente, y que uno de ellos, convirtiéndose en enemigo de la Metrópoli, tendria que producir una catástrofe para romper la situacion.» Pero llega el caso de referir los hechos que compusieron esa catástrofe, que no fué más que el movimiento de independencia operado por Iturbide y provocado, segun el Sr. Navarro Rodrigo, por los acontecimientos mismos de la madre España, y entónces le califica con los nombres de «perfidia y de ingratitud», de «especie de vileza muy parecida á la de aquellos que se doblegan con suma docilidad ante un tirano.»

No son más suaves los epítetos propinados á Iturbide en todo el curso de la obra. El historiador, juez augusto, cuyos deberes son más estrictos y sagrados que los de los jueces jurídicos, por cuanto que éstos no juzgan más que á los vivos, y aquél á los muertos, hubiera querido tal

vez no condenar al caudillo mexicano, sino por lo que se desprendia clara y directamente de sus actos. No ya el *clarior meridiana luce.....*, sino simplemente aquella sencilla regla de derecho, segun la cual debe pensarse de todo hombre que obra inducido por buenos motivos miéntras no se demuestre lo contrario, debió sin duda obrar en la conciencia del historiador; pero luégo apareció el patriota, y sin encontrar inconveniente en juzgar al hombre por lo más recóndito de la intencion, cuando Iturbide se decide á declararse en favor de la Independencia, exclama: «¡ ambicion !» y cuando, renunciando á toda posicion en el ejército, se arranca de la manga los tres galones de coronel, exclama el mismo: «¡ hipocresía ! », y así sigue presentándole hasta el fin del libro, siempre movido por la hipocresía, el interes y la ambicion personal, sin conceder, en cuanto á los móviles, ni una pequeña parte á ese santo amor á la patria, que debe arder tan vivo

en el corazon del Sr. Navarro Rodrigo..... Menudean en la obra de este señor oportunas sentencias latinas. Pero ha faltado la letra y el espíritu de ésta: *De mortuis nihil nisi verum.*

III.

Por lo que hace al presente y al porvenir del pueblo cuyo movimiento de emancipacion considera, hé aquí cómo se expresa el Sr. Navarro: «Cerca de medio siglo hace que se proclamó la independencia de México, y que allí domina con los fugaces imperios de Iturbide y Maximiliano, la República, ora federal, ora unitaria. ¿Qué cultura social alcanza aquel país? El mundo sabe que existe México, como sabe que existen esas turbas de caníbales en África, por las frecuentes hecatombes humanas que entre ellos celebran. ¿Qué mayor riqueza alcanza? Arruinada está su agricultura, perdido su comercio, sus ri-

cas minas se encuentran abandonadas, como Tejas y la California en poder de los Estados-Unidos. ¿Qué es de aquellas universidades, qué de aquellos suntuosos conventos, qué de aquellos soberbios edificios, qué de los innumerables colegios que España edificó en prueba de su barbarie? Ruinas y escombros todo, cuarteles y casas de prostitucion, y allí donde resonaba la voz serena y augusta de la ciencia, las aves nocturnas dejan oir su lúgubre graznido, ó el vicio y el crímen celebran sus báquicas orgías. ¿En dónde, en dónde están los mexicanos contemporáneos ilustres? ¿Qué muestras ha dado de sí esa nueva generacion amamantada á los robustos pechos de la República? Que se nos cite una nueva ilustracion.»

Y en otra parte: «México agoniza como nacion y la raza española es absorbida por los yankées como los rios en el grande Océano..... No cabe, pues, situacion más desesperada que la de México. Ingleses y

alemanes ejercen la alta banca, franceses y españoles el comercio al por menor, y todos ellos son aves de paso que abandonan el país cuando se enriquecen. Fértil el territorio, la Naturaleza lo hizo fecundo, pero la mano del hombre lo hace estéril: allí la eterna guerra civil en que se vive hace el oficio del caballo de Atila. No hay ya espíritu público, se evaporó el patriotismo; es un pueblo pasado repentinamente de la infancia á la decrepitud, que tiene los vicios de las naciones civilizadas y carece de las virtudes de las razas primitivas.»

Cuando el mexicano que pase por esta bella tierra española perciba el chasquido de todos esos y otros muchos párrafos flagelantes, descargados á porfía sobre las espaldas de su pobre patria, dirá como el que esto escribe: «No es el Sr. Navarro Rodrigo el que eso dice, no es el historiador que hay dentro de él, ni ya tampoco el español patriota; es un hijo del mismo

México el que habla, es el eco de D. Lúcas Alaman repercutiendo, estridente y sonoro, en la antigua España.»—Porque, en realidad, para escribir la historia de Iturbide, que no es más que un fragmento de la historia general de la revolucion de independencia en la Nueva-España, el señor Navarro Rodrigo no ha estudiado á México en el país mismo, ni á su historia sino en los documentos de Alaman, sin que esto vaya encaminado á causar el más leve detrimento á una reputacion literaria tan elevada como la del Sr. Navarro Rodrigo, la cual para mantenerse en su elevacion no necesita contar entre sus títulos el perfecto conocimiento de la historia extra-clásica de una nacion oscura y olvidada del mundo.

Al fin del párrafo catorce de su libro, dice el Sr. Navarro Rodrigo que «Iturbide, considerando inútil todo disimulo, dejó traslucir sus aspiraciones, y quiso ceñir á su sien la antigua corona de los reyes In-

cas.» Y despues, en el párrafo cincuenta y ocho, dice: «..... Y ésta es la hora en que el antiguo Anáhuac vegeta en aquellos inmensos páramos.....» Con permiso del Sr. Navarro Rodrigo, «ni el hospital tiene huesos, ni entierran al hospital» (como reza en mi país un dicho vulgar que no sé si lo habrémos tomado de España); es decir, que ni la *sien* de Iturbide tuvo nada que ver con la corona de los Incas, que no eran más que los antiguos reyes del Perú, ni el *Anáhuac vegeta en* ningunos *páramos*, porque el Anáhuac no es el *indio mexicano*, como parece indicar figuradamente el historiador, tomando esa palabra por la de *el azteca*, sino que, *por extension*, es la misma tierra de México, y propiamente no toda ella, sino sólo la parte comprendida entre los grados 14 y 21 de latitud, comprendiendo el imperio azteca de Moctezuma, las pequeñas repúblicas de Tlaxcala y de Cholula, y los antiguos reinos de Tezcuco y de Mechoa-

can..... Son detalles nada más, rasgos imperceptibles que se pierden en el conjunto de la obra, pero que no dejan de revelar cierto alejamiento material é intelectual entre el historiador y el país historiado.

IV.

No es sólo esa clase de detalles lo que nos hace decir lo anterior, sino otros pormenores, más de fondo que de forma. Quien, como el Sr. Navarro Rodrigo, apunta la conveniencia para México independiente de una solucion monárquica, conforme á las cláusulas del plan de Iguala, aconsejándola en nombre de las tradiciones y de las costumbres del país, manifiesta no conocer el carácter y la naturaleza moral de aquel pueblo. Es cierto que el indio, en su postracion, se inclina á contenerse dentro del férreo molde social fabricado por los reyes aztecas y abrillantado despues con la luz del Cristianismo por

los reyes españoles, sin embargo de que indios fueron los que, en 1672, quemaron el palacio del virey D. Gaspar de Sandoval, que tuvo que refugiarse en la celda del guardian de un convento (accidente que no habla mucho en favor de los sentimientos monárquicos atribuidos al pueblo mexicano por el historiador). Pero el elemento decisivo para la manera de ser, política y social, de México, como de la mayor parte de América, no está en la clase indígena, sino en la raza total ó parcialmente europea (la blanca y la mestiza), modificada aquélla por las influencias del suelo y de la atmósfera, y ésta por esas mismas influencias combinadas con las que origina el cruzamiento; y esa raza profundamente niveladora é igualitaria no puede tener sólidas tradiciones monárquicas, porque ellas están vinculadas con lo que se llama *nobleza de casta*, y esta nobleza, que procede de una antigua época heróica, como la de España procede de las Cruza-

das y de la guerra contra los árabes, no se puede dar en las jóvenes nacionalidades de América, donde no ha habido otros héroes nacionales de una antigua guerra que los campeones indígenas que pelearon contra los conquistadores, pobres héroes sin blason, cuya descendencia se ha perdido, y áun cuando subsistiese y pudiera ostentarse, le faltaria, por su mismo bárbaro orígen, el prestigio necesario para imponerse. De aquí es que cuando, por acaso, ha surgido una monarquía en México, ó la encabezára un mexicano, como Iturbide, y entónces se hizo ridícula, ó se haya pensado en encabezarla con un personaje extranjero de suficiente *aire de majestad*, como Maximiliano de Austria, y entónces se hizo impopular.

Un poder vireinal subordinado á una córte lejana y sujeto á las inspiraciones de un Consejo de Indias no basta, siquiera dure tres siglos, á fundar tradiciones monárquicas que en las naciones nuevas se

desvanecen al primer despertamiento popular, como en Roma se perdieron las tradiciones reales nada más que por el lecho profanado de Lucrecia. Bien lo comprendió así el Marqués de Pombal, el primero quizá de los políticos de Europa en el siglo XVIII, cuando al despuntar los primeros albores del siglo presente insinuaba á la real familia de Braganza la necesidad de trasladarse al Brasil con el fin expreso de arraigar en ese rico suelo americano las tradiciones portuguesas y monárquicas. Y era que aquel hombre ilustre presentia la resonancia que debia tener en la América latina el grito de renovacion que exhalaban los revolucionarios norte-americanos y franceses, y comprendiendo que nada valian antiguos vínculos de dominacion lejana para impedir en las posesiones americanas esa renovacion, queria adelantarse á operarla en favor de sus reyes, impulsándoles á establecer su córte en aquel país, elevándole por el mismo hecho de su

posicion subalterna de mera colonia hasta el rango de parte principal de la confederacion lusitana. Los acontecimientos peninsulares de principios del siglo, obligando á Juan VI á emigrar á su colonia del Nuevo Mundo, cumplieron los deseos de Pombal, y los acontecimientos posteriores del Brasil han cumplido sus cálculos.....

Pero el Sr. Navarro Rodrigo, al apoyarse en este ejemplo del Brasil para decidir respecto á México, como lo hace al fin de su libro, una semejante solucion monárquica conforme al plan de Iguala, manifiesta una vez más ese alejamiento intelectual del país de que habla, alejamiento que ántes apuntamos, y que le indujo á comparar bajo relaciones de igualdad dos pueblos tan desiguales. Porque, como hemos visto, en el Brasil hubo preparacion á la monarquía extranjera y verdadero afianzamiento de las tradiciones monárquicas, miéntras en México, sin verificarse ninguna preparacion pacífica para la

forma monárquica, se dejó que entre las mal fundadas tradiciones de los pasados siglos y la presente generacion corriese el rio de sangre de la guerra de Independencia. Ni son menores las diferencias que median en la complexion étnica de uno y otro pueblo, porque en la del Brasil tiene una gran importancia y extension el elemento negro, al paso que en México la importada raza africana no figura sino en inapreciable número ; y no se comprende cómo ha podido establecerse semejanza entre un país donde la raza autóctona, representada por el *tupinambo*, está casi extinguida, y otro donde esa misma raza, representada por el azteca, subsiste á traves de la conquista y la dominacion, constituyendo el elemento más numeroso, ni cómo pueden aconsejarse iguales soluciones para el Brasil, donde todavía existe la esclavitud y donde, ya bien entrado el siglo, se practicaba la *trata* con tal extension, que eran conducidos á él anualmente

no ménos de 40.000 esclavos, y para México, donde la abolicion de la esclavitud fué uno de los primeros actos del caudillo de la revolucion de 1810.

V.

Así van ciertas ideas incompletas ligándose en la obra del Sr. Navarro Rodrigo, primero para desvirtuar el carácter de un pueblo en cuyo corazon se agitan, incorregibles, los sentimientos republicanos, y en cuyos labios bulle la risa sarcástica contra todo lo que es trono, dinastía, nobleza de casta, y luégo, para negarle todo progreso y reprocharle ásperamente la mutilacion territorial sufrida por la invasion yankée, y para cerrarle, por último, las puertas del porvenir, llamándole «vergüenza del antiguo y nuevo mundo», destinado á desaparecer como nacion..... Repito que no era posible que un extranjero dijera otra cosa, cuando un mexicano,

como lo es Alaman (escritor discreto y sabio, por otra parte), le autorizaba para decirlo, y añade que son tambien algunos mexicanos imperialistas, unidos á algunos declamadores franceses que escribieron durante la intervencion, los inspiradores de ese tan triste concepto del presente y el porvenir de México. En los escritos de Alaman ha visto el Sr. Navarro Rodrigo al México de principios del siglo por la fase de su tumultuosa revolucion de independencia, y en los imperialistas mexicanos ha visto al México de mediados del siglo por su fase del bandolerismo y de los pronunciamientos militares. Y si en el primero vió execrada la revolucion libertadora, y en los segundos condenados y ridiculizados los gobiernos republicanos que la sucedieron, ¿no puede acaso el Sr. Navarro Rodrigo contestarnos con alguna razon: «pero si mi libro no es más que un puñado de hojas desprendidas de los que habeis escrito vosotros mismos, mexicanos

historiadores, periodistas, literatos más ó ménos eminentes»?

Pues bien: un mexicano que no es eminente, ni mucho ménos, pero que por pertenecer á la generacion que ha empezado á pensar en el último tercio del siglo, está colocado en la serena eminencia que le da su carácter de póstero, dice sencillamente que todos esos libros que han servido al Sr. Navarro Rodrigo para hacer su obra *Iturbide*, son guarismos que, sumados, no arrojan este total: *Historia.* Y se dirá, en primer lugar: ¿pero qué? ¿Por ventura no es un buen libro la *Historia* de D. Lúcas Alaman, y negaréis que refiere muchos hechos ciertos, y que censura con razon los desmanes de los *insurgentes*, y que señala con mucha verdad los males inmediatos y continuados por algun tiempo que resultaron á México de su emancipacion de España?.....

—No, señor: admitido todo eso y más... Admitido que la *Historia de México* por

D. Lúcas Alaman, considerada como compilacion de hechos, es un libro bueno y áun monumental, y que su autor, considerado como narrador, es sincero y hasta verídico; admitido que los indios del cura Hidalgo degollaron bárbaramente á muchos españoles y se excedieron en las matanzas de Granaditas, etc.; admitido que la expulsion de españoles, poco despues de hecha la independencia, fué inconsiderada y bárbara; admitido que las rentas que producia la Nueva-España disminuyeron notablemente cuando ese país se llamó México, y todo lo demas que dice el Sr. Alaman y repite ó comenta en su libro el señor Navarro Rodrigo.

Pero cuando se quiere condensar el vapor de esa sangre ya oreada; cuando se quieren recalentar esas cenizas, ya frias, para arrojar manchas y fulminar anatemas históricos contra la revolucion emancipadora de una colonia, entónces, el que tal hace, se sale del verdadero y grande con-

cepto histórico, y entra en el pequeño círculo de las concepciones apasionadas de un dia ó de una época. Y entrando en ese círculo, las revoluciones más gloriosas y buenas resultan condenables, y todos sus campeones bajan del pedestal en que los ha colocado la posteridad para confundirse en la carretera ó la encrucijada con los salteadores é incendiarios más vulgares. Allí está, sin que tengamos que salir de España, la revolucion de independencia contra los árabes. ¿Qué es ella, á la luz de las crónicas de aquel tiempo? Nada más que lo que nos cuentan las compiladas y arregladas por Conde en su *Historia de la dominacion arábiga en España:* correrías vandálicas, asesinatos en masa ó en detall, incendios, devastaciones..... Se abren esas crónicas en una de sus páginas y se lee: «Los cristianos (españoles) corrieron la tierra talando huertas, viñas y olivares, sin dejar cosa que no estregasen, y destruyeron á Illora, robando ganados y aldeas

y matando y cautivando hombres, mujeres y niños.....» Se abre en otra y se lee: «Antes de comenzar una batalla, á orillas del Guadalete, los crueles cristianos degollaron á todos los cautivos árabes que tenian.....» En otra, y dice: «El Conde de Barcelona puso cerco á la ciudad de Xátiva; ofreció que dejaria á sus vecinos dueños de sus casas y bienes; entró en la ciudad y echó de ella millares de muslimes, que se esparcieron pobres y miserables, muchos de los cuales, no pudiendo sufrir las vejaciones de los cristianos, se retiraron á África.....»

¿No parece que todos los desmanes de mexicanos á que alude el Sr. Navarro Rodrigo al considerar el movimiento de independencia en México no han sido sino la segunda edicion de esos desmanes castellanos?..... Si hay diferencia, resultará en favor de los primeros, porque entre ellos figura el acto del insurgente Bravo, á cuyo padre mataron los realistas, en

venganza de lo cual puso en libertad á muchos prisioneros españoles.....

¿Qué son los Federlandos (Fernandos) y los Sanchos de Castilla y Aragon, campeones gloriosos y beneméritos del pueblo español, cuando se les observa en las mismas crónicas de aquel tiempo? Algo ménos que lo que ha sido Iturbide para el Sr. Navarro Rodrigo, y una cosa igual á lo que es para el mismo señor el cura Hidalgo y sus compañeros: son nada más que los capitanes de las *algaras*, nombre árabe que significa ataque en tumulto, con pillerías y crímenes..... Considérese ahora que la dominacion arábiga en España tuvo una accion civilizadora análoga á la que España tuvo en América, que á su influjo se propagó la enseñanza en aquella España en que no sabian leer más que los obispos y abades, que, como los españoles nos hablan con gloria de sus ciudades, templos y «suntuosos conventos» de América, tambien los árabes pueden hablar con parecida

gloria de sus aljamas, ciudades y alcázares que dejaron en España; que como aquéllos mencionan con orgullo vireyes bienhechores, pródigos en obras de filantropía y de ornato, como Revillagigedo y algun otro, así tambien éstos pueden recordar con orgullo tan legítimo los nombres de sus buenos y emprendedores emires de España, Ambisu, Jusuf el Fehri, Aben Alhamar, etc..... Considérese todo esto y dígasenos si algun historiador árabe, encerrado en el mismo órden de ideas que el señor Navarro Rodrigo, no podrá, con tantos visos de razon como los que éste tiene, levantarse á tachar de «ingratitud» y de «vileza» á la gloriosa España de Isabel y Fernando por haber sacudido el yugo sarraceno.

VI.

La pintura que el autor de *Iturbide* hace de la situacion del México actual (ó más

propiamente, de los dias en que escribia su libro), derramando los más vivos colores de su paleta: aquí *ruinas y escombros;* allá *cuarteles y casas* de prostitucion; más allá *aves nocturnas* que dejan oir su *lúgubre graznido*, y en todas partes *las báquicas orgías del vicio y del crímen*, puede admitirse como una bella descripcion poética y áun como expresion del estado del país en ciertos períodos y lugares muy marcados; pero no como la imágen fiel de su estado general y constante, ni mucho ménos como la constatacion de una situacion desesperada ó de un fenómeno excepcional en la historia de los pueblos. Porque, hablemos en puridad, las aves nocturnas de México (*tecolotes*) no han graznado más veces y más lúgubremente que los buhos y lechuzas de España y de todas partes, pues si eso significa poéticamente que el viejo Anáhuac ha atravesado por periodos de desastre y tumulto, esos períodos, más ó ménos largos, no han faltado

en los demas pueblos, inclusos los grandes, los medianos y los más chicos, como dijo el poeta de las trovas. Y no es ciertamente ningun país meridional, llámese España, Italia ó Grecia, el que haya de salir mejor librado en la universal querella de los pueblos, si se citasen á juicio para saldar responsabilidades ante la historia. Porque han sido esos tres pueblos, España, Italia y Grecia, los que han estampado la más revuelta huella en el camino de la agitacion y de la turbulencia; fueron ellos los que en sus albores han contado por héroes á verdaderos facinerosos como Hércules, como Rómulo, como Viriato, y en sus postreros dias han prestado contingente al bandolerismo clásico, cada uno respectivamente con los bandidos de la Acarnania y de la Ftiótida, de los Abruzzos y de Andalucía.

El bandolerismo de México ha servido de tema á las brillantes execraciones del Sr. Navarro Rodrigo y á otras ménos bri-

llantes producidas por escritores ménos inteligentes que, al editar reseñas, memorias ó cualquier quisicosa sobre México, se han creido obligados á cocear, en esa parte, á esa nacion, cuando sangraba por todas sus venas abiertas, gacela acribillada por los saetazos del infortunio. Y á propósito de tal calamidad, hé aquí lo que he leido recientemente en un libro español: «De todos modos, conste que el espíritu belicoso de nuestra raza, sin que por sí propio constituya el bandolerismo, es un auxiliar poderoso y una causa poco ménos que eficiente de aquella funestísima tendencia y de aquella dramática vida de aventuras y peligros.» Es D. Segismundo Moret (prólogo á la *Historia del bandolerismo* del Sr. Zugasti), el que ha dicho eso; y resulta de allí, que uno de los más ilustres y caracterizados españoles, orador de gran talla, filósofo eminente, voz autorizada de la moderna España, reconoce que su *raza* ha sido la gran causa del ban-

dolerismo; y como esa raza fué á poblar la América latina, infiérese que si allí ha aparecido dicha plaga, debe haber sido nada más en virtud de que la raza predominante dió sus frutos naturales. ¿Con qué derecho viene, pues, cualquier hijo de ibero á maldecir á un país, cualquiera que sea, por un mal propio, en cuya inconsiderada censura envuelve la renegacion de sí mismo, de su raza, de su sangre y de su historia? Cuando el mismo Sr. Moret, resollando por las heridas abiertas en el pasado de su patria, dice que «los años que mediaron al siglo xv, viéronse las comarcas de Andalucía y Murcia, desde el uno al otro mar, divididas, revueltas y ensangrentadas.....» y á renglon seguido: «El bandolerismo imperaba en todas partes, y la inseguridad de la vida y haciendas habia llegado hasta un extremo que sólo puede concebirse entre hordas salvajes entre sí enemigas»; cuando luégo añade que «lo lógico sería decir que las

épocas de turbulencia son casi el estado normal de España y que las de represion y castigo son las anómalas y extraordinarias», y cuando todo eso no es más que la voz de los hechos y la de todos los españoles que conocen á su país, ¿no sería mejor guardar silencio que suscitar, con declamaciones sobre el bandidaje extranjero, exámenes comparativos que pueden ser desfavorables para quien los promueve?

—¿Y qué decir, por último, de tantas conclusiones pesimistas? Vienen en forma de parte sanitario ó de profecía: «México agoniza; se muere; desaparecerá como nacion; será absorbido por el yankée, etc.» Algunos lo han dicho en verso, y otros, como el Sr. Navarro Rodrigo, en prosa..... Y mirad, sin embargo, que «el muerto está en pié», goza de regular salud y es quizá en la actualidad lo más floreciente de la América latina..... La paz afirmada durante un período considerable, los caminos abiertos á la comunicacion rápida por me-

dio del vapor, y las rentas del gobierno mexicano que, segun los Sres. Alaman y Navarro Rodrigo, ascendian durante los mejores tiempos de la dominacion española á 20.462.307 duros, aumentadas en los últimos años aproximadamente á la suma de 35.000.000 de duros: tal cumplimiento han tenido las predicciones de los profetas agitados que han consultado los agüeros de México.

VII.

La absorcion yankée, espada suspendida sobre los pueblos latinos de América, entra en la categoría de las *inminencias*, y bajo ese concepto, la aceptaríamos, como una ley comun de la vida universal. Porque todo lo que vive está amenazado de muerte: la planta por el cierzo y el insecto y los demas enemigos meteorológicos y zootécnicos; el pez pequeño por el grande; la serpiente por el águila; Francia por

Alemania; Italia por Austria; Europa toda por Rusia; y si vamos remontándonos en esas series de víctimas presuntas y verdugos probables, hallamos que los amenazadores son á su vez amenazados, aunque no sea más que por la ola oceánica que avanza sobre los continentes ó por la disminucion progresiva del fuego central que dejará yerta la costra de arcilla que nos sustenta y cadáver el globo que nos arrastra por los espacios. Pero lo que no aceptamos es que sea buena, que sea humana esa filosofía que parece gozarse con la realizacion de la inminencia y que asistiendo á la vida siempre olfateando la muerte, tome por sistema decir: «Flor, tú serás tronchada; pececillo, tú serás dovorado; serpiente, serás arrebatada; Francia, serás germana; Europa, serás cosaca; México, serás yankée.....

Sin duda el deseo ha hecho ver al señor Navarro Rodrigo ya devorados por el yankée, los Estados de Tamaulípas, de

Chihuahua y de Coahuila, que felizmente todavía forman parte de la confederacion mexicana. Y si la mutilacion se ha verificado en una gran porcion del territorio, la razon aconsejaria buscar la causa de ello, más que en el siglo presente, en los pasados siglos, porque el orígen de los grandes trastornos de un pueblo no está en la época misma en que se verifican, sino muy hácia atras, y por este medio quizá pudiera probarse que la dominacion hispana, cerrando los puertos de la Nueva-España á todo inmigrante que no fuese español, hizo que reinára el páramo en tan vasto territorio, y contrarió la formacion de una poblacion compacta en que, figurando como principal elemento el latino, hubiese la suficiente fuerza para no dejar que la expansion sajona del Norte se obrase sobre un solo palmo de tierra mexicana. ¿Á qué reprochar, pues, á las generaciones independientes y nuevas de México, un desmembramiento territorial que se diria que

el mismo Sr. Navarro Rodrigo achaca á la España dominadora de los tres siglos, cuando dice hácia el fin de su libro: «Si allí con *tiempo*, con oportunidad, se hubiera hecho lo que tarde quizás, y en malas condiciones sin duda, quiso hacer la Europa, ó en nombre de la Europa alguno ó algunos de sus soberanos, al proteger al valeroso é infortunado Maximiliano, se habria evitado la horrible mutilacion de territorio de que hemos hecho mencion.....» Ha tocado al México moderno pagar las consecuencias de esa culpa de omision. Ha cedido la tierra, pero se ha quedado con la honra, ofreciendo en el ara de los combates hasta la sangre de los adolescentes de sus colegios.

VIII.

Concluyo: Cuarenta años hace próximamente que el célebre D. Mariano de Larra

escribia acerca de su propio país: «¡Oh, infernal comezon de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte!.....» Esto, que un insigne español decia de España, al verla hostigada por una censura acerba y porfiada, ¿no pudiera repetirse respecto de México, al verle tan vapuleado por poetas, romanceros é historiadores?

Allí, con un territorio mayor que el de España, Italia y Francia unidas, se ha formado un pueblo con todos los caractéres de una nacionalidad viable, con un marcado sentimiento patrio revelado en luchas sangrientas contra la dominacion y la invasion, con una colectividad humana un tanto heterogénea, pero que ha hecho *núcleo* por la comunidad de recuerdos, de costumbres, de idioma y de infortunios, y con un movimiento unánime, tardíamente emprendido, pero emprendido al fin, hácia la paz y los últimos progresos, siquiera sean éstos conquista-

dos, como en otros muchos pueblos, por medio de la cooperacion extranjera.

No se crea que, para concluir, vaya á citar nombres de *ilustraciones* nuevas de mi país, con el objeto de contestar al señor Navarro Rodrigo que niega exista una sola (1). Sería en vano..... porque corren por el mundo y por España unos tiempos tales, que se aceptará la brillante reputacion de álguien que haya escrito en París el libreto de una ópera bufa, y se desdeñará la eminencia de un hombre que haya brillado en las letras, en las ciencias ó en la

(1) A pesar de las guerras civiles y de las invasiones extranjeras de que México ha sido víctima desde su independencia, no es cierto que los gobiernos de México hayan desatendido la instruccion, segun indica el Sr. Navarro Rodrigo en su libro.

Cuando cesó la dominacion española sólo existian en la República unos cinco ó seis seminarios conciliares, dos ó tres laicos, dos colegios de jurisprudencia, y no llegaban á doscientas las escuelas primarias. Ahora bien, desde ese tiempo, hé aquí, á grandes rasgos, lo que en el México independiente se ha hecho en favor de la ilustracion popular: en 1833 se fundó en la capital la más notable escuela de Medicina de América, en el mismo edificio en donde las aves nocturnas del Sr. Navarro Rodrigo lloraban la desapa-

política en medio de un país que puede figurar en el ordinario Mapamundi, pero que está desterrado de los figurines de la moda, los cuales los hay, no sólo para los trajes, sino tambien para la Geografía. Ni se tema que me aventure á rechazar el grave cargo, formulado por el autor de *Iturbide* contra México, de que allí no hay más que *casas de prostitucion* (y cuarteles), porque no quiero molestar al lector con cuestiones de Estadística escandalosa, ni querria, por otra parte, herir susceptibilidades provincialistas mal entendidas, re-

---

ricion del Santo Oficio. Años despues, se convirtió la Academia de Bellas Artes, fundada por Cárlos III, en escuela científica de Bellas Artes, y el seminario de Minería en escuela especial de ingenieros. Por último, segun una memoria del Subsecretario de justicia é instruccion pública, en 1874 habia en la República 27 seminarios católicos; 22 escuelas de instruccion preparatoria profesional; 12 colegios profesionales, y 8.000 escuelas primarias, públicas y gratuitas; un conservatorio de Música y Declamacion y várias escuelas de instruccion secundaria superior para niñas, una de artes y oficios para mujeres, etc., etc.

Si á este número se agregan las escuelas sostenidas por el clero católico, por las sectas protestantes y por particulares, resultará triplicado cuando ménos.

velando que son emigraciones periódicas de la poética y bella Cádiz y de la industriosa Barcelona, las que suministran grandes elementos á esa Estadística en casi toda la América española.

Lo que me importa es marcar el perfecto deslindamiento que debe hacerse en el campo de la historia cuando llega la hora de que las nuevas generaciones recojan la miés que en él ha hecho brotar el pensamiento humano. Porque todos esos libros históricos que se escriben acerca de un pueblo ó de uno de sus hombres principales, cuando ese pueblo ó ese hombre están produciendo efectos bibliográficos desde el escenario del mundo, pueden bajar materialmente á las alacenas de libros viejos; pero en el terreno de las ideas bajan á formar esa especie de revuelto sedimento de donde brotará, como flor blanca y pura, la verdad, la suprema verdad histórica.

Así, cuando en el porvenir se trate de

formular juicio definitivo sobre la moderna Grecia, que renace á la vida despues de arrastrarse tantos siglos inerte y abyecta, amarrada á las colas simbólicas de Constantinopla, no se juzgará su movimiento de emancipacion sino en vista de los libros que acerca de ese país empezaron á aparecer cuando la insurreccion de Creta, algunos de los cuales califican á los palícaros y souliotas, principales operadores de ese movimiento, como soldados viles y criminales, indignos de pisar el suelo de Maraton, y los que les juzgan como héroes, merecedores de confundir el polvo de sus huesos con el de los trescientos de Leónidas.

Por eso invoco tan de véras á aquel cura y á aquella ama que hicieron auto de fe con los libros de D. Quijote, cuando pienso que allí viene á grandes pasos el siglo XX para distribuir la gloria y el deshonor á los hombres y las luchas de este siglo, segun lo que de ellos aparezca en el

legado histórico que le dejemos en las bibliotecas. Y hay algo que no debe quedar en ellas, ó que si queda debe llevar el signo que acuse su falso y efímero valor, como ciertas medallas de los museos deben llevar el de su dudosa autenticidad. Porque hay, ciertamente, una grande y una pequeña historia: aquélla, aunque abarque un corto período de tiempo, no yerra en la apreciacion de los detalles; los pierde de vista ó les atribuye una importancia relativa, segun su trascendencia; da su consideracion de minuto en la vida de un pueblo ó de la humanidad al período de tiempo que tiene directamente bajo su estudio, y desde allí, como de una cima altísima y serena, quizá tienda su vista hácia atras en el pasado más remoto, ó la sumerja en las profundidades del porvenir para predecir la suerte de un país ó del mundo.

La pequeña historia es la historia de circunstancias, la que, elevándose muy poco sobre el nivel de los acontecimientos

y los hombres que analiza, atribuye proporciones exageradas á los detalles, se espanta por la peripecia insignificante en los grandes dramas de los pueblos, condena el ministerio y la obra de las figuras históricas porque se deslizaron una vez hácia el error ó hácia el crímen, y hace hincapié en cualquier escollo del camino que atraviesa la nacion historiada para asegurar su próxima ruina y disolucion.

Grande historia es aquella que está hecha con aquella especial materia pura y fuerte que se descubre entre las líneas de Tácito cuando presenta los detalles con una brevedad y los trata con una indiferencia que parecen á primera vista defectos nacidos de un rudo laconismo, y que no son verdaderamente sino los resultados del profundo sentimiento de las conveniencias que poseia ese padre severo de la Historia, sosteniéndose siempre á la altura de su papel, sin valorizar el detalle por

más precio que el de moneda menuda é infinitísima en el gran caudal de sucesos ridículos, repugnantes ó trágicos que anunciaban el desmoronamiento del edificio pagano; la que se descubre entre las de Bossuet, cuando abarcaba con mirada soberana el proceso majestuoso de las edades, y entre las de Montesquieu, cuando hacía caber toda la Historia de la Roma antigua dentro de su magnífica sinópsis de las *Causas de la grandeza y decadencia de los romanos*. Pequeña historia es aquella de que hablaba Voltaire en su introduccion á la *Historia de Cárlos XII*, cuando decia: «Hay una vulgaridad entre los hombres. Cuando ha llegado á su punto el furor de escribir, apénas ha muerto un soberano, cuando se inunda el público de volúmenes bajo el título de «Memorias é historia de su »vida y anales de su córte...» Esta comezon de trasponer á la posteridad destajos inútiles y detener la atencion de los siglos futuros

con relaciones de acontecimientos comunes, procede de una flaqueza muy ordinaria en los contemporáneos de ellos..... Que un príncipe emprenda guerras, que su córte esté turbada con negociaciones..... ¿y qué sucede? Muerto este príncipe, las negociaciones y las guerras se entregan al olvido, lo mismo que sus damas, sus ministros y sus generales; y todo el tropel de sucesos que se presentan á la posteridad quedan aniquilados los unos por los otros.....» Pequeña es aquella historia que, tras el reinado de Isabel la Católica, cuando estaba afianzada y reconstituida esta vieja España con condiciones de vida robusta y eterna, aseguraba su final catástrofe, porque reinaba el bandolerismo en el pueblo y la pobreza en el Gobierno; la que se alarmára y desesperase porque hubiese en España Rinconetes y Cortadillos ó en Francia Cartouches y Mandrines; la que llorase el aniquilamiento de esta potente nacion ibérica, porque Portugal se segregase ó

porque cayese Gibraltar en poder de los ingleses.....

Nosotros, los que detestamos la pequeña historia que se mete á grande abrogándose facultades de calificacion sobre el pasado y el porvenir de los pueblos, nos condolemos sinceramente cuando vemos historias con condiciones de grandes, como lo es la del Sr. Navarro Rodrigo (por los sucesos más extraordinarios que comunes de que se ocupa), meterse á pequeñas, condenando la mision histórica de Iturbide porque se haya apoderado de algunos dineros vireinales, y anatematizando y dando por muerto á México porque hubiera matanzas y proscripciones en su revolucion de independencia, ó porque tuviese bandidos, ó porque el yankée se haya apoderado de una porcion de su territorio.

Se puede reir cuando D. José Zorrilla, dirigiéndose á México, decia:

¡ Nacion infame y vil, nacion atea,
Ojalá seas yankée y yo lo vea !

Mas no puede hacerse lo mismo cuando dice algo semejante el autor de *Iturbide*, porque aquél es un poeta, y á los poetas..... pero el Sr. Navarro Rodrigo no es poeta, sino un profundo filósofo.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

I.

El viajero que se dirige de la capital de México hácia el Sur, por la vía férrea que enlaza esa ciudad con Cuautla, capital del Estado de Morelos, llegado á la mitad poco más ó ménos de esa vía, cuando acaba de dejar hácia atras el *Sacro Monte* de Amecameca, coronado por su iglesita donde un Cristo prestigiado por la fama de cien y cien milagros recibe las devociones y ofrendas de toda la comarca, y cubierto desde la cumbre á la falda por los tupidos cedrales á cuyas ramas cuelgan indios é indias mechones de sus cabellos en signo singular de veneracion; cuando casi ha

perdido de vista la rampa escalonada que serpentea por la falda del monte como vena blanquizca que surcára la superficie de una gigante esmeralda; cuando ese viajero, digo, llega á tal parte del camino y toca el repliegue producido por la proximidad de otras montañas, raro será que no observe que algun viajero mexicano, su compañero y adlátere, se enderece sobre su asiento, y extendiendo el brazo para señalar un pueblecillo extendido á la falda de dos montañas volcánicas contiguas, exclame, dando á su voz cierta inflexion de solemnidad y entusiasmo: «¡Nepantla!»

Yo he pasado por aquel camino en alas del vapor, he visto él pueblecillo tendido á la falda de los volcanes y he escuchado á mi lado ese nombre. Lo he visto un momento y nada más, porque su humilde caserío se ha desvanecido ante mi vista casi tan pronto como el rumor de su nombre se ha apagado en mis oidos. Los viajes

por máquina tienen el inconveniente de estos espectáculos á telon rápido. Se ve al borde del camino un lugarcillo ilustrado por un recuerdo venerando ó por un sér glorioso: se quisiera detenerse un momento, bajar á él, internarse en sus rústicas avenidas, recoger siquiera un poco de su tierra floja en el hueco de la mano ó desprender de sus árboles algunas hojas que fuesen á marchitarse en el álbum donde guardamos, en forma de imágen, algunas reliquias del corazon..... Pero es en vano: la locomotora no está hecha para discutir con el espacio: lo aborda, lo vence y lo deja que se vaya perdiendo hácia atras á traves de los horizontes desvanecidos, sin consagrarle otra huella de su paso que alguna ráfaga de su humo, ó quizá el vano eco que pudieran producir los latidos de algunos de los pechos que consigo arrastra.

¡Cuánto me hubiese sido grato hace algunos dias, cuando marchaba camino de

Andalucía, detenerme algunos momentos, aunque hubiese de renunciar al viaje rápido del expreso que me llevaba, al escuchar el grito del pregonero de estacion que pronunciaba este nombre, clásico en España: *¡Argamasilla!* ¡Cómo hubiese gozado con aspirar el ambiente de ese lugarcillo donde el sentido ayudado por la imaginacion debe percibir emanaciones de las ráfagas que soplaban en la frente pensativa de Cervántes, y con qué emocion hubiera bajado á aquel sótano entre cuyas sombras surgió el eterno esplendor del *Quijote!* ¡Visitar la casa de Medrano, convertida primero en prision del gran genio español y despues en taller de donde salieron várias ediciones de su obra inmortal; contemplar en la iglesia del pueblo el retablo donde está el retrato de Rodrigo Pacheco, presunto prototipo del héroe manchego; acercarme á las paredes de su derruida casa, apoyar una escala al pié de la ventana, junto á la cual se dice haberse

celebrado el auto ejecutorial contra los libros de D. Quijote, y subir hasta allí para ver el horizonte por el mismo espacio por donde se cree que fué echada á volar, en cuerpo de delito, la literatura caballeresca !..... ¿ No eran acaso demasiados atractivos para los que amamos hasta en sus menores huellas y reminiscencias al genio y sus obras ?..... Pero el voceador ha dicho: «¡ dos minutos !» y luégo añade: «¡ viajeros, al tren !» y la locomotora suelta al viento su silbido de marcha. Preciso era renunciar á la vista de Argamasilla, so pena de perder el asiento y exponerse á una mala pasada en algun camaranchon destartalado. Las empresas de ferro-carril nivelan el terreno, abren túneles, practican tajos ; pero nada tienen que ver con los puntos célebres del camino. ¡ Oh, vosotros, los que sabiais viajar por la tierra, Platon, Pitágoras, Juan Jacobo, el baston en una mano, la alforja al hombro, deteniéndoos libremente donde quiera que os sintieseis

impelidos al borde del camino por vuestra curiosidad ó por vuestros afectos, mirad á qué estado hemos llegado los viajeros del siglo XIX! La civilizacion, obrera ciega y brusca, nos ha trasformado en fardo, nos consigna de un punto á otro al par de cualquiera de los bultos que van en los trenes de mercancías, y tenemos que embalijar en nuestra maleta de viaje, no sólo nuestras camisas, sino tambien nuestra voluntad y nuestra memoria y nuestros más santos caprichos del corazon.

Dos minutos de detencion para Argamasilla, ni uno solo para Nepantla. Y sin embargo, Nepantla, el pueblecillo situado en la falda occidental del Popocatepetl y del Itztlacihuatl, entre la nieve y el fuego, entre los eternos verdores de la vegetacion alpina y los albores perpetuos de las nieves hiperbóreas, detiene fuertemente el espíritu y el sentimiento del viajero mexicano.

Porque es el lugar donde está todavía

en pié la *celda* en que vió la luz primera una poetisa célebre, porque en aquellas montañas figúrase la mente del viajero encontrar el Parnaso y el Pindo, por donde vaga el alma soñadora de la que fué llamada en la Vieja y en la Nueva España la Décima Musa, porque Nepantla fué la cuna de Sor Juana Ines de la Cruz.

II.

Todos los pueblos están llenos de nombres gloriosos que corresponden á figuras vivas ó supervivientes, á las cuales por lo general se las respeta, se las admira y nada más. Entre ellas hay, empero, algunas á quienes no sólo se las admira, sino tambien se las ama: el corazon no queda frio bajo la inteligencia que percibe las huellas luminosas del genio, y el sentimiento del afecto, de la simpatía, del amor, más ó ménos determinado, se mezcla á la parte puramente especulativa del recuerdo. El

dulce perfil de un bello carácter, el fondo fascinador de una vida noble y virtuosa, unidos á los resplandores del alma ilustre, objeto de nuestro recuerdo, son causas bastantes para que intervenga en él ese sentimiento; y cuando con ellas se combina el encanto que dan á una figura inmortal las formas delicadas y bellas de la mujer, y el brillo de su espíritu llega hasta nosotros al mismo tiempo que nos envia sus perfumes su corazon de vírgen ó de madre, entónces la simpatía que inspira, siquiera sea á traves de los siglos, tiene algo de tierno que convierte el sentimiento en pasion, y la admiracion en culto. Por eso se quiere tan bien en España á Santa Teresa de Jesus, en Francia á Mme. de Sevigné, y en México á Sor Juana Ines de la Cruz.

¿Qué se tiene de ellas?—Su vida y sus obras escritas; pero el pueblo no necesita tanto: le basta de su vida un bosquejo en forma de leyenda; le basta de sus

obras un fragmentillo guardado en un rincon de la memoria. Una de las cartas de Mme. de Sevigné á su hija, bástale al frances para consagrar dentro de su ánimo la simpatía que se hereda en Francia hácia esa escritora, y no le es necesario al español para darse razon y cuenta de su admiracion por Santa Teresa más que aquel soneto aprendido al pié de la cuna:

No me basta mi Dios para quererte.....

Así en México, donde el nombre de Sor Juana Ines de la Cruz no se pronuncia sino con orgullo, donde no se evoca su memoria sino para saludarla con amor, en vano pediréis á ese vulgo ilustrado que en todas partes se erige en jurado calificador de las glorias literarias, en vano le pediréis noticia de sus obras, conocidas tan sólo por los eruditos; pero le bastará para afirmaros el concepto de gran poetisa que ella le merece, alguno tan sólo de sus sonetos ó su composicioncita de la *Defensa de las mujeres.*

Son las redondillas de esta última poesía, cada una de las cuales me parece uno de esos rombos de crestería morisca que acabo de contemplar en Andalucía primorosamente calados por el cincel árabe; son esas estrofas unidas, tersas y eurítmicas, como las celdillas de una colmena donde el alma de la poetisa—abeja sonora de la floresta americana—ha ido á depositar la miel híblea del ingenio y el pensamiento filosófico; son ellas las que, rodando por los labios de las nuevas generaciones de México, han quedado allí como testimonio permanente y comprensible para el pueblo del genio de Sor Juana, como un pequeño ejemplar, en lengua vulgar, de sus títulos á la eterna admiracion. Pasa la época de moda y de gusto general para las obras de los grandes poetas, y sus libros van á reposar en las bibliotecas en una quietud sólo turbada por los letrados y eruditos; pero queda flotando en medio de la vía y la plaza pública, en el palacio

del rico y el taller del proletario, una página siempre hermosa, sagrada hoja sibilina, que todos leen, recitan, admiran.....

«Hombres necios que acusais
Á la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais.
Si con ansia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obre bien
Si las incitais al mal?
Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco,
Y luégo le tiene miedo.
Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscais,
Para pretendida, Thais,
Y en la posesion, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
Que el que falto de consejo,
Él mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
Opinion ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel,
Á una culpais por cruel
Y á otra por fácil culpais.

¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende
Y la que es fácil enfada?
Dan vuestras amantes penas
Á sus libertades alas,
Y despues de hacerlas malas,
Las quereis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada,
La que cae de rogada
Ó el que ruega de caido?
¿Ó cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
Ó el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
Ó hacedlas cual las buscais.....

III.

Englobadas en las obras de la monja jerónima mexicana las redondillas de esa poesía célebre, piérdense en el múltiple conjunto que presentan los tres volúmenes de sus várias ediciones hechas, en el siglo pasado en México, en Madrid, en Barcelona y Zaragoza. Innumerables poesías de circunstancias, villancicos, ovillejos,

glosas, *laberintos*, todas las fantasías métricas á que se entregaban los ingenios líricos del siglo XVII atacados con más ó ménos fuerza por el gongorismo, ese arte churrigueresco de la poética: algunas piezas dramáticas con los nombres de *loas* y comedias; el pensamiento, rico y sobreabundante, desbordándose, en forma de verso, del seno de un alma contemplativa y tierna, dia por dia, casi hora por hora, durante su tránsito por la tierra, tal es lo que se ve al vuelo hojeando las páginas mustias y amarillentas, como penetradas por el pergamino que las cubre, de las obras de Sor Juana Ines de la Cruz.

Ha habido en esa mujer una doctora escolástica y una poetisa culterana; la doctora ergotizaba victoriosamente contra cuarenta profesores de la Universidad de México, semejante á Cristo entre los doctores de la Sinagoga ó á Hipatia en su cátedra de Alejandria; refutaba con aplauso y armada de gran suma de doctrina teoló-

gica, á un predicador de nota en una *Crísis* (crítica) de uno de sus sermones que encerraba la tésis singular de que *mayor fineza fué en Cristo ausentarse que morir*; hacía intervenir en sus *loas*, como personajes de escena, al *Entendimiento*, al *Discurso*, etc. que se explicaban en términos de escuela; hacía en las mismas tomar parte principal á la *Naturaleza* y decir, entre otras cosas:

« Yo soy quien hago que el mundo
Tenga sér, haciendo atenta
El que las especies vivan,
Que los individuos mueran;
Y porque á la corrupcion
La generacion suceda,
Hago corromper las cosas
Para que rejuvenezcan.
¡Oh qué torpe que discurre
El que á mi poder le niega
Que para formar el Fénix
Pueda tener suficiencia!
¿Pues qué dificultad hay
Para creer que la misma
Obra que hago en una especie
En un individuo hiciera?
En fin, soy quien hago que
Lo vegetativo crezca,
Que lo racional discurra,
Que lo sensitivo sienta...»;

la doctora, en fin, es la que hablaba en verso del *evo* y de *entes de razon* y de *términos à quo*, la que se servia del latin que manejaba con soberano dominio, adaptándole al metro y al ritmo castellanos; la que, en sus composiciones dramáticas, hacía gala de sus dotes políglotas haciendo hablar á los personajes en el más puro portugues, lo mismo que en el más puro mexicano, y la que, para refinar el lustroso brillo de sus conceptos y lenguaje, tenía bajo su pluma todos los tecnicismos, así los de las ciencias como los de las artes bellas y útiles, presentando en vistoso conjunto, un poco abigarrado si se quiere, alrededor del pensamiento capital de su obra poética, la Lógica y la Astronomía, la Música y la Pintura, la Mecánica y la Esgrima.

La poetisa culterana es en Sor Juana Ines la que abusaba del hipérbaton, más por afectacion en la locucion que por exi-

gencias métricas, haciendo, á menudo, versos como éste:

> « Las que á Vénus mullidas fueron plumas »;

la que para desear el dominio del mar al Rey de España, señor en otro tiempo de muchas naves, se expresaba así:

> « ...... El mar se le rinda,
> Pues da su potencia
> Á imperios de plata,
> Leyes de madera... »;

la que, imbuida en el fraseo gárrulo y pedante de un lenguaje poético de convencion, maneja por sistema la metáfora calderoniana, vaciando el pensamiento en moldecitos ya hechos por los primeros cultos y sólo reformados por la poetisa, como ésta:

> « Naves de pluma, las aves
> Golfos de viento navegan »;

y finalmente, la que se entretiene con esos escarceos poéticos, verdaderos juegos de niños, celebrados, no en la cumbre, sino

al pié del Helicon, y que consisten en combinaciones y correspondencias de capricho de unos versos con otros como estos (y otros muchos de Sor Juana), en que hace la *pintura* de una vireina de México:

« Su ensortijada madeja
Deja, si el tiempo la enriza,
Riza tempestad que encrespa
Crespa borrasca á las vidas...
Triunfos son de sus dos palmas
Almas que á su suelo alista,
Lista de diez alabastros,
Astros que en su cielo brillan...»

Cuando Sor Juana Ines deja de ser doctora, segun Aristóteles y Santo Tomas, y sumulista, segun Villalpando, y cesa de encadenarse á un determinado sistema literario y de contenerse dentro de los constrictores límites de un estilo impuesto á su genio por la perversion del gusto de su tiempo, y cuando, libre de estas ligaduras, queda en ella sólo la mujer con su corazon abierto al sentimiento y su alma descubierta á la luz de la verdad estética y convertida á la práctica del buen estilo, entónces se la ve

producir obras de eterna belleza, como *Los empeños de una casa* (comedia representada primero en el palacio del gobierno de México, despues en el coliseo de los vireyes, y arreglada últimamente al teatro moderno por los literatos mexicanos Peredo y Gustavo Baz), ó aquella serie de sonetos en que los movimientos de la pasion de una mujer tierna y ardiente se producen con el más puro aticismo, como éste:

« Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones via
Que con palabras no te persuadia
Que el corazon me vieses deseaba.
Y amor, que mis intentos ayudaba,
Venció lo que imposible parecia;
Pues, entre el llanto que el dolor vertia,
El corazon deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien, baste;
No te atormenten más celos tiranos
Ni el vil recelo tu quietud contraste
Con sombras necias, con indicios vanos,
Pues ya en líquido humor viste y tocaste
Mi corazon deshecho entre tus manos. »

IV.

Esa es la mujer, *Musa Décima* segun las voces del siglo, Sor Juana segun las del convento, monja leal á sus votos y fiel á su regla, que firma con la pluma, mojada en su propia sangre, una protesta de fe católica; pero que viviendo en una época de transicion en que empezaban á desvanecerse las sombras del ascetismo y á despuntar los fulgores de otro siglo que debia emancipar el espíritu y santificar la alegría honesta de la vida, y nacida y criada en un país donde la tierra es siempre un verjel y el cielo es siempre una aurora, entra al claustro sin abdicar la delicadeza de sentimiento y de fantasía de su sexo ni la fuerza escudriñadora de su espíritu: encerrada en su celda, tiene al lado de su libro de oraciones sus libros de ciencia; prívala de ellos el recelo inquisitorial de una priora ignorante, y sigue estudiando, como ella

misma dice, «en las letras de las cosas que Dios crió y en el gran libro de esta máquina universal», y cuando asomada á la enrejada claraboya ve por allí el mundo y la vida naciente de la jóven América, ella, la cautiva voluntaria, con la frente plegada por la meditacion estudiosa y los ojos convertidos de ordinario á la contemplacion de lo sobrenatural, saluda á esta region de lo profano donde se puede ver á Dios tan radiante como en el fondo del santuario, y victorea al virey que llega, felicita en sentidos versos á la amiga que cumple años, sonrie al pueblo en la persona del estudiante enredador, del indio y del negro, y recrea con sus loas y comedias á la gente cortesana de México y áun de Madrid; ángel y mujer á un propio tiempo, que pasó por la vida de un modo semejante á como pasan las gaviotas por el océano, cerniéndose á veces en las alturas de la oracion y de la ciencia, y bajando hasta rozar el mar de la humanidad con las alas de su genio

y comunicarle un poco de sus estremecimientos.

Hermana de Santa Teresa de Jesus por el fondo de su naturaleza profundamente religiosa, media entre las dos el gran espacio que hay en los mundos literario y religioso, entre el fin de una época y el principio de otra. La escritora española cifra sus complacencias de niña en fabricar ermitas, y se escapa de su casa para hacer una excursion á *tierra de moros*, con objeto de alcanzar el martirio, miéntras la mexicana concentra sus primeras alegrías en el silabeo de la cartilla y no pretende escaparse de la casa paterna sino para asistir, en traje varonil, á las cátedras de la Universidad; y estos rasgos de su vida infantil son las mejores revelaciones de sus respectivos caractéres, de los cuales el de Santa Teresa buscaba el convento como un recinto de oracion, y Sor Juana lo aceptaba con esa mira, pero principalmente como un lugar á propósito para el fecundo estudio solita-

rio. La una queria hacerse santa; la otra no pensó seriamente en eso sino hasta los dos últimos años de su vida, cuyas fuerzas todas dedicó á hacerse sábia, en el sentido profano de la palabra.

Santa Teresa es una grande alma, que esforzada por su propia virtud á emparedarse en el convento, siente allí la inquietud del pájaro enjaulado hecho para hender la inmensidad del cielo, y como el ímpetu de sus aspiraciones á más grandes espacios choca con la estrechez de la regla, atacada por una especie de devocion febril, no sabe si besar ó maldecir los muros de su encierro, y acaba por detestar la vida, porque no es otra cosa exclamar:

«¡Ay, qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que está el alma metida!»

En tal estado, Dios es para ella una cavilacion y el demonio un *delirium*. Ella es la que ha contribuido á dar forma más

consistente en las imaginaciones monjiles á ese Señor que se casa con las vírgenes del templo, les da ósculos y abrazos místicos, y vela de noche, en espíritu, á la cabecera de sus lechos; y ella tambien la que ha dado perfil y carnaciones á esa especie de duende familiar (el demonio) que, á guisa de galancete insidioso, corteja de dia y de noche á las esposas del Señor, y á quien Santa Teresa ve á todas horas y por todas partes plantándosele en forma de *negrito* (*sic*) (1) hasta sobre las hojas de su devocionario abierto.

Para Sor Juana la vida no es el *valle de la tristura* de la doctora de Ávila, ni el *hondo oscuro* de Fray Luis de Granada; en vez de parecérsele larga, como á la santa española, parécele breve, como la de las rosas de Malherbe, y duélese bajo el sentimiento de la fugaz duracion de la juventud, que le hace decir:

(1) *Vida de Santa Teresa*, escrita por ella misma, capítulo XXXI.

« Contra una tierna rosa
Mil cierzos se conjuran :
¡ Oh qué envidiada vive
Con ser breve la edad de la hermosura! »

En vez de glosar aquella coplita de «muero, porque no muero», dice á todo lo que la rodea: «¡vivid!» Tiene una especie de manía poética de desear largos años á los hombres en las celebraciones de sus natalicios, y dice á un virey:

« Yo pido á Dios vivais, que es
Lo que piden de ordinario
De mi breviario las horas,
Las cuentas de mi rosario... »

Sin mistificar los sentimientos conyugales de su sexo, adora á Dios y guarda en sus versos el recuerdo de un hombre amado, bajo la forma de una vaga alusion: su duende familiar no es el demonio, sino el *fenómeno* apreciable por la ciencia que se alberga en todo, y que la monja jerónima sorprende en los huevos que echa á freir, en la peonza que hacen rodar las niñas del convento y en los muros paralelos de su

celda, á la observacion de los cuales sienta un principio de óptica y se explica la resistencia de los antiguos á admitir la esfericidad de la tierra, por más que la viesen en los mares.

V.

Hay en esa literatura española, Hipocrene á cuyas aguas han ido á beber tantos ingenios, en gloriosa peregrinacion, desde lejanos países; Pactolo cuyas arenillas de oro han ido á recoger las literaturas extranjeras para pulirlas y engalanarse con ellas como con joyas propias, hay en ella dos nombres correspondientes á otros tantos seres nacidos fuera de España y mecidos al nacer bajo las palmas de América, pero unidos despues con los ingenios españoles, creadores de esa literatura, bajo las palmas de una misma gloria.

Ambos han sido mexicanos: uno, Don Juan Ruiz de Alarcon; otro, Sor Juana

Ines. La historia literaria de España ha grabado el nombre del primero en la más brillante placa de su edad de oro, y ha esmaltado el de la segunda entre la más vistosa pedrería de su edad de filigrana; pero para nosotros existe entre ellos otra diferencia que no proviene ni del diverso carácter de sus escritos, ni de las diversas épocas á que pertenecieron. Quizá á causa de su venida á España en el principio de su vida, Alarcon se desprende en sus obras de toda idea de patria. Su dramaturgia es moralista, y nada más, y su moral, perfume de la flor de su ingenio, se exhala y permanece en medio de la atmósfera española donde se ha aclimatado. Cierto es que el teatro no comporta más que esa clase de moral restringida al centro donde se levanta el escenario en que se la presenta y donde viven los espectadores cuyas malas costumbres castiga; pero cuando se es poeta y se domina la lira con el mismo soberano dominio con que se maneja la máscara có-

mica; cuando se tiene, como Alarcon, guardada en la urna de los recuerdos de la infancia, siempre bellos, la imágen de una tierra donde se respiró la pura atmósfera que envuelve á las costumbres de una vida nueva y sencilla, en ese caso y bajo tales circunstancias no concibo cómo, al hacer de la moral una poesía y un arte, no brote en nuestros versos el recuerdo de la patria perdida, siquiera bajo la forma de una vaga alusion. Se concibe que Sócrates, que no salió de Aténas, no teniendo en la tierra lugar adonde referir su moral, la haya referido constantemente al Olimpo; pero cuando se han visto, como Tácito, los bosques de la Germanía, ó, como Chateaubriand, los de América, ó se han mecido nuestros primeros sueños, como los de Rousseau, entre las montañas y los lagos de Suiza, entónces el espíritu, desconsolado ante el espectáculo de sociedades pervertidas y viciosas, siente la nostalgia de la naturaleza y refiere sus ideales de perfeccion

moral á las costumbres primitivas ó los hombres sencillos de los bosques de la Germanía, ó las selvas de América, ó las montañas de Suiza.

Don Juan Ruiz de Alarcon no hace más que referirse indirectamente á sí mismo, presentándose bajo su propio nombre de *D. Juan*, como tipo de moralidad y objeto de las recompensas de un desenlace feliz, en su comedia *Las paredes oyen*; pero cuando, fuera de la escena, recibe, no en representacion, sino en la propia persona, aquel vapuleo de décimas satíricas que le dedicaron casi todos los poetas de la córte de España, entónces ¡cuánto no le estuviera mejor, al tomar la escena como un púlpito para contestar indirectamente á sus burladores predicando contra la maledicencia, aludir á regiones ideales donde se respetáran los defectos físicos del hombre y se le apreciára solamente por las excelencias de su espíritu y las virtudes de su corazon, colocando esas regiones, no en una repú-

blica soñada como Platon, ni en una isla fantástica como Morus, sino en la jóven América, en el rincon querido de su patria, donde el negro y el indio, postergados al principio por las oscuridades de su color y por las fealdades de su figura, debian irse dignificando poco á poco hasta elevarse, en cuanto á consideraciones y respetos sociales, á una altura comun con los blancos y bellos de Europa!

En Sor Juana, el pensamiento de la patria es algo vivo y ardiente que brota á sus versos como al rostro tranquilo de una vírgen brotan de repente los santos rubores del amor. América, México, son para ella nombres queridos que la entusiasman como un estandarte, y que la hacen exclamar, cuando saluda la llegada de un personaje:

«¡ Levante América ufana
La coronada cabeza,
Y el águila mexicana
El imperial vuelo tienda!»

Su lira, tierna á veces, grave otras, segun la pulsa la mano de la mujer ó de la

doctora, es resonante y altiva cuando vibra en sus cuerdas un sentimiento nacional que tiende á formarse en su poesía más de un siglo ántes que estuviese formada en la Geografía política la independencia de América. Es en una epístola á la noble dama española D.ª María de Guadalupe Alencastre donde Sor Juana, precursora idealista de la gran revolucion americana, se adelanta á su época y á la Historia para expresar vagos sentimientos de segregacion y de existencia propia respecto de Europa:

«Yo no he menester de vos
Que vuestro favor me alcance
Favores en el Consejo
Ni amparo en los tribunales.
Ni que acomodeis mis deudos,
Ni que ampareis mi linaje,
Ni que mi alimento sean
Vuestras liberalidades.
Que yo, señora, nací
En la América abundante,
Compatriota del oro,
Paisana de los metales.
Ádonde el comun sustento
Se da casi tan de balde,
Que en ninguna parte más
Se ostenta la tierra madre.

De la comun maldicion
Libres parece que nacen
Sus hijos, segun el pan
No cuesta al sudor afanes.
Europa mejor lo diga,
Pues há tanto que, insaciable,
De sus abundantes venas
Desangra los minerales..... »

VI.

¿Qué más no pudiera decirse de Sor Juana? ¡Tiene tantas fases el ingenio fecundo! ¿No pudiera encontrarse entre ella y algunos poetas modernos ciertas relaciones que parecen genealógicas y que no son mas que casuales coincidencias derivadas del flexible númen de la poetisa que fácilmente se acomoda á tan diversos géneros y estilos? ¿No se diria que la filiacion poética de Campoamor, por ejemplo, se puede encontrar en estado latente, en la musa mexicana, cuando se la lee en un fragmento como éste?:

« Pues no soy la primera
Que con hurtos de sol y primavera

Eche con mil primores
Á una mujer en infusion de flores.
. . . .
Un adorno garboso y no afectado,
Que parece descuido y es cuidado;
Un aire con que arrastra la tal niña
Con aseado desprecio la basquiña
En que se van pegando
Las almas entre el polvo que va hollando.»

¿Y no se afirmaria tambien que la poesía de Becker se encontraba en gérmen en trozos líricos de la poetisa de Nepantla tales como este?:

«Cual sonoros enjambre
Que, con doradas alas,
De los jazmines chupan
El cristal que sobre ellos lloró el alba;
Cual mariposa amante
Que en torno de la llama
Solicita en el fuego
Ser víctima, de amores abrasada;
Cual fuente presurosa
Que con plantas de plata
Ó plumas de cristales
Camina ó vuela al golfo en que descansa;
Cual flecha despedida
Y á la meta apuntada,
Que en cuanto no la toca
Cual veloz pensamiento, nunca para;
Cual girasol dorado
Que de la excelsa llama
Sigue los movimientos
Con dulce simpatía que le arrastra,

Así tienden al cielo
Presurosas las almas,
Que es centro do se animan,
Y fuera de él ni áun en sí mismas se hallan. »

Pero lo que va dicho es ya demasiado largo para artículo, y con eso me basta, por otra parte, para pagar el tributo de uno de mis «Recuerdos» á la ilustre escritora, tributo del corazon de un compatriota, ofrecido al hojear sus obras, encontradas al azar en Madrid en un tabuco de libros viejos.

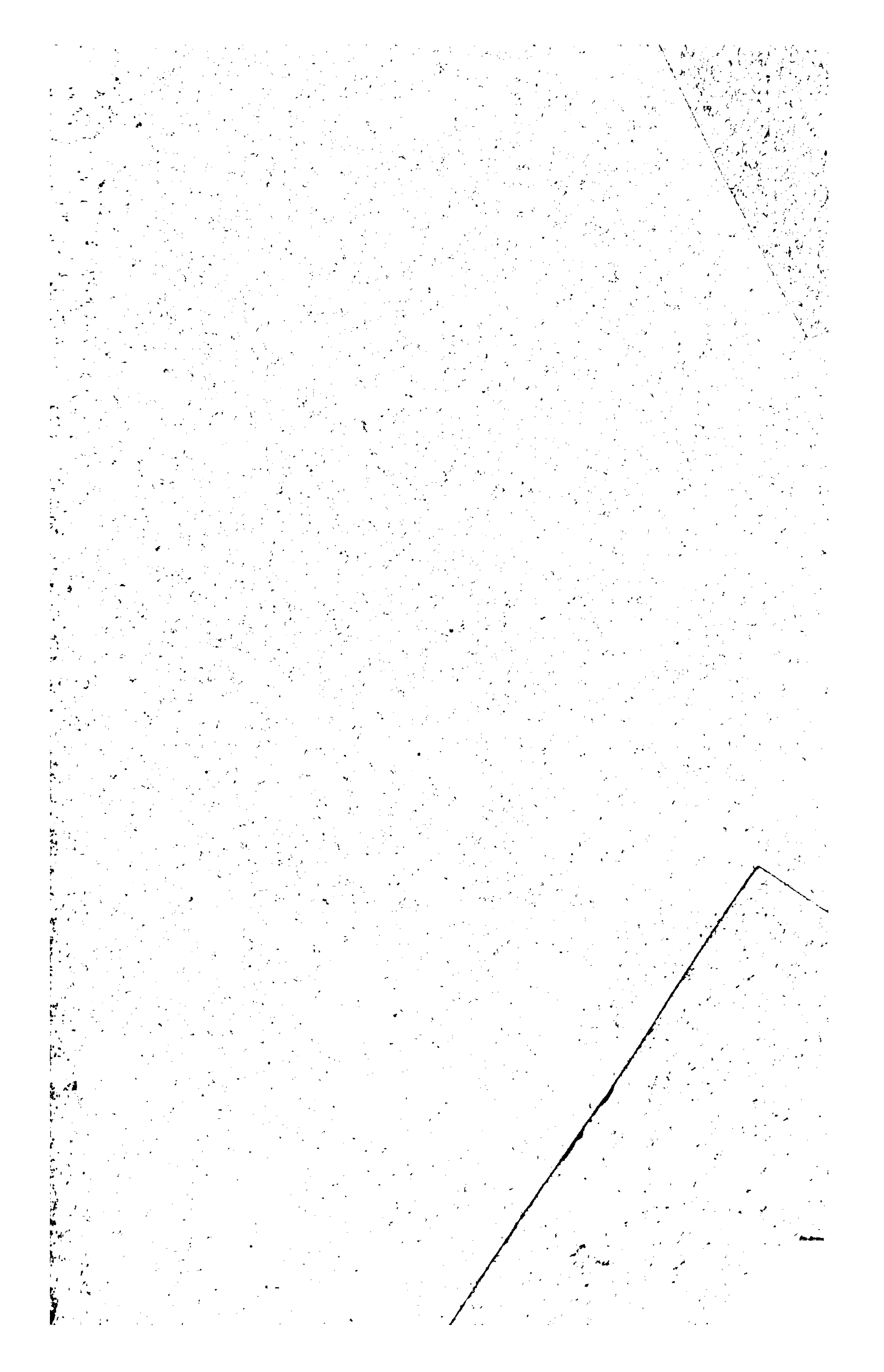
ERRATAS.

Hé aquí algunas de las más graves que ha sacado este libro:

Pág.	4, lín. 24,	dice:	desechos;	debe decir	derechos;
Pág.	7, lín. 10,	»	piensa el	»	creyó el
Pág.	19, lín. 12,	»	bajarian	»	bajáran
Pag.	30, lín. 19,	»	400	»	300
Pág.	48, lín. 7,	»	pronunciado	»	pronunciando
Pág.	224, lín. 18,	»	partho	»	parto

ÍNDICE.

Páginas.



Las personas que quieran y no puedan obtener es
libro en los lugares de su residencia por no habe
remitido á ellos ó porque la remision se haya ago
do, pueden obtenerlo pidiéndolo directamente
autor, quien al enviar el ejemplar ó ejemplares pe
dos hará recabar de los interesados el precio corre
pondiente.

Los pedidos se dirigirán con el nombre del autor
Bayonne (Francia), rue Thiers, 26.

